

Anejos del *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»*, XX
Serie «Obras completas de Luis Michelena», II

LUIS MICHELENA

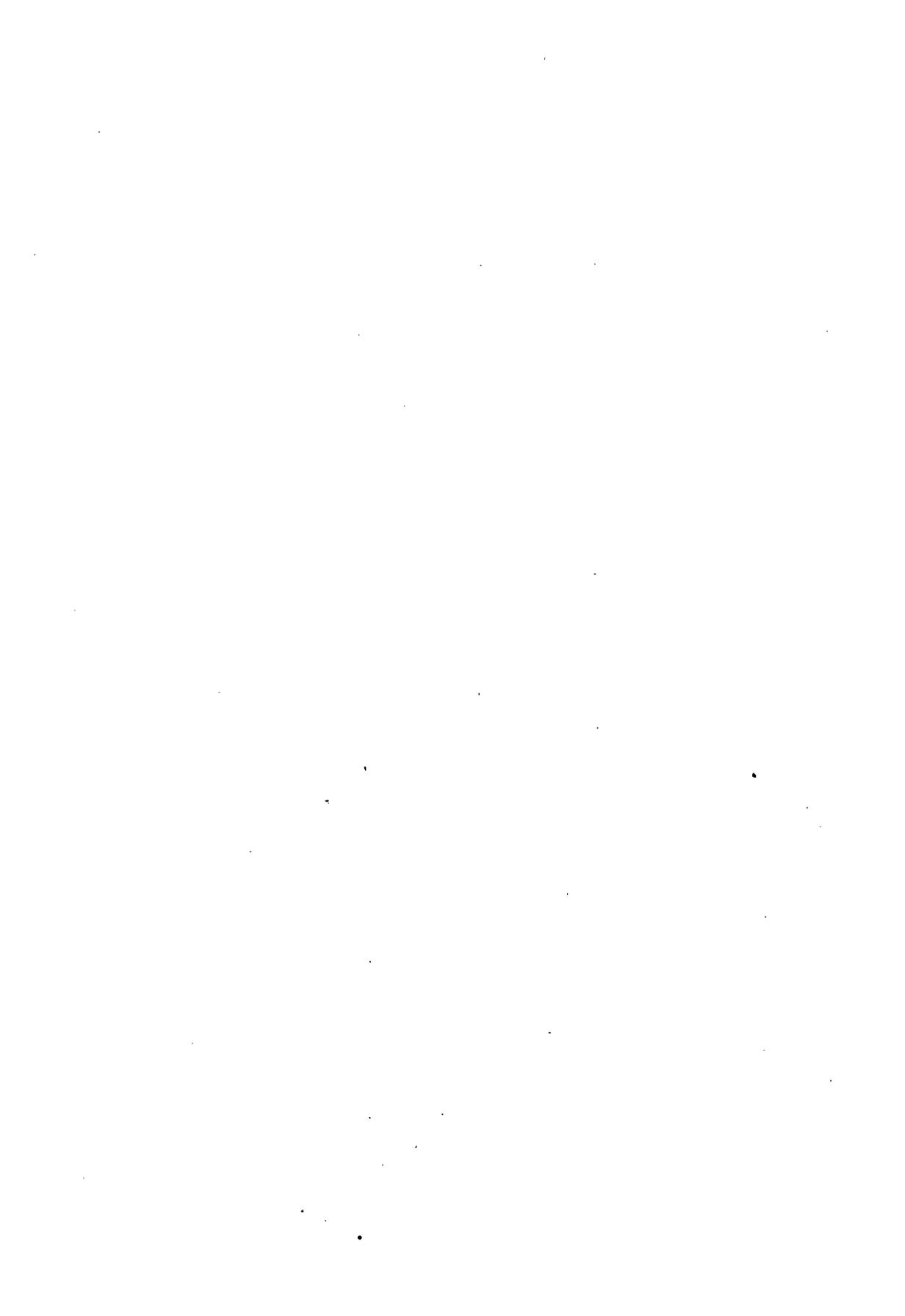
LENGUAS Y PROTOLENGUAS

Gipuzkoako Foru Aldundia Diputación Foral de Guipúzcoa
Donostia San Sebastián

1990

ASJU-REN GEHIGARRIAK
ANEJOS DEL ASJU
SUPPLEMENTS OF ASJU

- I *El Seminario «Julio de Urquijo». Antecedentes y constitución, 1955.*
- II JOSÉ MARÍA LACARRA, *Vasconia medieval. Historia y filología, 1957.*
- III MANUEL AGUD-LUIS MICHELENA, *N. Landucio, Dictionarium Linguae Cantabrigiae (1562), 1958, 1990².*
- IV LUIS MICHELENA, *Fonética histórica vasca, 1961, 1977², 1985.*
- V NILS N. HOLMER, *El idioma vasco hablado. Un estudio de dialectología vasca, 1964.*
- VI FR. PEDRO A. DE AÑIBARRO, *Gramática vascongada, 1970.*
- VII CÁNDIDO IZAGUIRRE, *El vocabulario vasco de Aránzazu-Oñate y zonas colindantes, 1971.*
- VIII *Papers from the Basque Linguistics Seminar, University of Nevada, Summer 1972, 1974.*
- IX JULIEN VINSON, *Essai d'une bibliographie de la langue basque. Con las anotaciones del ejemplar de Julio de Urquijo, 1984.*
- X LUIS MICHELENA, *Sobre historia de la lengua vasca, 1988.*
- XI LUIS MICHELENA-IBON SARASOLA, *Textos arcaicos vascos. Contribución al estudio y edición de textos antiguos vascos, 1989.*
- XII HUGO SCHUCHARDT, *Introducción a las obras de Leizarraga. Sobre el*



LENGUAS Y PROTOLENGUAS

Anejos del *Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo»*, XX
Serie «Obras completas de Luis Michelena», II

LUIS MICHELENA

LENGUAS Y PROTOLENGUAS

Gipuzkoako Foru Aldundia Diputación Foral de Guipúzcoa
Donostia San Sebastián

1990

Primera edición en *Acta Salmanticensia*, Universidad de Salamanca, 1963

Segunda impresión a cargo de la Universidad de Salamanca
y la Universidad Autónoma de Barcelona

© Herederos de Luis Michelena
Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo". 1990

Los editores agradecen a la Universidad de Salamanca
la cesión de los derechos para publicar este libro.

I.S.B.N.: 84-7481-406-5
Depósito Legal: S. 319/1986

Imprime: IZARBERRI, S.A. — Pol. Industrial 36. — Usurbil (Gipuzkoa)

PALABRAS PRELIMINARES

Estas páginas, cuyo núcleo está en unas lecciones explicadas en 1961 y 1962 en la Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca, quieren ser una especie de reflexión sobre los principios y los métodos de la reconstrucción lingüística.

No pretenden ser, ni muchísimo menos, un tratamiento exhaustivo del tema o mejor del conjunto de temas tratados. Por ello mismo, tampoco incluyo una bibliografía extensa. Los trabajos que cito son sobre todo aquellos que más me han movido, por coincidencia o por discrepancia, mientras pensaba y escribía estas líneas. Y, como suele ocurrir, nada tendría de extraño que autores y libros que nunca llego a mencionar sean precisamente los que más han contribuído a que mi manera de ver las cosas sea la que aquí intento exponer.

No es éste un ensayo de formalización de las técnicas de reconstrucción dentro de la orientación que ha dado a su libro Henry M. Hoernigswald o en cualquier otro sentido. He buscado algo mucho más simple: comprender plenamente, en la medida de lo posible, lo que implican nuestros métodos a fin de fijar mejor sus límites y precisar el grado de confianza que en ellos podemos poner. Con esto queda dicho que renuncio a toda pretensión de originalidad.

El inconveniente radical de este intento, inconveniente que no se me oculta en absoluto, es que se mueve en general dentro de la esfera elemental de las primeras operaciones de la reconstrucción. Y, sin embargo, es difícil que se percate bien de su alcance quien no haya trabajado de primera mano sobre estos problemas en un terreno o en otro.

Toda interpretación diacrónica supone y tiene por fundamento la descripción de uno o varios estados de lengua. Aquí se da por probado, una vez por todas, que la lingüística sincrónica es capaz en principio de salvar sus propias dificultades. Sufficit diei malitia sua.

El comparatista, salvo en algunos casos excepcionales, se mueve siempre entre dos escollos: la limitación de la especialización estricta y la inconsistencia de la dispersión. Las deficiencias de mi propia experiencia saltan a la vista y por ellas me excuso de antemano. Sentiría por una parte haber abusado en alguna ocasión de ejemplos vascos por ser este el campo que mejor conozco; temo por otra que algún otro, tomado de lenguas que me son menos familiares, resulte incorrecto

para el especialista. La intención, en todo caso, no es mala porque todos ellos aparecen aquí a título de meras ilustraciones.

En la notación algún signo ha sido sustituido por otros menos frecuentes para facilitar la impresión.

Mi más vivo deseo es que estas páginas puedan contribuir de alguna manera al aumento de interés por los problemas básicos de la reconstrucción lingüística que se viene observando estos últimos tiempos.

L. M.

Seminario de Filología Vasca "Julio de Urquijo"
San Sebastián, octubre de 1962.

1. HISTORIA Y PREHISTORIA DE LAS LENGUAS

Una lengua es en un momento dado un medio de comunicación, un instrumento que sirve para ese fin dentro de una comunidad numerosa o reducida, concentrada o dispersa en espacios más o menos amplios: lo es en un momento dado y lo sigue siendo en todos y cada uno de los momentos de su historia, a pesar de los cambios que puedan modificar su economía, mientras conserve la adhesión de un grupo humano. Pero por otra parte, y este es el aspecto que nos interesa aquí, desde el punto de vista diacrónico constituye un sistema que retiene una cierta cantidad de información sobre su propio pasado, sobre sus fases anteriores. Digamos, para usar una metáfora que quizá en el fondo no lo sea, que todo estado de lengua es un sistema ordenado que por su misma ordenación conserva registrado un mensaje que el paso del tiempo vuelve borroso e ilegible. Esta degradación, si no es necesariamente rápida, es continua y se prosigue incesantemente a medida que las unidades y la ordenación correspondiente a las nuevas estructuras van suplantando a las unidades y a la ordenación antiguas.

Limitándonos a los sonidos, el número de unidades distintivas está sujeto siempre a variación: variantes de un mismo fonema se escinden y cobran autonomía en el sistema, oposiciones que tenían valor diferencial la pierden, primero en unas posiciones y luego en todas, por fusión de fonemas. Y no es sólo el número mismo de los fonemas lo que varía, sino también la frecuencia, la distribución y las posibilidades combinatorias de cada uno de ellos. Es como un juego de naipes en el que, además de ser barajado sin interrupción, se fuera cambiando el número y el valor de las cartas.

Y, sin embargo, no todo se disipa, sino que los rasgos antiguos continúan transparentándose durante cierto tiempo a través del nuevo sistema que sigue sirviendo de vehículo, sin pérdida de efectividad, a las necesidades del intercambio humano. Como ha subrayado muchas veces Sapir¹, un idioma es un producto histórico extremadamente complejo que oculta, bajo los elementos activos y productivos de su estructura, estratos varios de fecha muy diversa que, aunque pueden ser dados de lado en un análisis sincrónico, no aciertan a escapar del todo a las técnicas que se han desarrollado para reanimar la información muerta, es decir para dar una cierta dimensión de profundidad temporal a la imagen plana de un estado de lengua dado.

Al hablar de esta propiedad de las lenguas, que podemos llamar su carácter conservador, no nos referíamos en absoluto a la historia de una lengua

¹ Cf. H. HOIJER, en *Papers from the Symposium on American Indian Linguistics*, Univ. of California Publications in Linguistics, vol. 10 (1954), p. 6.

en sentido estricto. Una historia de esta clase es, en principio, una historia como cualquier otra, semejante —aun cuando posea sus características propias— a la historia del derecho, del arte, de la economía o de las instituciones políticas de un país en una época determinada. Aludíamos, por el contrario, a lo que en sentido propio y específico debe llamarse prehistoria de una lengua, contrapuesta a su historia, puesto que trata de penetrar en un pasado del que ningún documento da fe directamente.

Es conveniente subrayar la importancia de esta distinción, ya que la terminología no está bien establecida² y no es raro que lingüistas que gozan con razón de la mayor autoridad se hayan expresado con una ambigüedad que sería mejor evitar. Es típico el siguiente texto de Meillet, citado varias veces estos últimos años³: “La comparaison est le seul instrument efficace dont dispose le linguiste pour faire l'histoire des langues... De ce que la méthode comparative est la seule qui permette de faire l'histoire des langues il résulte que, tant qu'une langue est isolée, elle est dénuée d'histoire. Entre l'état du basque au XVI^e siècle et l'état du basque aujourd'hui, il y a des différences; mais les changements ne sont pas essentiels; en substance, la langue est restée la même. Si donc on ne trouvait pas le moyen de rapprocher le basque de telle ou telle autre langue, il n'y aurait aucun espoir d'en faire jamais l'histoire”.

Vale más resumir en pocas palabras la historia de la lengua vasca, ejemplo tan bueno como otro cualquiera, para poder juzgar de la precisión de este pasaje de Meillet. Y decimos precisión, porque evidentemente sabía muy bien de qué estaba hablando y qué es lo que quería decir, y la crítica sólo afecta a su manera de enunciarlo. La primera obra de cierta extensión en esa lengua data de 1545 y poseemos desde entonces impresos y manuscritos que nos informan, con densidad variable, sobre el habla de distintas zonas del País Vasco. Ahora bien, todo esto es historia a secas y puede construirse en lo fundamental con los procedimientos históricos habituales. De ninguna manera se puede decir, por lo tanto, que el vasco carezca de historia: hablando con exactitud, lo más que se puede decir es que esa historia es corta en comparación con la de muchas otras lenguas y también, si se quiere, menos completa dentro del período sobre el cual nos informan los textos a causa de la escasez relativa de éstos. Pero, al mismo tiempo, no deja de ser larga y completa al lado de la de muchísimas otras lenguas cuyos primeros textos datan del siglo pasado e incluso de este en que vivimos. Decir que los cambios documentados no son esenciales y que la lengua, en sustancia, sigue siendo la misma es otra manera de decir —mucho más expuesta a malentendidos— que esos cambios son pequeños, siendo así que habrían sido mayores de estar fechados los textos más antiguos cinco o diez siglos antes. Discutir si la transformación es esencial o no sólo tiene sentido en quien acepta el dogma de que

² HOCKETT, p. 461, contrapone expresamente *linguistic prehistory* (“using the word ‘prehistory’ in its familiar sense of that part of the past for which written records are lacking”) a *recorded history*.

³ *La méthode comparative en linguistique historique*, Oslo 1925, p. 11 s.

el cambio cuantitativo, acumulándose, acaba por producir una $\mu\epsilon\tau\acute{\alpha}\beta\epsilon\sigma\iota\varsigma$ $\epsilon\iota\varsigma$ $\acute{\alpha}\lambda\lambda\omicron$ $\gamma\acute{\epsilon}\nu\omicron\varsigma$ ¿Son esenciales los cambios que se registran en el georgiano desde el siglo V hasta nuestros días?

En rigor, tampoco se puede decir que la historia de la lengua vasca empiece en 1545, ni un año antes ni un año después. Siglos atrás, a partir por lo menos del X, disponemos de glosas, de algunos textos breves, de pequeños vocabularios, de una muchedumbre de nombres propios, de persona y sobre todo de lugar. En fecha más remota todavía, en época romana, se documentan nombres de persona, de divinidades, topónimos, en fuentes literarias y epigráficas. En otras palabras, entre la historia propiamente dicha de una lengua —si convenimos que empieza con la aparición de los primeros textos seguidos de alguna extensión— y la prehistoria, en la cual sólo las pruebas indirectas pueden apoyar nuestras inferencias, se extiende un terreno vasto y mal acotado por el cual se hallan desparramados, con densidad muy variable, testimonios fragmentarios: podríamos llamarlo protohistoria, si el valor del prefijo no fuera distinto del que tiene, como equivalente del alemán *Ur-*, en los trabajos de algunos lingüistas y que aquí queremos seguir sistemáticamente. Todos convendrán, en todo caso, en que tales restos dispersos e incoherentes pueden dar mucha luz por lo menos en cuanto a la evolución de los sonidos, por no hablar de la formación de compuestos y derivados, etc.: recuérdese la naturaleza de buena parte de los materiales en que están basadas las obras sobre el ilirio, el tracio, el frigio o las lenguas indoeuropeas de nuestra Península.

En lo fundamental la historia de una lengua puede y debe, pues, hacerse con los criterios históricos comunes. Esta historia, en cuanto se apoya en documentos de fechas y procedencias diferentes, supone comparación en cierto modo, pero esta comparación, si no hay amplios hiatos documentales, es de la especie más simple y obvia, que está al alcance del último de los profanos. Un lector del *Quijote*, por ejemplo, apenas tiene mayor dificultad en “comparar” entre sí, aunque no acierte a interpretarlas diacrónicamente, las variantes con *h-* y con *f-* de una forma o las desinencias de 2.^a pers. pl. en *-des* y en *-is*, correspondientes a dos estilos, que en identificar dos apariciones sucesivas de una misma forma dentro del mismo estilo: *fermosa* y *hermosa*, *hermosa* y *hermosa*. Esto no quiere decir que el historiador no se valga, al resumir y sistematizar los datos, de las fórmulas habituales en la reconstrucción comparativa (correspondencias y leyes fonéticas, etc.), que le suponen ventajas considerables en claridad y en economía.

No es sólo la lingüística histórica —conviene subrayar esto de pasada— la que se ve obligada a apoyarse, exclusivamente en la inmensa mayoría de los casos, en fuentes escritas, sino toda la lingüística diacrónica. Me refiero a que con gran frecuencia no podemos basarnos en un conocimiento directo,

⁴ Según CHAFE, p. 478, la comparación, dentro de un mismo dialecto o no, es esencial a todos los métodos de reconstrucción, con excepción tal vez de algunos aspectos de la geografía lingüística.

de primera mano, de las hablas modernas que utilizamos en nuestros trabajos. En ese caso suelen ser descripciones ajenas, a veces de una sola persona, las que nos sirven de punto de partida, como "enunciados protocolarios". Es verdad que en principio las particularidades de esas descripciones pueden ser contrastadas por la observación directa y hasta por el experimento, pero las dificultades que se oponían a esa verificación eran grandes hasta tiempos recientes⁵ y a veces casi insuperables. Quien se haya encontrado en esa difícil situación sabe qué escrúpulos pueden atormentar a un comparatista que quiere aprovechar en la reconstrucción un dato dialectal que él mismo es el primero en señalar.

La historia de las lenguas goza, en comparación con otras historias especiales, del privilegio de disponer de un material que, en la medida en que está bien fechado, queda más allá de toda sospecha de falsedad⁶. En efecto, si hay falsedad consciente o inconsciente, ésta suele reducirse al contenido y no a la forma lingüística en que va expresado: un documento medieval en el que se registra una donación hecha en favor de un monasterio puede ser aprovechado lingüísticamente, siempre que nos atengamos a la fecha del escrito mismo y no a la de su supuesto original, con entera independencia de que la donación misma o sus límites precisos hayan sido falsificados o no. Sólo en el caso de falsificaciones en que se ha tratado de imitar o de fantasear un estado arcaico de lengua hay que manejar el material con precauciones. Afortunadamente para nosotros, la idea que nuestros antepasados se hacían de la reconstrucción lingüística era lo bastante ingenua para que sus mixtificaciones, en cuanto no se apoyan en modelos reales de otra época, queden descubiertas ante la primera ojeada crítica.

El método para distinguir entre lo más antiguo y lo más reciente en las variantes (fónicas, morfológicas, léxicas o sintácticas) documentadas a lo largo de la historia de una lengua, el criterio que Matteo G. Bartoli llamó de "la cronología de los textos"⁷, se funda en este mismo carácter de revelación inconsciente, de indiscreción casi, que tienen comúnmente los testimonios de una lengua. Considerando las formas atestiguadas en los textos —siempre escasas comparativamente— como una muestra de la población

⁵ Hoy, por ejemplo, los materiales que sirven de base a trabajos publicados en *Anthropological Linguistics* están disponibles para su comprobación en grabaciones que pueden pedirse a los "Archives of Languages of the World", Univ. de Indiana, en Bloomington.

⁶ Cf. PHILIP BAGBY: *La cultura y la historia* (trad. esp. de *Culture and History*), Madrid 1959, p. 48: "Por fortuna, en ciertas esferas, tenemos pruebas que son más fidedignas que las testificales. Poseemos los productos o subproductos mismos de la actividad pasada del hombre... Estos testimonios mudos son fidedignos en grado máximo, porque no estaban destinados a proveer información; no fueron abandonados en el suelo a propósito para convencer a alguien de la validez de un punto de vista partidista determinado. Incluso los documentos pueden ser considerados de este modo, no por la información que debían proporcionar, sino por lo que pueden revelar aun involuntariamente, sobre el pensamiento, los propósitos y los prejuicios de sus autores y la clase de mundo en que vivían".

⁷ *Introduzione alla neolinguistica*, Ginebra 1925; *Breviario di neolinguistica*, Modena 1928, p. 66. Cf. BONFANTE, § 2.

formada por la totalidad de las formas en uso en la lengua, hablada o escrita, por determinadas fechas, es razonable postular que su orden de aparición en los textos guarde cierta relación con su orden de antigüedad en la lengua. Esto sólo vale, sin duda, en la medida en que podemos considerar que la muestra es representativa, como escogida al azar, lo cual, como sabemos, no es exactamente el caso, porque la lengua escrita, sobre todo en ciertas clases de textos, se atiene a convenciones de carácter por lo general conservador: de aquí el valor que se atribuye a algunos testimonios (*graffiti*, etc.) de origen más espontáneo. No obstante, si adivinamos el sentido de la desviación ya que no su valor absoluto, nos creemos autorizados a introducir rectificaciones con el fin de corregirla.

Aunque debiera ser innecesario —y lo es en teoría, pero no en la práctica—, es preciso hacer constar explícitamente que las conclusiones de la historia de la lengua tienen una prioridad absoluta, para el período a que alcanzan sus datos y en la extensión que éstos abarquen, sobre todas las inferencias, aun las más seguras, a que se pueda llegar con el uso de métodos indirectos. Hay que establecer, en otras palabras, una distinción radical —en cuanto al valor, a la certidumbre y a la riqueza— entre los conocimientos cimentados sobre datos históricos y los resultados conseguidos por medio de los procedimientos de reconstrucción más penetrantes e ingeniosos⁸. Pertenecen en realidad a dos reinos distintos y, si todo lingüista que aspira a merecer ese nombre aprende desde el principio a adornar con un asterisco (y hasta con dos, aunque en esto la práctica no es uniforme) los productos de la reconstrucción, no lo hace por un excesivo prurito de escrupulosidad⁹.

El desprecio de la historia, en el que pueden incurrir algunos comparatistas, no es ni mucho menos pecado propio y exclusivo de ellos: hay también, por ejemplo, los lingüistas habituados al trabajo de campo para quienes el valor de las formas oídas en sus correrías está por encima del de cualquier escrito, sea de la fecha que sea. De cualquier modo, la prehistoria, el andamiaje más o menos inestable de hipótesis sobre lo no directamente conocido, sólo puede sostenerse sobre el fundamento de la historia, de los estados documentados de lengua, y no existe más que en función de ella, puesto que su valor suele ser en la práctica equivalente a su capacidad de iluminar estos estados. Para dedicarnos con tranquilidad a la prehistoria, habremos pues de esforzarnos en adquirir el conocimiento más exhaustivo posible de

⁸ Esto nada tiene que ver con el hecho de que el reconstructor se crea muchas veces con derecho a "corregir" la historia, indicando formas que debían existir en un estado de lengua, aunque no existan o existan en forma diferente, porque esta "corrección" tiene un valor muy especial y limitado. Cf. abajo nota 18.

⁹ Cf. ALFRED SENN, en *Sprachgeschichte und Wortbedeutung. Festschrift Albert Debrunner*, Berna 1954, p. 419: "In der Sprachwissenschaft hat man nämlich nur zu oft vergessen, dass die vergleichende Forschungsmethode durch die historische gezügelt werden muss... Wenn eine zeitlich näherliegende und dokumentierbare Erklärung möglich ist, soll man nicht nach einer prähistorischen und rein hypothetischen suchen, deren Hauptstärke oft nichts anderes ist als romantischer Reiz".

los datos disponibles, sin dejar ninguno de lado y sin ahorrarnos molestias en buscarlos y comprobarlos. Como decía Kant, "ningún principio *a priori* determina ni limita las posibilidades de la experiencia: la experiencia sólo se determina por la experiencia".

Ya se ha dicho que en lingüística diacrónica se parte por lo general de fuentes escritas, lo cual supone por necesidad una interpretación previa, sobre todo por lo que hace a los sonidos. Este es el aspecto que más nos interesa aquí y, por otra parte, también el que plantea dificultades mayores, ya que cualquier sistema de escritura, de la época que sea, está lejos de ser un espejo fiel y unívoco de la pronunciación. La filología ya antigua y la más moderna lingüística han puesto a punto, sin embargo, una serie de instrumentos que facilitan esa hermenéutica. Supondremos, por lo tanto, que la interpretación de los textos escritos no presenta dificultades invencibles, salvo en casos especiales¹⁰.

Más allá de la historia empieza la prehistoria. Y ahí, en el punto —o mejor en la línea mal delimitada— que marca la separación de ambas, empiezan también nuestras consideraciones, puesto que cuanto se ha dicho de la historia no era más que un deslinde preliminar. Lo que importa señalar desde el primer paso, y lo que todo el mundo se sentirá inclinado a admitir en principio, es que disponemos de algún medio de penetrar en esa *terra incognita*. Hasta dónde alcanza esa penetración y cuál es el valor de los detalles que en el curso de nuestra exploración podemos averiguar acerca de la configuración de ese país, es lo que se trata precisamente de discutir en estas páginas.

Los instrumentos de que disponemos para ello son, en sustancia, dos: la reconstrucción interna y el método comparativo o, para usar con Hockett (p. 461) una expresión paralela, la reconstrucción externa. Sólo al primero podemos recurrir cuando no disponemos más que de un único testigo: una lengua no diferenciada —es decir, en la práctica, poco diferenciada— conocida en un momento de su historia o, en la medida en que esto es hacedero, de su prehistoria. En rigor, habría que añadir que tampoco debemos conocer nada de las lenguas con las que aquélla se ha relacionado por vecindad. Porque de otro modo apeláramos en realidad a la reconstrucción externa o comparativa: lo que caracteriza en efecto a este método es, como se indica con mayor detalle en el último capítulo (p. 75 ss.), que la comparación se establece entre lo que en inglés llaman *cognates*¹¹, o sea entre formas emparentadas a causa de su origen común de lenguas o estados de lengua diferentes,

¹⁰ HOENIGSWALD, p. 4 ss., con bibliografía. Cf. SAUSSURE, p. 45 ss. Entre muchos trabajos recientes se pueden citar como muestra G. HAMMARSTRÖM, Graphème, son et phonème dans la description des vieux textes, *Studia neophilologica* 31 (1959), 5-18; CHARLES F. HOCKETT, The Stressed Syllabics of Old English, *Language* 35 (1959), 575-597; R. P. STOCKWELL y C. W. BARRITT, Scribal Practice: Some Assumptions, *ibid.* 37 (1961), 75 ss.

¹¹ Valdría la pena de que dispusiéramos de un equivalente. M. Swadesh y su escuela en Méjico han empezado a utilizar "cognadas". Uno se pregunta si no sonaría mejor el masculino: "cognados" o "agnados".

sin que sea condición necesaria que las lenguas mismas estén emparentadas en el sentido corriente, genealógico, de la palabra. Eso basta para que se intente hacer reconstrucción comparativa¹², rudimentaria si se quiere, aunque evidentemente no sea suficiente para construir "gramáticas comparadas".

Una lengua, repetimos, aun considerada en un aislamiento total y en un punto de su evolución, contiene información más o menos implícita sobre estadios anteriores que puede ser explicitada, si se trata adecuadamente. O, como dicen otros, una parte —aunque sea ínfima— de los cambios por los cuales es como es puede ser recuperada, lo que equivale a decir que podemos en cierta medida retrotraer la lengua a la fase anterior a esos cambios: esto, como salta a la vista, solamente es posible si existe algún género de regularidad en los cambios lingüísticos. Como se ve, no tiene aplicación a nuestro caso el conocido aforismo jurídico que reza: *Unus testis, nullus testis*. Sin embargo, esa información podrá ser reactivada con mayor eficacia cuando al lado de ese testigo podamos colocar otro u otros.

Para comprender adecuadamente esta capacidad de las lenguas, la tenacidad con que conservan la huella de situaciones pasadas, sería menester considerarla en un contexto mucho más amplio y por ello mismo muy difícil de abarcar. Para empezar por lo más cercano, puesto que la lengua es un hecho social¹³, habría que preguntarse si en otros hechos sociales existe también, en igual o en mayor grado, esa posibilidad de recuperación o de reconstrucción: ¿es que del análisis sincrónico de mitos, de sistemas de parentesco, de instituciones, etc., pueden obtenerse inferencias razonablemente seguras acerca de su pasado a falta de testimonios históricos? Se diría, en la medida en que uno es capaz de formarse una opinión, que no, al menos en el mismo grado que de las lenguas¹⁴. Incluso en un sistema tan relacionado con la lengua como es la escritura la previsión retrospectiva tiene, si no nos engañamos, un horizonte mucho más reducido. La ventaja de las lenguas a este respecto se deriva seguramente de que constituyen objetos más cerrados en sí mismos y más sistemáticos, razón por la que las trabas internas de su estructura imponen ciertas regularidades a la evolución, regularidades que, por el mero hecho de haber existido, pueden en parte ser descubiertas *a posteriori*. La llamada lingüística inmanente, la que considera a la lengua como un sistema cerrado y en cierto modo autárquico, parece haber ganado la partida en los últimos tiempos: la experiencia ha demostrado, en efecto, que tal modo de considerar la

¹² Comparación, claro está, puede hacerse de muy distintas maneras. Sin embargo, por brevedad, llamaremos aquí a veces "comparación" a secas a la que se establece entre formas concretas de origen común.

¹³ Aunque no un hecho como cualquier otro. Como dice KNUD TOGEBY, *Romance Philology* 14 (1960), 161: "A mon avis, s'il est bien vrai que la langue n'est pas un fait de nature, elle ne se réduit pas non plus à être un phénomène purement social. L'étude des langues nous montre en effet qu'il n'y a pas de rapport direct entre la structure d'une société et celle d'une langue".

¹⁴ C. LÉVI-STRAUSS, *Anthropologie structurale*, París 1958, se ocupa de cuestiones de este género en varios lugares y especialmente en el cap. 1.º, p. 3 ss.

lengua puede producir resultados espléndidos¹⁵. Pero, por ello mismo, si la lengua no es un hecho social como cualquier otro y si la historia externa no tiene más que una relación accidental y fortuita sobre ella —aunque a veces, cuando se trata de la interferencia de sistemas distintos en contacto, llegue a ser decisiva—, habrá que concluir también, con una modestia tan saludable como necesaria, que la información que una lengua o un conjunto de lenguas proporciona sobre la prehistoria es también lingüística en lo esencial: se refiere a la prehistoria de esas lenguas y no a la prehistoria (o a la historia) de las colectividades que las hablaron.

Por otra parte, la diacronía no pertenece en exclusiva a los productos culturales, sino que tiene también sentido en el reino de la naturaleza. “En plena ciencia de la naturaleza —escribe Cassirer¹⁶—surgen de pronto problemas que sólo es posible abordar mediante conceptos y métodos históricos; hay, por otra parte, asuntos históricos a los que nada impide aplicar los puntos de vista propios de las ciencias naturales”. Una comparación que podría ser fructífera es la de la geología que algunos al menos llaman histórica con la lingüística diacrónica¹⁷: no hay que olvidar que el relieve terrestre, el paisaje, es para el observador ingenuo un objeto dado, estable y subsistente sin mayor variación, lo mismo que un idioma, desde el día de su creación. En geología encontramos en primer lugar un estudio sincrónico de los elementos que forman la tierra, de sus relaciones y combinaciones, que correspondería a la descripción lingüística; viene luego una teoría general de los cambios en la constitución y disposición de esos elementos (la geodinámica) y, finalmente, como consecuencia de lo anterior, una investigación que, utilizando todos los indicios que proporciona la ordenación actual de esos elementos —partiendo, como si dijéramos, de la sincronía, de un estado dado de lengua—, intenta reconstruir su disposición anterior y escalar los datos en una perspectiva diacrónica.

¹⁵ En contra de lo que quería SCHUCHARDT, *ZRPh* 11 (1887), 511: “Wir dürfen die Sprache nie von Menschen losgelöst denken; so steht die Geschichte einer einzelnen Sprache in bestimmter Abhängigkeit von der Geschichte der betreffenden Völker, der körperlichen und geistigen”. Es posible que, conforme él quería, cualquier regularidad que se pueda observar en las lenguas no sea sino el reflejo de las leyes psicofísicas que actúan en el hombre, pero no conduciría a nada útil que la lingüística se lanzara al estudio de esas posibles correlaciones, lo cual no quiere decir que no constituyan objeto digno de estudio tomadas en sí mismas. Por otra parte, el que consideremos el lenguaje haciendo abstracción de los hombres que lo emplean no quiere decir que separemos realmente el lenguaje de los hablantes.

¹⁶ *Las ciencias de la cultura* (trad. esp. de *Zur Logik der Kulturwissenschaften*), México 1955, p. 60. Cf. COSERIU, p. 16.

¹⁷ SAUSSURE, p. 299, señala ya ese paralelo. Hay otro pasaje de ese autor (p. 117 s.), que nunca hemos visto comentado: la mayor parte de las ciencias (la geología, la astronomía, la ciencia del derecho, etc.) conocen una división en descripción e historia, sin que eso signifique que tengan que escindirse en dos disciplinas que siguen “dos caminos absolutamente divergentes”. Pero ya esta dualidad, este divorcio, se impone imperiosamente a las ciencias económicas por basarse, como la lingüística, en la noción de valor. Los entendidos podrán opinar con mayor fundamento, pero no nos parece que exista tal diferencia a este respecto entre la economía y el derecho por ejemplo.

Aproximar una ciencia cultural a una ciencia natural no tiene por qué ser un pecado imperdonable, sobre todo si de esa aproximación puede obtenerse alguna claridad sobre el carácter y alcance de los métodos. Conveniría advertir, incidentalmente, que lo único que tiene una importancia decisiva para el progreso de una ciencia empírica —y la nuestra, la lingüística diacrónica, lo es— es el descubrimiento de nuevos métodos o, lo que equivale a lo mismo, de mejoras en los métodos ya descubiertos. Ahora bien, como se sabe, el descubrimiento de lo que sea, siempre que no se trate de la mera aplicación exhaustiva mediante la mecanización de técnicas ya descubiertas, es un suceso que se nos presenta como imprevisible en conjunto, por más que esto no quiera decir que sea incondicionado en realidad. Con constancia y aplicación se termina por hallar algo que sabemos previamente que existe y cuyas características generales podemos acaso conocer: lo difícil es hallar algo que no sabemos cómo es ni siquiera si es. Pero toda reflexión *a posteriori* acerca de métodos ya descubiertos —tanto si se mueve, como éstas, en un plano humilde que si los enjuicia desde mayor altura—, por necesaria que sea, es una especie de *piétinement sur place* que nunca determina un avance de los conocimientos como el sencillo hallazgo de un paso todavía no hollado. En cuanto a la reconstrucción, seguimos dependiendo en lo fundamental del siglo pasado: hemos afinado los procedimientos que nos legaron, hemos comprendido mejor su sentido y alcance y, sobre todo, hemos introducido la duda donde reinaba la alegre seguridad de la inconsciencia.

La nuestra es una ciencia empírica por cuanto que toda reconstrucción tiene que basarse en lenguas reales tal como nos las ofrece la experiencia y también porque su valor se demuestra comprobando hasta qué punto es capaz de explicar las formas de esas lenguas. Pero también es empírica de otra manera un poco especial. Algunas veces podemos confrontar nuestra reconstrucción con una realidad directamente accesible, cuyas características se supone que debe reflejar de algún modo: es el caso, por ejemplo, del latín y del proto-románico. Otras —y siempre naturalmente que queramos remontarnos más allá de las fases atestiguadas más antiguas— la confrontación no es posible, no porque la realidad cuyos rasgos tratamos de configurar en la reconstrucción no haya existido, sino porque, al ser la escritura su único medio de conservación, no ha llegado hasta nosotros, ya por haberse perdido los escritos o ya, como es el caso más común, porque éstos nunca han existido. Pero aun entonces el azar de un descubrimiento afortunado, como en el caso reciente del micénico, puede ponernos en comunicación con un estado de lengua hasta entonces desconocido que corrobora definitivamente ciertos aspectos de las reconstrucciones anteriores. Hoy mismo, cualquier dialectólogo puede hacer el descubrimiento de variantes todavía no señaladas, pero que eran perfectamente previsibles y estaban previstas por él mismo. No cabe duda de que estas confirmaciones ocasionales tienen mucho que ver con la confianza, moderada sin embargo, que hoy inspira el poder de los métodos de reconstrucción.

Es cierto que la previsión en lingüística diacrónica tiene fundamentalmente un sentido: es una previsión del pasado (y también del presente, como acabamos de ver)¹⁸, pero no del futuro, en el sentido en que Schlegel decía que un historiador es un profeta del pasado, aunque con medios para determinar “lo que podía haber sido” e incluso “lo que debía haber sido”, al contrario de lo que ocurre en las ciencias naturales, donde se trata por lo general de previsión en sentido propio, de previsión del futuro¹⁹. Es una “Post-mortem science”, para emplear la expresión de George S. Lane²⁰. Pero esto acaso no sea de importancia fundamental, puesto que también sucede en geología, donde la palabra historia no tiene con toda evidencia el valor preciso que a Historia, con mayúscula, dan los historicistas. La analogía tiene, a nuestro entender, mayor peso que la diferencia: lo esencial es que hay previsión (“predictability”) y que se trata de una previsión científica, dentro de los estrictos límites que le han sido asignados, no una mántica que dependa de dones individuales de intuición. Y su validez, dentro siempre de esos límites, ha sido y sigue siendo confirmada por la experiencia²¹. Esta es siempre la prueba decisiva para los métodos en una ciencia empírica. De no haber existido ese tribunal inapelable, la disputa entre Galileo y los aristotélicos se habría continuado hasta nuestros días, quizá con ventaja para los últimos. Es lástima que la lingüística diacrónica, sujeta por las trabas que le impone la muy limitada conservación de los materiales antiguos, se vea tantas veces privada no sólo de la experimentación, sino también de la observación de

¹⁸ Esta es la previsión que fija lo que debe existir en un estado determinado de lengua, con entera independencia de lo que haya en realidad. Así MENÉNDEZ PIDAL, *Manual de gramática histórica española*, § 3, 3-4, establece que lat. *titulum* “a haberse conservado hubiera producido en romance *tejo”, como *saeculu*, *sejo o *cupiditia, *codeza. Se trata, naturalmente, de la “generalidad extensiva” o generalidad a secas (COSERIU, p. 51 s.) que en el fondo no encierra más que una perogrullada. Si un dialecto se ha definido —entre otras notas— como aquel en que el fonema o grupo de fonemas antiguo *a* ha tenido el resultado *b*, entonces una forma antigua que contuviera *a* tiene que tener una forma con *b*, si tal forma existe, en ese dialecto por la misma definición de éste.

¹⁹ Cf. BERTRAND RUSSELL, *El conocimiento humano. Su alcance y limitaciones* (trad. esp. de *Human Knowledge*), Madrid 1950, p. 370 s.: “Existen, es verdad, varias leyes —especialmente la segunda ley de la termodinámica— que permiten inferencias hacia adelante más fácilmente que hacia atrás, pero esto no es una característica general de las leyes causales. En geología, p. ej., las inferencias son casi todas hacia atrás”.

²⁰ *Language* 35 (1959), 320. Añade además: “A phonetic law states only what happened and the conditions under which it happened. But the conditions must never be considered causes. If they were, we could forecast phonetic changes and a phonetic law would be on a par with the laws governing natural phenomena”. En realidad, no es cuestión de causas o de condiciones, pues son muchos los que prefieren hablar de éstas en vez de aquéllas incluso en física, sino de que las condiciones sean de una clase o de otra. Lo que pasa es que Lane emplea “condición” como sinónimo de contexto, o sea que se limita a lo que MARTINET (1955, p. 13 ss.) llama descripción de un cambio fonético como contrapuesta a su explicación.

²¹ En general, tenemos un poco la propensión de considerar que nuevos hechos, cuando son favorables, verifican nuestras hipótesis, pero nos resistimos a considerarlas falsificadas por observaciones que se acomodan mal a ellas acaso en mayor medida de lo que ocurre en otras ciencias empíricas.

fenómenos que podrían servir para contrastar el acierto de sus hipótesis. Pero esto no desmiente, sino que confirma, su empirismo radical, ya que precisamente de ahí, de la servidumbre que le impone la escasez de los datos, le vienen las mayores restricciones.

No estaría acaso de más ahora un intento de exponer gráficamente las diferencias que separan a la historia lingüística de los procedimientos indirectos de penetrar en la prehistoria. El historiador de la lengua es un personaje conocido, que no necesita presentación. Es cierto que no suele darse en forma químicamente pura, porque se vale de las técnicas comparativas que le son familiares, aunque no sea más que para colmar las lagunas de la documentación y para disponer los materiales de forma clara, ordenada y concisa: nombres como los de J. Grimm, Meillet o Menéndez Pidal son familiares a muchos, entre una legión de otros.

Pero, para completar el cuadro, habría que diseñar al lado de la figura de este personaje conocido y real, aunque de sangre mezclada, la de otros dos, de silueta más borrosa y hasta si se quiere fantasmal: el comparatista y el reconstructor interno.

Como se trata de entes ficticios, no es del todo superflua una justificación preliminar del valor científico de las ficciones. La justificación, como en la parte semántica de las ecuaciones etimológicas, puede buscarse en los paralelos externos, que tomaremos para mayor garantía de la física: no es raro en efecto que los lingüistas resulten más atentos a la literalidad de los datos y hasta se diría que más naturalistas, aparte de mucho más candidamente realistas, que los físicos. Entre otros ilustres precedentes, recordaremos, por vía de muestra, el ente bidimensional que recorre incansable, sin hallar nunca los límites de su universo, la superficie finita de una esfera, o el hombre de Einstein que, mientras su ascensor se precipita desde el último piso de un rascacielos, observa los efectos de la caída libre en el sistema cerrado en que se encuentra durante los cortos instantes que preceden al choque definitivo. Podríamos invocar también al demonio de Maxwell que abre la puertecilla cuando ve acercarse una molécula rápida y la cierra al aproximarse una partícula lenta. En comparación con éstos, nuestros personajes, aunque entes de razón, parecen de carne y hueso.

El puro comparatista sería, en pocas palabras, un hombre que sólo posee un saber hacer, pero que no quiere saber nada —y, como Sherlock Holmes, procura olvidar lo que por azar aprende— acerca de la historia y prehistoria, interna y externa, de lenguas concretas: ha aprendido a la perfección técnicas, pero no ha acumulado conocimientos concretos. Sabe cuanto hay que saber sobre procedimientos comparativos, pero no sabe nada de ninguna lengua, excepto naturalmente de la suya propia, de la cual no se ocupa en absoluto y que le sirve tan sólo como una especie de metalenguaje para tratar de la diacronía de otras lenguas.

Acudiríamos a este comparatista con problemas precisos: se someterían a su examen estados diferentes de lengua, cuyas relaciones mutuas, en todo o en parte, tendría que descubrir y disponer en una perspectiva diacró-

nica. Si el material se prestara a ello, tendría que postular protoformas que explicaran los datos conocidos según la lógica interna del método. Nada debe saber, repetimos, que atañe al problema y no esté contenido en los estados de lengua que, en forma de textos o de descripciones prefabricadas totales o parciales, le han sido presentados: ni el grado de cultura de sus hablantes ni su localización espacial y temporal ni el nombre siquiera de las lenguas. Como cada vez se le proporciona un número limitado de datos, independientemente de que existan o no otros que podrían facilitar la solución, cada caso sería para él un problema, con sus datos y sus incógnitas, que trataría de resolver como se resuelve un problema matemático, sin más ayuda que la de las magnitudes ofrecidas en el planteamiento y la de las reglas operatorias en cuyo manejo ha sido iniciado. Así, si se tiene el cuidado de elegir problemas cuya solución es conocida, se podría comprobar una y otra vez el valor de los métodos en uso.

Lo precedente nos permite abreviar la caracterización del reconstructor interno: éste, por definición, sólo dispone de un único estado de lengua. Ahí halla sus datos y en la técnica de la reconstrucción su instrumento.

Esto no parecerá tan difuso y hasta un tanto absurdo si se tiene presente que la lingüística histórica está llena de razonamientos, presentados *for the sake of experiment* para citar una fórmula usual en estos casos, que recuerdan los experimentos mentales que ya hallamos en Galileo y pueden resumirse en enunciados del tipo siguiente: "Si se hiciera esto o aquello, se llegaría a tales o cuales resultados". Lo malo es que esta suerte de experimentos no se realiza nunca, o casi nunca, en nuestro campo, por la sencilla razón de que las personas que los proponen no están en las condiciones requeridas por el experimento, ya que perdieron hace tiempo, y por eso precisamente los proponen, su virginidad cognoscitiva. Por eso mismo, para llegar al resultado que sugieren como probable o seguro, introducen de contrabando toda una turba de datos y de argumentos ajenos por completo a los que suministran al calculador ficticio²².

Se objetará, no sin razón, que tales personajes no tienen una contextura más consistente que los centauros o las serpientes de mar, porque el hilo que mueve sus decisiones es el arbitrio más o menos caprichoso de su creador, a cuyas decisiones sirven de testaferrero. Pero en realidad se trata de una aplicación del "método trascendental" más que de un expediente imaginativo: el comparatista o el reconstructor interno no son individuos empíricos, sino la personificación de la lógica de los métodos que manejan. Esta es la única autoridad que deben acatar en lo agradable y en lo insatisfactorio, del mismo modo que el condenado a muerte de Kant se ve obligado a aceptar racionalmente su propia ejecución.

²² No sería malo que estos experimentos llegaran a realizarse: el modo podría ser que especialistas en un terreno, sobre todo los que se ocupan de lenguas poco conocidas, proporcionaran a otros no familiarizados con él los datos disponibles sobre problemas concretos. Hay algo de esto en los ejercicios de HOCKETT, algunos tomados de HENRY A. GLEASON, *Workbook in Descriptive Linguistics*, Nueva York 1955.

Así, según la opinión de Bonfante (p. 85 s.), un lingüista de hoy que no conociera otra lengua indoeuropea que el griego, comparando entre sí formas como ἔχω, εἶχον, ἔξω, ἔσχον, “llegaría fácilmente a la conclusión” de que todas ellas proceden de una raíz *sekh-, no de *ekh-, porque σχ- por ejemplo no podría explicarse satisfactoriamente a partir de la segunda, mientras que la primera bastaría para dar razón de todas ellas.

Lo que no se ve siempre bien en esta clase de experimentos mentales es que las conclusiones que se admiten para explicar un puñado de formas como éste no están aisladas ni tienen un carácter limitado, sino que fuerzan a postular una larga cadena de cambios fonéticos en la lengua considerada: “explicar satisfactoriamente”, como dice Bonfante, significa “explicar según ciertas leyes fonéticas” que regulan las correspondencias de sonidos, determinadas por la posición de éstos, entre el pre-griego y el griego y esto no solamente en las formas que tratamos de explicar, sino también —salvo en casos marginales— en otros significantes cualesquiera, cualquiera que sea su significado.

Supongamos, pues, que un reconstructor interno, lleno de audacia juvenil, se decide a postular *sekh- con todas sus consecuencias. Tendría que establecer en primer lugar que un proto-fonema de carácter más o menos sibilante, que por economía podría simbolizar por *s, fue sustituido en griego por h o por cero cuando se hallaba en posición inicial ante vocal y también al parecer (cf. εἶχον de *e-sekh-on, como ἔλουν, etc.) en interior, cuando iba entre vocales: esto último recibiría inmediatamente el apoyo de las conocidas series en que gr. -s en la implosión alterna con cero entre vocales: γένος, ἔπος, μένος, gen. γένους, ἔπους, μένους, etc. Lo que Bonfante no advierte expresamente es que esta hipótesis le obliga automáticamente a admitir, puesto que la regularidad de los procesos fonéticos es el postulado básico del método, que todos los ejemplos griegos de s- ante vocal o de -s entre vocales, en la medida en que no son debidos a analogía o causas similares, no pueden ser continuadores de pre-gr. *s, sino de otro u otros fonemas o grupos que se podrían resumir con el símbolo *S: el dat. pl. γένεσι, etc., vendría de *genes-si o -Si, *-Sis en γένεσις, φύσις, etc. de un más antiguo *-tis (cf. πίστις, πύστις), y así sucesivamente. Tendríamos también *S- en σαῦρος, σέβομαι, σείω (de *Seis-, en virtud de σεισμός, etc.), σελήνη (de *Selas-, a causa de σέλας ‘brillo’), σήπω, σοφός, σύ, συν-, etc.

El paso siguiente, de obrar con consecuencia, sería el descubrimiento, o por lo menos la sospecha, de la ley de Grassmann: la disimilación de aspiraciones de que da fe el par ἔχω : ἔξω, posterior por cierto al paso de *s- a h-, encontraría apoyo en casos de alternancia tan manifiesta como θρίξ, θριξί : τριχός, τρίχα; θάπτω : τάφος; ἔθηκα : τίθημι, ἐτέθηγ; φύω : πέφυκα, etc., etc., aunque ἔσπομην (de *e-sp-), paralelo a ἔσχον, la contradiría. La cuestión es ahora si nuestro reconstructor, a quien podemos sin duda imaginar suficientemente sagaz para ver todo esto y muchas cosas más, tendría de una parte la decisión necesaria para postular cambios de tanto alcance sobre tes-

timonios a veces escasos y vacilantes y, por otra, si acertaría a dar con el buen sendero en un terreno escabroso donde la regularidad de los procesos fonéticos está encubierta siempre en mayor o menor grado por la multiplicidad de las acciones analógicas.

Más cerca de nosotros, podemos escoger, entre muchísimos otros, una alternancia consonántica castellana que no difiere mucho del ejemplo gótico comentado por Hoenigswald²³. El sufijo de participio presenta normalmente la forma *-do* (*-ado*, *-ido*), pero *-to* en algunos pocos casos: *muerto*, *vuelto*, *puesto*, *visto*, *roto*, etc., a los cuales se podrían agregar verosíblemente, incluso sin recurrir a textos arcaicos, adjetivos actuales como *pinto*, *tinto*, *suelto*, *bendito* (y *maldito*), etc. Partiendo ahora de que un reconstructor considerará siempre emparentadas aquellas variantes de un mismo morfema, o de morfemas de función equivalente, que le parezcan retrotraíbles a una forma común previo el cumplimiento de un proceso fonético, pensará sin duda que *-do* y *-to* no son sino variantes condicionadas por el contexto: *-do* tras vocal, *-to* tras (antigua) consonante (para *roto*, cf. *rompo*, *rompí*, etc.). También aquí las dos maneras más económicas de interpretar diacrónicamente estos hechos parecen ser las siguientes: (a) una antigua **t* se ha sonorizado entre vocales, y (b) una antigua **d* ha perdido la sonoridad tras consonante. El primer supuesto nos obliga a establecer la hipótesis de que todos los ejemplos actuales de *t* intervocálica proceden de otra cosa (*atado* vendría de **aTato*, y así sucesivamente), con la sospecha de que la sonorización en ese contexto no haya afectado tan sólo a una oclusiva, sino, como suele ocurrir, a todas ellas y tal vez a otros fonemas: en el segundo, para eliminar contrastes como *pardo* / *parto*, *tiendo* / *tiento*, etc., habría que recurrir a algún expediente tal como el de postular que en *pardo* etc., la posición post-consonántica es posterior al ensordecimiento y que el grupo ha nacido por síncope de una vocal intermedia, con lo que llegaríamos a **parVdo*, etc. Es posible que, como se dijo, estas dos hipótesis sean las más económicas entre todas las hipótesis posibles, pero ¿cuál de las dos aventaja a la otra a este respecto o a otro ante quien no conoce la solución, que nosotros ya conocemos? Por otra parte, ¿economía sería aquí sinónimo de corrección?²⁴

Importa señalar que, en el imposible despojo de conocimientos de que queremos hacer víctima al reconstructor interno, habría que privarle muy especialmente de la ayuda que, en las lenguas de tradición literaria, le pueden proporcionar los préstamos librescos, pues de otro modo hallaría en un mismo estado de lengua testimonios de dos fases por lo menos. Es lo que ocurre con el latín en las lenguas románicas (*mente* y *mientes*, etc.) y con el griego clásico en el moderno o, en línea oblicua, en ruso con formas de

²³ Phonetic Similarity in Internal Reconstruction, *Language* 36 (1960), 191 s.

²⁴ HOCKETT, p. 465 s., muestra muy bien que en otro de los casos que se han discutido, el de la alternancia *-t/-d-* en alemán, en cuanto se opone a *-t/-t-*, etc. (*Tod* / *Tode*, pero *tot* / *tote*), la conclusión a que nos arrastraría la oposición *Bund* / *Bundes* pero *bunt* / *buntes* (cf. *Ende* 'fin, extremo' / *Ente* 'pato') no estaría de acuerdo con los hechos documentados.

otro dialecto eslavo de fecha más antigua, que dan pie a la comparación: *gólos* 'voz', pero *glás* id., como arcaísmo y en derivados como *glásnyj* 'vocal'; *golová* 'cabeza', pero *glavá* 'jefe, caudillo' y *glav-* en compuestos y derivados; *górod* 'ciudad', pero *graždanin* 'ciudadano' (cf. fr. *eau*, pero *aquatique*, *aque-duc*, *aqueux*; *sourd*, pero *surdité*); *nébo* 'cielo', pero *něbo* 'paladar, cielo de la boca'; *voróta* 'puerta', pero *vratár* 'portero', etc. Y no nos olvidemos de la ortografía tradicional que, a cada reforma (como ha sucedido con la del alfabeto cirílico, después de la Revolución rusa), pierde la traza de alguna antigua distinción que se venía manteniendo por inercia. El hispano-hablante que no distingue en la pronunciación *casa* de *caza* o *sierra* de *cierra* sabe por la grafía de una oposición que él ya ha perdido.

Para no seguir divagando acerca de lo que sucedería si ocurriera lo que de hecho no ocurre, nos permitimos cerrar el capítulo con la presentación de un ejemplo vasco a causa de que aquí podemos hablar no solamente de los hechos brutos, sino también de la interpretación que se les ha dado. En cualquier habla vasca, aunque a título de arcaísmos aislados, se observa la alternancia entre formas sin nasal en el nombre autónomo y formas con nasal en el mismo nombre usado como primer miembro de compuesto: *ardo* 'vino': *ardan-*; *gazta* 'queso': *gaztan-*; *orga* 'carro': *organ-*, etc. Ante una situación de este tipo, una de las ideas que podrían ocurrírsele a nuestro reconstructor interno sería sin duda que la alternancia podría explicarse suponiendo que una antigua nasal intervocálica se ha perdido en el simple pero se ha conservado en primer miembro de compuestos al quedar en posición implosiva por la pérdida (completamente regular) de la primitiva vocal final²⁵. Esta sospecha se corrobora si puede recurrir a la comparación de las demás variedades de la lengua: junto a *ardo* se encuentra *arno* y *ardáü*, con diptongo nasal, etc. Y, sin embargo, a pesar de ello, esto no ha sido admitido por todos como un hecho indiscutible: Schuchardt lo negaba de un modo radical. Afortunadamente, aunque el vasco está aislado, se puede apelar a la comparación externa, porque hay toda una serie de préstamos, de origen evidente, que dan claro testimonio de la pérdida supuesta: (*h*)*a-rea* 'arena', *balea* 'ballena', *katæa* 'cadena', *koroa* 'corona', etc. El ejemplo prueba, creemos, que en el terreno real la reconstrucción interna es sumamente menesterosa y que la misma comparación, cuando se practica sobre variedades poco diferenciadas de una lengua, se siente vacilante en cuanto al valor de sus resultados. En su tenor literal no es exacta la sentencia de Saussure (p. 298): "On ne peut rien tirer du basque parce que, étant isolé, il ne se prête à aucune comparaison". Pero, en el fondo, encierra una profunda verdad, porque, si se puede sacar algo de él, es en parte porque no está aislado en realidad. La comparación, en el sentido clásico de la palabra, supone, según se ha dicho, la existencia de formas emparentadas por su origen común en lenguas distintas, pero no exige necesariamente que éstas

²⁵ Cf. L. MICHELENA. *Fonética histórica vasca*, San Sebastián 1961, p. 299 ss.

mismas estén emparentadas entre sí. Ahora que, naturalmente, sólo puede aplicarse con plena eficacia en este último caso.

2. LAS REGLAS DEL JUEGO

En este capítulo se intentan reseñar los principios en que se funda la lingüística diacrónica y la manera, reducida a su esquema más descarnado, en que funcionan nuestros métodos de reconstrucción.

Antes de empezar, conviene introducir la distinción fundamental —que Coseriu, clarificador de tantos conceptos, expone con otro motivo²⁶— entre lo ontológico y lo metodológico, entre el plano de la realidad y el plano de la investigación. Da en efecto la impresión de que las discusiones que alguna vez —no tantas como se debiera— se producen acerca de estos temas nacen en parte de que, con nuestro cándido realismo, no nos percatamos plenamente de que ciertas características de los resultados a que llegamos están prefiguradas y contenidas en los métodos que usamos para alcanzarlos.

Puesto que se ha afirmado repetidamente que la lingüística diacrónica es una disciplina empírica, hay que señalar en primer lugar los fundamentos empíricos en que se basa. Cuantos nos hemos ocupado ocasional o habitualmente con estos problemas en uno u otro campo estaremos dispuestos a admitir que, como se ha dicho, una lengua no sirve tan sólo para el diálogo y para el monólogo, para la comunicación y para la expresión, sino que además, por no ser un código a secas, nos dice algo sobre sí misma, sobre cómo ha llegado a ser lo que es. Esta es una convicción, sea dicho de paso, de que participan por igual, aunque seguramente por razones muy distintas, los expertos y los legos.

Si tratamos de consolidar esta convicción no en el orden psicológico, sino en el lógico, podemos decir que conocemos directamente períodos bastante largos de la historia de muchas lenguas. De su estudio, hemos llegado a la conclusión de que su evolución, sobre todo en lo que concierne a los sonidos, se ha producido en parte según ciertas regularidades que podemos resumir en fórmulas simples. De esto se sigue que, si el paso del estado de lengua L a los estados L' , L'' , etc., es regular en algún aspecto, de modo que a en L tiene como resultado b (o b , b' , etc., según las condiciones) en L' , c en L'' , etc., estamos en condiciones de establecer igualdades del tipo $b = c = \dots$ En la práctica, como nadie ignora, las cosas resultan mucho más complicadas porque, aun prescindiendo de toda irregularidad, las ecuaciones son muy complejas a causa de los muchos y variados condicionamientos contextuales que deben ser tenidos en cuenta.

²⁶ P. 10 s., a propósito de sincronía y diacronía. Ya R. JAKOBSON (ap. TRUBETZKOY, *Principes de phonologie*, París 1949), p. 333 s., señala el carácter ficticio de la inmovilidad que en la descripción se atribuye a un estado de lengua.

Si en lugar de marchar de lo anterior a lo posterior en el sentido del tiempo se intenta ahora desandar lo andado, se ve que cada una de las igualdades como $b = c = \dots$ en los estados de lengua más recientes L', L'', \dots , define una unidad $*a$ del estado antiguo L . Esta unidad $*a$ reconstruida no es la unidad real a del estado L ni en su definición entran todos los rasgos distintivos de ésta: $*a$ no es a , sino que está por a y en cierto modo lo representa. Lo que interesa aquí es que, si en vez de contentarnos con reconstruir unidades fónicas (fonemas o grupos de fonemas) aisladas, restituímos protoformas valiéndonos de esas unidades como elementos de construcción, estas protoformas postuladas poseen en muchísimos casos propiedades homólogas a las de las formas reales que conocemos en el estado de lengua L . El paso siguiente lo damos por extrapolación: cuando, como tan a menudo ocurre, no conocemos L sino tan sólo L', L'', \dots entre cuyas formas se observan ciertas correspondencias de carácter regular, nos creemos autorizados a postular, con el solo apoyo de esas correspondencias, protoformas de una protolengua $*L$, de cuyas relaciones con la lengua L (real, pero desconocida para nosotros) nos ocuparemos en detalle más adelante (p. 53 ss.)²⁷. Y alguna que otra vez, ya se ha dicho, el aumento de los materiales disponibles ha demostrado que estas reconstrucciones, a pesar de su esquematismo, pueden aprehender aspectos nada despreciables de una realidad desconocida.

Antes de seguir adelante y dentro del plano metodológico, es necesario fijar bien la atención en el carácter de extrema simplicidad de las operaciones o, mejor, de la única operación que empleamos en nuestras construcciones diacrónicas, en lo que tienen de más sólido. Las fonéticas históricas, fonologías diacrónicas o como quiera que se titulen hacen un uso frecuente del signo $>$, para indicar que una forma más reciente procede (regularmente) de otra más antigua: esto significa que, supuesto a en L , de él se sigue b en L' , dentro de condiciones bien especificadas, al menos en principio. Por consiguiente, el signo $>$ no es otra cosa que el símbolo \rightarrow que tanto usa la gramática transformativa. Si por medio de él relacionamos las unidades distintivas de L (fonemas y grupos de fonemas) con los de L' , más ciertos enunciados acerca de las condiciones contextuales, tenemos sencillamente en nuestras manos un instrumento, una regla de cálculo, que, a partir de las formas de L , nos permite generar formas de L' . Una vez establecido que lat. $o >$ fr. o , lat. $\bar{o}, u >$ fr. ou , en sílaba acentuada trabada, de lat. *fortem, mortem, portum, sortem*, se siguen (por lo que hace a esa vocal) fr. *fort, mort, port, sort*, y de lat. *cōrtem, curtum, diurnum, surdum* se siguen fr. *cour, court, jour, sourd*. Todos y cada uno de esos términos franceses no

²⁷ Todo esto, y la mayor parte de las cuestiones que se tocan más adelante, está tratado por MEILLET, cap. 1.º, de una forma tan clara como exacta. Es notable, sea dicho de paso, el valor que ese libro sigue conservando en su conjunto a pesar de todas las innovaciones que han ido apareciendo en la comparación de las lenguas indoeuropeas. Su mismo interés por el hitita y el tocario resulta revelador al lado de la desocupación de un Hirt.

tienen necesariamente que existir, pero todos y cada uno *pueden* existir si la transmisión se ha hecho normalmente por vía oral.

Tomando pie en unas consideraciones muy sugestivas de Benveniste (p. 47 ss.) acerca del modelo lógico de la clasificación genealógica de las lenguas²⁸, vemos que las figuras de la lengua que ocupa el primer escalón del grupo —primacía puramente relativa, para nosotros, que nada tiene de primigenio— y el caudal de signos formados con esas figuras, modificados por una serie ininterrumpida de transformaciones regulares (a las que se suman otras que no lo son), constituyen a su vez el surtido de figuras y signos de las lenguas de los peldaños inferiores, surtido cuyos elementos se van perdiendo continuamente y se sustituyen por nuevas (es decir, no tradicionales) figuras y por nuevos signos que de distintas maneras se van incorporando a los sistemas, un poco a la manera de un patrimonio familiar que al correr del tiempo se va disipando y enriqueciéndose a la vez con adquisiciones de otra procedencia, sólo que como el patrimonio biológico puede ser compartido por diferentes herederos sin que la posesión por uno signifique privación para el otro. Y en este esquema, sea dicho de paso, tendría también su lugar, si nos interesara, la novela histórica al lado de la historia, pues para escribirlas no tendríamos más que aplicar reglas de transformación distintas de las conocidas históricamente: podría incluso darse el caso de que la ficción acertara a coincidir en algunos rasgos con lenguas de un determinado escalón descubiertas más tarde.

Las reglas de transformación no son, pues, otra cosa que las conocidas leyes fonéticas, que no hay por qué colocar entre comillas, puesto que todo el mundo sabe lo que se entiende por esa expresión, independientemente de que como denominación sea acertada o no. Y, a propósito de esto, queremos insistir en que cuando Bonfante, al tratar de los métodos de reconstrucción distintos de la comparación, incluye entre ellos "the method of impossibility of spontaneous scission" (§ 10), coloca las cosas en un plano distinto del que les corresponde. En efecto, incluso una consideración superficial de los métodos de reconstrucción debe poner completamente en claro que el enunciado "un fonema no puede escindirse espontáneamente en dos o más fonemas, independientemente de todo condicionamiento" no es la descripción de un método que deba ser colocado al lado de los demás métodos de reconstrucción, sino que es la expresión del principio mismo, *del postulado esencial*, de los métodos de reconstrucción tomados en conjunto. Estos, en cuanto reglas de operación, sólo existen gracias a ese postulado y no podrían funcionar sin él.

²⁸ La diferencia esencial entre la clasificación genética de las lenguas y la clasificación zoológica o botánica reside naturalmente en el hecho de que en éstas, más allá de los individuos, no hay más que especies, géneros, etc., abstractos, mientras que las lenguas de un grado superior son tan concretas como las del inferior: desde este punto de vista, es lo mismo el provenzal que el latín, y el indoeuropeo, de existir, tuvo que ser tan concreto como sus descendientes. En este sentido, su comprensión tuvo que ser infinita, como la de cualquier individuo, lo mismo que la del provenzal.

De él se sigue como corolario que la fusión o confusión de fonemas —completa, se entiende— es irreversible, como escribe Hoenigswald (p. 10 s.), o, en otras palabras, irrecuperable, en el sentido de que ningún método de reconstrucción podrá restituir un contraste que se ha borrado del todo, mientras no intervengan testimonios independientes. En el curso de los años se han presentado algunos hechos de lenguas diversas en las que ciertos fonemas habían trocado sus posiciones a lo largo de la historia para lo cual tenían que “haberse cruzado en el camino”, pero se ha demostrado que estos casos, en los que el orden renacía de la confusión total, no eran más que aparentes. Así, el cruce de *e* cerrada procedente de **a* por *I-Umlaut* y *e* abierta procedente de **i* por *A-Umlaut* en alto al. ant. no tuvo por qué producirse porque, como aclara la fonología, ambos sonidos no se movían en el mismo plano, es decir en el mismo contexto²⁹; el paso de arm. ant. *p, t, k*, etc. a *b, d, g*, etc. del arm. occidental, unido al cambio de ant. *b, d, g*, etc., a mod. *p, t, k*, no era más que el espejismo producido por descripciones e interpretaciones insuficientes³⁰; y tampoco ofrece dificultades insalvables el vocalismo del catalán oriental donde *e* cerrada es el resultado normal de una *e* abierta antigua y *e* abierta continúa la antigua *e* cerrada³¹.

Esto no es ni podría aspirar a serlo, un ensayo de formalización de los métodos de reconstrucción, pero no estará de más advertir que, para su funcionamiento adecuado, es necesario introducir por lo menos dos postulados más, de carácter general, aun sin salir de los límites en que se mueve la reconstrucción de las unidades de la segunda articulación. Es el primero un postulado de simplicidad, análogo al “postulate of least moves” que I. Dyen³² propone en otro terreno. Hay que darle la razón a U. Weinreich³³ cuando sostiene que una ley fonética expresada por una fórmula como $b > f$ indica sólo los puntos terminales de un proceso que ha podido seguir caminos muy diferentes, y que una ecuación como ant. $b = \text{mod. } b$ (o, si se prefiere, $b > b$) puede ocultar dos cambios reales: $b > p > \text{ɔ}$. No obstante, nadie se tomará la molestia de considerar un supuesto de esta clase a no ser que, como en el caso que él presenta de manera tan convincente, haya argumentos históricos que obliguen a ello. Por unos puntos dados pueden pasar infinitas líneas, pero a poco bien que encajen, siempre se pensará que forman parte de la curva que corresponde a una función definida lo más simple posible.

El otro postulado se podría denominar “postulado de tolerancia”. Es costumbre en la práctica comparativa, y no se ve motivo para abandonarla,

²⁹ Cf. JEAN FOURQUET, Perspectives sur l'histoire du vocalisme allemand, *Travaux de l'Institut de Linguistique*, París, 1 (1956), 109-124.

³⁰ E. BENVENISTE, *BSL* 54 (1959), 46-58, y H. VOGT, *NTS* 18 (1958), 143-159.

³¹ EMILIO ALARCOS LLORACH, La constitución del vocalismo catalán, *Homenaje a Dámaso Alonso I*, Madrid 1960, 35 ss. Para *l* y *r* en indo-ir., cf. p. ej. T. BURROW, *The Sanskrit Language*, Londres 1955, p. 82 ss.

³² Language Distribution and Migration Theory, *Language* 32 (1956), 611-626.

³³ A Retrograde Sound Shift in the Guise of a Survival, *Miscelánea homenaje a A. Martinet II*, Univ. de la Laguna 1958, 220-267.

que, cuando un sonido de una lengua tiene más de una correspondencia en otra, el comparatista puede elegir en cada caso una entre varias, siempre que otras razones —sobre todo semánticas— corroboren su elección: así se suele igualar gr. *σάκος* a ind. ant. *tvacas-*, *σέβω* a *tyaj-*, *σεύω* a *cyav-*, etc.

Antes de continuar, es menester salir al paso de una objeción fundamental, presentada por Ernst Pulgram (1961), crítico agudo y severo de los métodos usuales de reconstrucción, quien con su crítica les sirve mucho mejor, como suele ocurrir por lo general, que con la ciega sumisión.

En lo que precede se ha hecho mucho uso de términos como “anterior” y “posterior”, “más antiguo” y “más reciente”, etc. No cabe discutir de su validez cuando conocemos, por los medios habituales, las fechas de dos o más estados de lengua históricos ni tampoco cuando, a partir de estados de lengua de fecha conocida, tratamos de remontarnos a protoformas que tienen que ser anteriores por definición. Pero la pregunta de Pulgram es otra y de muy otro momento: ¿es que un comparatista, privado de las luces de la historia externa, podría saber cuál de dos estados de lengua que poseen formas emparentadas es más antiguo y cuál más moderno?

El se inclina resueltamente por la respuesta negativa (p. 21): “if we knew only Latin and Italian, for example, and nothing else about the other Romanic languages or the history of the Romania, there would be nothing inherent in the records of these two languages as we have them to dissuade us from regarding them as contemporaneous related dialects rather than as mother and daughter language”. Es obvio que representan fases distintas del desarrollo de una protolengua, pero estados de lengua en grados de divergencia muy variados con respecto a ésta pueden coexistir en el tiempo. Los datos sincrónicos no nos fuerzan a concluir que el italiano es una fase tardía del latín, por lo cual un lingüista que ignorara lo que nosotros sabemos podría sentirse con derecho a reconstruir una protolengua a partir de ambos idiomas y nada intrínseco delataría esa reconstrucción como lo que es, como una monstruosidad.

Para demostrar que esto no es así basta volver a examinar sobre el papel el algoritmo transformativo. Nuestras reglas, por su simple lógica interna, permiten deducir unívocamente (al menos en muchísimos casos favorables) las formas del estado más reciente a partir del más antiguo, pero no a la inversa. Las reglas son, en cuanto a lo esencial, de sentido único, y no debe inducirnos a error el trueque frecuente de $>$ por $<$. Pre-lat. **cecanai* $>$ lat. *cecini* no significa lo mismo que lat. *cecini* $<$ pre-lat. **cecanai*; del primero, conocidas las reglas del juego, se deduce el segundo como de 7×8 se obtiene 56, pero, para llegar a **cecanai* a partir de *cecini*, hace falta saber las reglas de transformación y bastantes otras cosas que no están incluidas de ningún modo en éstas: en *cecini*, $-i$ podría proceder también de otros diptongos y de $*-i$ (cf. *domini* gen. sing., *domini* nom. pl., *domi* loc.), i en sílaba no inicial podría también continuar una vocal breve distinta de $*a$. En la transformación retrospectiva intervienen en realidad datos como lat. *canō*, irl. ant.

· *cechan*, 3.^a pers. · *cechuin*, esl. ant. *vědě*, ind. ant. *tutudé*, etc., etc. Otra cosa es determinar si todos y cada uno de estos datos y de otros que se podrían aducir son o no pertinentes.

Esta particularidad formal del algoritmo transformativo no es más que un reflejo, esquematizado si se quiere, de la realidad de la evolución lingüística, tal como está documentada en lenguas reales. Un comparatista tendría, pues, que ser muy torpe para confundir la ordenación temporal general que en su modelo corresponde al latín y a una lengua románica moderna³⁴. Es un hecho sobradamente demostrado que, dentro de una línea directa, muchas formas del estado moderno pueden obtenerse unívocamente sin más que aplicar las reglas de transformación a las formas del estado antiguo, y esta es precisamente la prueba generalmente admitida de que la descendencia es en efecto lineal: cuando esto no sucede, la relación entre ambos estados, sea la que fuere, tiene que ser distinta. Por el contrario, la transformación unívoca es imposible la mayor parte de los casos cuando se trata de llegar a las formas antiguas a partir de las más recientes.

Bien mirado, no deja de ser extraño, y muchos lo han mirado como punto digno de reflexión, que uno de nosotros, si dibuja una circunferencia con una cuerda cuya longitud conoce, no tenga después necesidad de aplicar una cinta métrica a la curva trazada, sino que le basta, si conoce una fórmula sencilla, con tomar lápiz y papel y calcularla: si después realiza la medición, su resultado coincide aproximadamente con el cálculo. En nuestro caso nada tiene de particular que el resultado de la operación coincida con una realidad, porque las reglas de transformación aplicados se han sacado previamente de la comparación de esa realidad con otra realidad anterior. A lo sumo nos limitamos a extrapolar, suponiendo que en los casos no observados todavía las condiciones son las mismas que en los observados, siempre que éstos parezcan suficientes: quien sabe que *formōsa*, *pilum* y *sobrīnum* de L están representados en L' por *hermosa*, *pelo* y *sobrino*, se cree autorizado a predecir que *hebra* sería el continuador en L', si es que tal continuador existe, de *fibra* documentado en L.

La regla lat. *-pt-*, *-tt-* > cast. *-t-* es fácil de aplicar, pero quien sin conocer más que esta regla se enfrenta con cast. *ato*, *gato*, etc., no puede adivinar cuál era en cada caso la situación latina. Tratándose de sistemas o de subsistemas, la cosa es todavía más clara: de siete núcleos vocálicos románicos en sílaba acentuada (*i*, *e*, *ie*, *a*, *ue*, *o*, *u*) no se puede llegar sin arbitrariedad a diez núcleos latinos, pero el paso inverso, en términos generales, no puede ser más sencillo.

O, si se quiere, consideremos la suerte de las vocales breves postónicas latinas. La regla que establece que normalmente se pierden en L', a excepción de *a*, da razón de *duodecim*, *hedera*, *tenerum* > *doce*, *yedra*, *tierno*; *anima*, *manica*, *semita* > *alma*, *manga*, *senda*; *ancora*, *colloco*, *leporem* >

³⁴ Tomo por comodidad el castellano en lugar del italiano, porque evidentemente lo que se diga del uno valdrá también, salvo en detalles aislados, para el otro.

ancla, cuelgo, liebre; cumulum, insula, populum > colmo, isla, pueblo, etc. Pero, si nos empeñamos en marchar a contrapelo, ¿qué regla podríamos arbitrar que nos permitiera decidir en cada ejemplo qué vocal latina se ha perdido o siquiera si se ha perdido alguna vocal?

Naturalmente, las pruebas son aplastantes si se pasa, como es perfectamente lícito en un caso de parentesco directo tan próximo como éste, de la configuración fonemática de las formas aisladas a los sistemas morfológicos: todo el sistema verbal español (desinencias personales, tiempos, modos) tiene su modelo en latín, con desviaciones menores; el castellano, por el contrario, no guarda la menor traza del futuro imperfecto (el continuador del fut. perfecto es hoy desusado salvo en un lenguaje arcaizante como el jurídico), del imperfecto de subjuntivo o de las formas sintéticas de la pasiva latina. El plural español, la moción de los adjetivos o la forma de los temas nominales se explican en general por el latín, pero la declinación latina no encuentra en romance otro continuador que algún residuo aislado que sólo adquiere sentido si se examina a la luz del latín. El problema no consiste, pues, en saber cuál de los dos estados de lengua muestra mayor complejidad morfológica (piénsese en algunos aspectos del oseta comparados con lo que se cree saber del proto-iranio), sino en determinar cuál de los dos, suponiendo que se hallen en línea directa, permite la deducción sencilla y unívoca de las formas del otro, mediante la aplicación de las transformaciones de rigor³⁵.

Algo muy semejante suele ocurrir con la ortografía de las lenguas con tradición escrita: una buena parte de las dificultades que los niños encuentran para iniciarse en su escritura estriba, aparte de algunas prácticas más o menos disparatadas que hayan podido introducirse, en que no conoce la regla de distribución de distinciones gráficas correspondientes a distinciones fónicas que en su habla ya no existen. No obstante, un español de la época de Nebrija que hubiera aprendido la distinción gráfica "correcta" de -s- y -ss-, ç y z, independientemente de que correspondiera o no a algo real en su pronunciación, se adaptaría tras un brevísimo aprendizaje al uso "correcto" actual en este punto, mientras que un español de hoy, al menos si parte de la lengua actual sin otro apoyo, tiene que aprenderse casi una a una las formas escritas antiguas para saber cuál es el signo que en cada caso se empleaba.

Por todo ello, no creemos que un comparatista —al menos no nuestro comparatista ideal— pudiera tomar por parentesco colateral un caso, como

³⁵ Alguna vez, en el caso de desarrollo de sonidos secundarios, no etimológicos (prótesis, anaptixis, etc.), puede parecer que, en este punto aislado, la deducción de L a partir de L' sería más simple que la inversa. Cf. la prótesis de vasc. *a-* o *e-*, de distribución mal fijada en los detalles, ante *r-* de préstamos: *arropa* (y *erropa*) 'ropa', *errotá* 'molino', etc. Pero la supresión de la vocal nos dejaría también con ***rats* por *arrats* 'anochecer', ***ro* por *erro* 'raíz', etc., cuya realidad es por lo menos dudosa e, incluso en préstamos, *rada*, conocido en el castellano de Bilbao, por ej., por *errada* 'herrada'. Para otro ejemplo, el de las vocales secundarias en irl. ant., véase THURNEYSSEN, *A Grammar of Old Irish*, Dublin 1946, p. 70 s.: aquí también las reglas resultarían ambiguas en ambos sentidos.

el del latín y el del italiano, de parentesco lineal. La colateralidad se descubre precisamente porque ni las formas de *L'* pueden explicarse en conjunto —es decir, ser engendradas mediante ciertas reglas de transformación— a partir de las de *L''*, aunque a veces puedan serlo aisladamente, ni a la inversa las de *L''* deduciéndolas de las de *L'*. Un ejemplo que ya ha sido aducido a este respecto³⁶ es el de gr. γένος gen. γένεος y lat *genus, generis*, ninguno de las cuales puede tomarse como origen de la otra. La situación no se altera tampoco si se introducen en la comparación el ind. ant. *janas-* o, dentro del mismo tipo de formación, el esl. ant. *nebo, nebese* o el irl. *nem, gen. nime*. La deducción es, sin embargo, unívoca a partir de **genos*, gen. **genes-es / -os* o, para el tipo de formación, de *-*os, *-es-es / -os*. Esto mismo vale, sin la limitación de que las lenguas mismas estén emparentadas, en la medida en que algunas formas de una y otra tienen un origen común: al. *Arzt* : vasc. *atxeter*, al. *Biest* : vasc. *piztia*, al. *Föhn* : vasc. *afoñu*, al. *Insel* : vasc. *lintzura*, al. *Kessel* : vasc. *katillu*, al. *Kirsche* : vasc. *gerezi*, al. *Kunkel* : vasc. *kullu*, al. *Meister* : vasc. *maizter*, al. *Pfirsich* : vasc. *mertxika, muxika*, al. *pflanzen* : vasc. *landatu*, al. *schreiben* : vasc. *izkiribatu*, al. *Strasse* : vasc. *estrata*, etc. Haría falta naturalmente, para que esta comparación diera algún fruto, que las formas emparentadas fueran bastante abundantes y que su introducción en una de las lenguas, o en las dos, no se hubiera efectuado en fechas muy diferentes.

En la descendencia lineal el estado a partir del cual pueden engendrarse las formas del otro tiene por necesidad que ser más antiguo que éste, anterior en el tiempo en el sentido literal de la palabra. Pero, cuando se trata de parentesco colateral, Pulgram tiene razón al creer que ninguna propiedad muestran los estados de lengua mismos que indique su posición absoluta o incluso relativa en la escala del tiempo. A falta de otros datos, los comparatistas podrían discutir largamente acerca de si lo más antiguo es el griego de Homero, el latín de Plauto o el irlandés de las glosas de Wurzburg y lo que a lo sumo podrían llegar a determinar es si uno de ellos es más arcaico que otros, no más antiguo, en un respecto o en varios.

El tiempo, en los esquemas de la lingüística diacrónica y no en las lenguas mismas, es un tiempo irreversible, en el sentido de lógicamente irreversible. Los esquemas funcionan bien en el sentido del tiempo, pero, cuando intentan remontar su curso, la indeterminación, como en termodinámica, es cada vez mayor: se pueden imaginar estados anteriores muy diferentes que den razón de otro más reciente. Si al cambiar los sistemas lingüísticos hubiera alguna magnitud en las lenguas mismas que tendiera a aumentar o a disminuir, tendría sentido preciso, cuantitativo, la vieja disputa sobre si hay

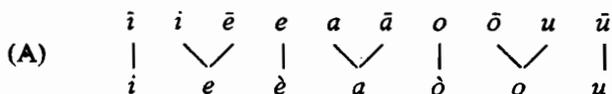
³⁶ SAUSSURE, p. 15. No estará de más recordar que, en cambio, en cuanto al vocalismo, sería factible explicar la uniformidad indo-iraniana (*a*) a partir de la variedad griega (*e, o, a*), en contra de lo que pensaron los primeros indoeuropeístas, que no habían llegado a darse cuenta del principio básico de la reconstrucción. Esta deducción fracasaría, no hay necesidad de decirlo, en un punto: allí donde a gr. *a, e, o* corresponde la dualidad indo-ir. *a, i*.

progreso, o decadencia según han pensado otros, en las lenguas, progreso referido como es natural a las estructuras nucleares y no a puntos accidentales como la riqueza y precisión del léxico. O, acudiendo a la física en busca de paralelos, se podría inquirir si hay en las lenguas algo comparable a la entropía —es decir, una medida de la mezcla y confusión de los elementos de un sistema que tiende al estado de máxima probabilidad, con lo que quedaría fijado en términos absolutos el sentido de la “flecha del tiempo”³⁷.

Pero no es fácil que se halle nada de eso. Sin ánimo de entrar en fútiles especulaciones metafísicas, se diría que una lengua, de una manera que no deja de guardar analogía con el comportamiento de un organismo vivo —con todos los peligros que entraña esta comparación, demasiado familiar ya en lingüística—, se mantiene siempre en un estado altamente improbable, en un equilibrio siempre precario, pero continuamente restablecido a costa de introducir nuevos factores de desajuste en otros puntos del sistema, gracias a la actividad de quienes se valen de ella, de forma que nunca se degrada y desorganiza hasta el punto de que no pueda servir ya para las necesidades que ha de satisfacer: por el contrario, la lengua, que no es un código, “cambia para seguir funcionando como tal”³⁸. Lo que se mezcla y se confunde cada vez más, hasta terminar por ser irrecognoscible e irrecuperable, son los elementos que componían el sistema en un estado anterior y su ordenación: las antiguas distinciones tienden a borrarse y, aun antes de desaparecer, empiezan a esfumarse las líneas claras de su distribución. Lo que decrece y se degrada es la información que el sistema lingüístico en su estado presente retiene acerca de estados más antiguos.

Para aclarar más la noción de anterioridad en lingüística diacrónica, y porque hemos de volver sobre él en otro contexto (p. 57 s.), reproducimos aquí, abreviándola, la presentación que Dámaso Alonso hace de los sistemas vocálicos en la Rumania en un trabajo reciente³⁹.

En primer lugar está el sistema A que llama “común románico” y es el que sirve de fundamento al vocalismo de las lenguas de la Península Ibérica, de las galorrománicas, del retorrománico y de una buena parte de los dialectos italianos. En él, las diez vocales latinas quedaron reducidas a siete:

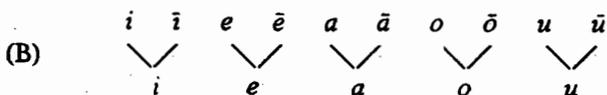


El segundo, B, es el que continúa el sardo (a excepción del sasarés) y se documenta también en el sur de Córcega y en una pequeña faja de tierra italiana. Sólo distingue, como se sabe, cinco vocales:

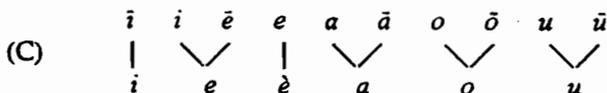
³⁷ Cf. G. HERDAN, *Language as Choice and Chance*, Groningen 1956, p. 167.

³⁸ COSERIU, p. 17.

³⁹ Sistemas vocálicos de la Rumania, *Enciclopedia lingüística hispánica I Supl.*, Madrid 1962, 5 ss.



El último será aquí el asimétrico que supone el rumano, con seis unidades distintas:



A propósito de ellos y de algunos más, D. Alonso (p. 7), discutiendo ideas de H. Lüdtke, se manifiesta de la siguiente manera: "No parece haber duda de que de todos los sistemas vocálicos que hemos mencionado, el más arcaico es el B, común al sardo y a la zona fronteriza lucano-calabresa, ni que a éste debe seguir en antigüedad el rumano (la apertura de $i > e$ sería, por tanto, más temprana que la de $u > o$). En época aún más tardía se habría originado el tipo A (...'común románico')".

Ahora bien si nos atenemos al sentido preciso que a "anterior" y "posterior" o a términos equivalentes hemos asignado hasta ahora, es claro que ninguno de estos sistemas vocálicos es más antiguo, o más reciente, que otro. Lógicamente, B no es más antiguo que A, ya que de un sistema de cinco vocales no puede salir uno de siete, ni tampoco es A más antiguo que B, a pesar de que distinga un mayor número de unidades: es simplemente más informativo, en el sentido preciso en que se puede decir que el árabe clásico retiene más información acerca del sistema consonántico del proto-semítico que el mucho más antiguo (en la acepción literal de documentado en fecha anterior, pero no en el lingüístico que aquí mantenemos) acadio⁴⁰. El método comparativo, el juego de las reglas de transformación, nos impone, pues, la adopción del esquema siguiente, limitado a los sistemas vocálicos:



En ese esquema X representa el proto-románico, que no podemos igualar sin más al latín, ni aun en lo que se refiere a un sistema parcial como éste, por una sencilla razón: el latín distinguía diez vocales en sílaba acentuada mientras que el proto-románico reconstruido a partir de A, B y C (o de A

⁴⁰ Probablemente sería posible, aunque ello escape de toda evidencia a la competencia del autor de estas líneas, encontrar una manera de evaluar exactamente, en forma cuantitativa, esta información, entendida en el sentido técnico de la palabra. Cf., p. ej., L. BRILLOUIN, *La science et la théorie de l'information*, París 1959, p. VIII s.

y B sólo) no distingue más que *nueve*, definidas por las correspondencias siguientes: 1, A *i* = B *i*; 2, A *e* = B *i*; 3, A *e* = B *e*; 4, A *è* = B *e*; 5, A *a* = B *a*; 6, A *ò* = B *o*; 7, A *o* = B *o*; 8, A *o* = B *u*; 9, A *u* = B *u*. Además, mientras el latín poseía un número fijo y determinado de fonemas vocálicos, exactamente diez, el proto-románico reconstruido presenta un número variable (aunque con un límite máximo, si es que los métodos aciertan a aprehender algo de la realidad pasada), según cuántos y cuáles sean los testigos en que está basado: partiendo de A y C, como puede comprobarse sin trabajo, tendría ocho unidades, y siete a partir de B y C (cf. abajo, p. 57 s.). Disponiendo de tres testigos, A, B y C, se llega en cambio al mismo resultado que con A y B solos: la introducción de C reforzaría únicamente el valor del testimonio de A en cuanto a la serie anterior y el de B en lo referente a la posterior, debido precisamente a su asimetría.

Esta confrontación nos pone en presencia de una interesante propiedad de las lenguas, de sumo valor en la reconstrucción: cuando comparamos entre sí distintos estados de lengua, la cantidad de información que reactivamos gracias a esa especie de triangulación, para emplear la gráfica expresión de Hoenigswald, no es una simple suma de los datos que cada una nos facilita, sino que podemos obtener más de lo que todas ellas, tomadas una a una, pueden decirnos. A distingue siete vocales, cantidad máxima, y B solamente cinco, pero de la confrontación de ambos podemos, por tratarse de correspondencias cruzadas, llegar a un antiguo sistema de nueve unidades.

El inconveniente de este tipo de correspondencias consiste en que, por tratarse de testimonios indirectos, resultan siempre algo insuficientes a falta de otras razones. Todavía se pueden aceptar cuando la extensión de las correspondencias en las lenguas comparadas está bien recortada, como en el caso semítico expuesto por Hoenigswald (p. 124): aun a falta de una lengua que conserve la distinción de todas las unidades reconstruidas, la introducción de un nuevo testigo —por ejemplo, el arameo— reforzaría en un sentido o en otro la reconstrucción obtenida a partir del árabe, del acadio y del hebreo.

Correspondencias cruzadas de contornos mal dibujados son las que han servido para la restitución de tres órdenes de oclusivas dorsales indoeuropeas: suponemos ahora que los tres resultados diferentes en albanés, supuestos por Pedersen y por Pisani⁴¹, no están bastante demostrados y que, por lo tanto, como dice Kurylowicz⁴², "*aucune langue historique n'a conservé les trois articulations*". En un caso de esta naturaleza, se puede aplicar un razonamiento de Greenberg⁴³: según éste, la probabilidad de que se obser-

⁴¹ H. PEDERSEN, Die Gutturale im Albanesischen, *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung* 36 (1900), 277-340; PISANI, 1961, p. 11 ss. Cf. M. BARTOLI, *Saggi di linguistica spaziale*, Turín 1945, p. 197 ss.

⁴² P. 356.

⁴³ P. 33 ss.

ven por azar semejanzas en tres lenguas es el cuadrado de la probabilidad que existe de que se observen solamente en dos. De la misma manera, la probabilidad de que la protolengua poseyera tres órdenes distintos cuando ninguno de sus descendientes conocidos distingue más que dos decrece rápidamente a medida que van apareciendo nuevos testigos independientes. En una familia tan extensa y compleja como la indoeuropea los testigos son muchos y la probabilidad de que, a pesar de su testimonio, la protolengua conociera esa distinción tiene que ser reducidísima: no es extraño, por lo tanto, que muchos se contenten con postular dos órdenes antiguos y cambios distintos, condicionados en un principio por el contexto.

En un campo peor explorado, el de las lenguas kartvélicas (caucásicas meridionales), Václav Polák⁴⁴ emprendió un auténtico *tour de force* cuando de la comparación del georgiano, mingrelio y lazo (sin el svano), con cinco vocales cada uno, intentó restituir un proto-sistema de diez vocales, análogo al del latín. Ya en principio, uno desconfía de que el poder de nuestros métodos sea suficiente para poder conseguir un rendimiento tan extraordinario. Por otra parte, y dejando a salvo la mejor opinión de los especialistas, se diría que ahí, con la admisión de préstamos en masa⁴⁵ y de correspondencias condicionadas por el contexto, es posible en rigor partir de un sistema de cinco unidades tan sólo, más próximo al del georgiano que al de las lenguas hermanas, aunque no sin alguna violencia.

La comparación, por desgracia —y ésta reflexión sirve para cerrar el capítulo—, sin dejar de ser científica, no deja de ser en algunos aspectos un arte en el que el virtuosismo y la maestría del comparatista desempeña un papel esencial: es de temer además que ninguna formalización rigurosa llegará a desterrar enteramente este elemento. Por otra parte, el consumo de tiempo y de trabajo consagrado a los problemas de cada uno de los grupos no podrá menos de ser muy elevado. Por ello mismo, es de temer que muchos de los trabajos rápidos de reconstrucción que hoy ven la luz en nuevos campos tengan que ser revisados más adelante en muchos de sus detalles, si no en su conjunto. Porque, además de una larga familiaridad con las lenguas comparadas, se precisa también probablemente un conocimiento directo y minucioso de la cultura de quienes las hablan. ¿No es tanto como decir que el comparatista habrá de sentir una profunda simpatía que le compenetre con su objeto de estudio?

⁴⁴ *Archiv Orientální* 23 (1955), 77 s.

⁴⁵ Cf. G. DEETERS, *Armenisch und Südkaukasisch*, Leipzig 1927 (separata de *Caucasica*), p. 14 s.: "...hat das Mingrelische, vor allem im Wortschatz, ein ausserordentlich buntscheckiges Aussehen angenommen, neben Erbwörtern, die ihre lautgesetzliche Form behalten haben, stehen solche, die teilweise der georgischen Form angeglichen sind, dazu kommen Lehnwörter, die entweder unverändert übernommen oder den mingrelischen Lautgewohnheiten mehr oder weniger angepasst sind. Dadurch wird die Beurteilung des sprachgeschichtlichen Verhältnisses der beiden Sprachen sehr erschwert".

3. METODOS Y CRITERIOS

Reconstrucción interna y reconstrucción externa o comparativa se reducen en el fondo a una misma cosa: se basan en los mismos principios y emplean esencialmente las mismas técnicas. Además, en la práctica, se dan asociadas, sin que nos molestemos muchas veces en separar explícitamente lo que corresponde a una y a otra.

En alguna instancia se recurre a la reconstrucción interna, y siempre en la última: cuando la comparación no es posible porque faltan estados de lengua comparables, cosa que en rigor nunca sucede del todo, y cuando la comparación ha avanzado cuanto le era dable avanzar. En otras palabras, se acude a la reconstrucción interna cuando una lengua aislada (genéticamente aislada, se entiende) carece de historia o cuando, a partir de sus primeros testimonios, queremos remontarnos a su prehistoria. La situación es semejante cuando en el escalón más elevado no hay una lengua real, mejor o peor conocida, sino una protolengua.

Se apela también a la reconstrucción interna cuando se desea salvar el hiato entre dos lenguas (latín y portugués medieval, p. ej.) o entre un estado de lengua y una protolengua (latín e indoeuropeo, etc.) o entre protolenguas (indoeuropeo y proto-germánico). Como la reconstrucción interna permite fijar cronologías relativas (alargamientos compensatorios y cambio de timbre en las vocales jónico-áticas, p. ej.)⁴⁶, una buena parte de ella se ha dedicado a este tipo de problemas.

En la medida en que no se trata de fenómenos aislados y de poco alcance, cuya interpretación diacrónica suele ser simple, estas amplias distancias no se pueden salvar, con mucha o poca seguridad y elegancia, más que mediante la noción de sistema: sean cuales fueren los elementos de nuestra reconstrucción, es evidente que éstos habrán de ser comprendidos como componentes de estructuras sistemáticas de una lengua como las que conocemos directamente. Según puede verse en los trabajos de Kurylowicz, los cambios, comprobados o supuestos, tienen que ser concebidos como cambios en un sistema que, al alterarse la relación entre sus términos, da lugar a otro. En este tipo de reconstrucción más que en ningún otro hay que distinguir, con Benveniste, una "verdad histórica" y una "verdad estructural"⁴⁷.

⁴⁶ Cf. LEJEUNE, p. 191 s.

⁴⁷ Ambas expresiones están tomadas de una reseña en *BSL* 53 (1957-58), 49 s.: "A défaut d'une vérité historique dont les conditions nous échappent, M. Kurylowicz atteint souvent une vérité structurale en posant entre les données les relations qu'une théorie structurale fait considérer comme nécessaires ou au moins comme vraisemblables, c'est-à-dire en retrouvant le problème tel qu'il se définissait dans la structure de la langue même".

El que en él muchas veces (o siempre?) tengamos que contentarnos con relaciones verosímiles, a falta de necesarias, no es razón para menospreciarla.

Ejemplo típico de las actividades de reconstrucción proseguidas en el escalón más alto, conocido o restituido, que aspiran no sólo a penetrar en el pasado, sino también a comprender mejor las relaciones que entrelazaban los términos —cuyo número es siempre indeterminado en las protolenguas—, son las investigaciones acerca de la "forma canónica" de morfemas o raíces⁴⁸: su configuración muestra curiosas limitaciones en semítico común que delatan las afinidades de los fonemas en el sistema⁴⁹, o en indoeuropeo⁵⁰, etc. De aquí teorías generales, como la de Benveniste sobre la constitución de las raíces indoeuropeas.

La comparación y la reconstrucción interna son ambas comparativas en cuanto dependen de la identificación de morfemas emparentados: en virtud del postulado de tolerancia, se admite que están emparentados todos aquellos que pueden ser retrotraídos a un prototipo común, del cual se deducen las variantes según ciertas reglas de transformación⁵¹. Pero éstas no han sido arbitradas *ad hoc*, para salvar una dificultad concreta, sino que, por el mero hecho de aplicarlas a un caso, han de ser aplicables a la totalidad de los casos análogos. Funcionan o no funcionan, son aceptables o no, según puedan resistir a la prueba de su generalización o sucumban ante ella.

Las correspondencias de sonidos —entre contextos diferentes de un mismo estado de lengua o, en la comparación, entre formas emparentadas de distintos estados— definen en la reconstrucción los fonemas de una fase más antigua. Esto, sin embargo, conviene advertirlo, no puede hacerse al pie de la letra. La aplicación mecánica del principio según el cual hay que postular una unidad de la protolengua por cada tipo distinto de correspondencia observado en las lenguas testigo conduciría a menudo a conclusiones absurdas: se supone con todo que el buen sentido del comparatista avezado acierta a evitarlo. Los testimonios aislados, los hechos que sólo se dan un número reducido de veces, no constituyen buenos materiales. Hirt, por ejemplo, con toda su decisión, exhorta a abstenerse de distinguir unidades en la protolengua sin otra base que una distinción que sólo se comprueba en una lengua⁵². La fuerza del método reside en que las regularidades observadas, según toda probabilidad, no pueden deberse al azar puro y simple: será, pues, pru-

⁴⁸ Cf. MARTINET 1960, p. 95.

⁴⁹ JOSEPH H. GREENBERG, *The Patterning of Root Morphemes in Semitic*, *Word* 6 (1950), 162-181.

⁵⁰ Véase, p. ej., MEILLET, p. 173 s.

⁵¹ Cf. MARCHAND, p. 245 s.: "Like normal reconstruction, IR depends on the discovery of cognate morphemes. All the allomorphs of a morpheme are cognate, unless suppletion has occurred".

⁵² I. p. 205.

dente que nos atengamos en lo posible a aquellas en que la convergencia de los testimonios excluye una duda razonable⁵³.

El paso siguiente reviste las unidades abstractas de la protolengua de sustancia fonética y forma fonológica. Esta es la práctica común, pero acaso sea posible distinguir a este respecto dos corrientes de ideas: una ve en los signos que representan los fonemas de la protolengua, signos usuales la mayoría en la escritura de las lenguas reales, una especie de notación algebraica que simboliza las correspondencias mismas y no los rasgos de fonemas reales; la otra considera que nuestros signos representan efectivamente, aunque de modo imperfecto, los fonemas de una lengua real, aunque desaparecida.

Meillet, en la línea de Saussure, expone bien el primer punto de vista cuando escribe: "La grammaire comparée des langues indo-européennes est dans la situation où serait la grammaire comparée des langues romanes si le latin n'était pas connu: la seule réalité à laquelle elle ait affaire, ce sont les correspondances entre les langues attestées. Les correspondances supposent une réalité commune; mais de cette réalité on ne peut se faire une idée que par des hypothèses, et ces hypothèses sont invérifiables: la correspondance seule est donc objet de science"⁵⁴. Sin embargo, todo el mundo, y Meillet mismo, prefiere reconstruir p. ej. **ek'wos* o algo equivalente en vez de anotar *a3x7f*, como en el criptograma de *The Gold Bug*. con lo cual nos ahorraríamos el asterisco. Y, en efecto, Meillet prosigue en la página siguiente, a propósito de tres correspondencias establecidas entre lenguas indoeuropeas: "On pourra convenir de désigner la première par **dh*, la seconde par **bh*, la troisième par **gwh*, puisque sans doute il s'agit d'occlusives sonores, l'une dentale, l'autre labiale, la troisième labio-vélaire, suivies ou accompagnées d'une certaine articulation glottale; mais les correspondances sont les seuls faits positifs, et les "restitutions" ne sont que les signes par lesquels on exprime en abrégé les correspondances".

A nuestro parecer, Meillet tiene entera razón al insistir en que el rigor de cada una de estas operaciones es muy distinto: lo que dentro de ciertos límites tiene rigor es la reconstrucción de las unidades de la protolengua, puesto que se basa en observaciones que no exigen una laboriosa interpretación. Con todo, también él cree saber hasta cierto punto no sólo cuántas eran como mínimo esas unidades, sino también cómo eran: los tres fonemas restituídos, nos dice, eran "sin duda" oclusivas sonoras, articuladas en puntos bien determinados y acompañadas de cierta articulación glotal. Es decir que, a título de creencia por lo menos, también él pensaba que se puede avanzar más allá de lo dado, las correspondencias mismas, e incluso avanzar con alguna seguridad.

⁵³ V. POLÁK, art. cit., llega, por ej., a un sistema extraordinariamente complejo de sibilantes, a pesar de no tener en cuenta la totalidad de las correspondencias observables, para la protolengua de una rama kartvélica, por atenerse literalmente al principio de un fonema por correspondencia.

⁵⁴ P. 40 s.

Sería interesante, pero nos llevaría muy lejos, una reseña crítica de los criterios según los cuales se revisten de rasgos precisos las unidades reconstruidas. Entre ellos se contaría el de la mayoría de los testimonios (i.-e. **p*-, por celt. cero, germ. *f*-, arm. *h*- o cero, itál., gr., balto-esl., indoir., etc. *p*-), el de la distribución geográfica (labiovelares indoeuropeas, p. ej.), el del sentido habitual de los cambios fonéticos, etc.

Desde el punto de vista sistemático, hay dos técnicas fáciles de definir, que juegan un papel decisivo. Tenemos en primer lugar el análisis componencial, que acabamos de ver aplicado por Meillet, que busca en los continuadores históricos el reflejo de los rasgos pertinentes del protofonema. Como dice Martinet, sobre un caso concreto: "L'analyse en traits pertinents des laryngales de l'indo-européen commun ne peut s'appuyer que sur l'observation des traits distinctifs laissés dans les langues attestées par les phonèmes disparus. A proprement parler, ce que nous pouvons faire c'est attribuer au phonème reconstruit, les caractéristiques, anciennement distinctives ou non, qui ont laissé des traces dans nos documents"⁵⁵. Martinet cree además que la conservación de los rasgos pertinentes, a diferencia de otros, ha sido facilitada por la operación de cribado que representa la evolución lingüística: "Mais l'expérience phonologique confirme l'hypothèse qu'en règle générale seuls les traits phonologiquement distinctifs des phonèmes disparus se sont transportés sur leurs voisins dans la chaîne parlée quand l'existence de ces phonèmes s'est trouvée menacée".

Existe todavía otra instancia ante la cual puede examinarse la forma concreta que se haya de atribuir a los fonemas reconstruidos. Es claro que, si lo que queremos restituir es siquiera sea idealmente una lengua, habrán de atribuírsele algunas de las propiedades esenciales de las lenguas reales. Esa protolengua, aun con serlo, no puede disponer de un surtido descabado de fonemas dispersos en el plano de la expresión, cada uno de los cuales vale por sí sin relación con los demás. Tienen, por el contrario, que formar un sistema, cuya estructuración podemos al menos en parte diseñar. Aquí, y en la medida en que las unidades reales estuvieran bien integradas, es donde se puede hallar un asiento sólido para nuestras hipótesis. En algo parecido piensa seguramente Hockett cuando sostiene (p. 493) que, en una primera fase de la reconstrucción, la notación está "at the moment only in rough phonetic or allophonic form".

Esta operación, señalémoslo de pasada, resulta a la vez útil y peligrosa, porque contribuye de manera decisiva a reforzar nuestra fe en la realidad de las formas reconstruidas: el respeto a la letra escrita domina hasta a los lingüistas, a pesar de que una larga experiencia les ha enseñado a no sacar las letras del reducido campo que les corresponde.

⁵⁵ MARTINET 1955, p. 216 s.; cf., del mismo, Phonologie et "laryngales", *Phonetica* 1 (1957), 7-30. Para el criterio de la "verosimilitud fonológica" de los sistemas reconstruidos, vid. su rapport Les "laryngales" indo-européennes, en *Proceedings of the VIII International Congress of Linguists*, p. 36-53.

El grado de aproximación a la realidad a que se puede aspirar al sintetizar los rasgos distintivos de los fonemas de la protolengua está, de todos modos, en estrecha relación con la proximidad de ésta en el tiempo: los componentes restituidos de los protofonemas toman forma bien perfilada y pueden no estar muy apartados de los de una realidad desaparecida cuando la reconstrucción se basa en estados de lengua poco diferenciados. Pero, a medida que crece el margen de tiempo que nos separa de la protolengua —o sea, a medida que los estados de lengua comparados se van haciendo más divergentes—, también disminuye la nitidez de la imagen que de los elementos de aquélla nos formamos. Es un hecho de experiencia que las notaciones usadas por los indoeuropeístas tiene mucho mayor sabor de abstracta formulación algebraica que las usadas dentro de su campo propio por romanistas, germanistas o eslavistas: esto se ha hecho particularmente notorio desde que las laringales entraron en juego, es decir desde que se ha tratado de reconstruir un estado de lengua más distante que el que alcanzaba el esquema clásico. Se diría que el simbolismo simple de la aritmética elemental ha sido sustituido por el abstracto de las matemáticas superiores.

Más allá de estos primeros pasos de carácter elemental, el camino de la reconstrucción está lleno de complejidades y peligros, que ahora no vamos a abordar sino someramente. En pocas palabras, si la regularidad de los procesos fonéticos no fuera alterada por ningún otro factor, las posibilidades de la reconstrucción interna o externa serían mucho mayores y sobre todo ofrecerían muy otra garantía.

Entre estos factores está ante todo el complejo que suele subsumirse bajo el concepto de analogía. Conforme al aforismo de Hockett, el cambio fonético tiende a introducir irregularidades en la lengua, mientras que la analogía tiende a regularizarla⁵⁶.

Según Meillet⁵⁷, una ley morfológica (la que ha introducido en francés *j'aime* en lugar del ant. *j'aim*, según el modelo de *tu aimes, il aime*, por ejemplo) puede ser tan rigurosa y general como la más rigurosa y general de las leyes fonéticas. Sin embargo, añade, hay entre ellas una diferencia: cuando una articulación se transforma, tiende a cambiar en todos los casos en que se presenta; por el contrario, cuando la transformación afecta a un tipo morfológico, pueden quedar como residuos algunas formas que por razones especiales han ofrecido resistencia. Para la reconstrucción, hablando en términos generales, la consecuencia es que los cambios fonéticos le proporcionan sólido fundamento en la medida en que han sido generales y los cambios analógicos, en cambio, en la medida en que no han logrado generalizarse.

Ha sido Kurylowicz quien ha tratado principalmente de construir una teoría general acerca del alcance y sentido de esos cambios⁵⁸, teoría que

⁵⁶ P. 453.

⁵⁷ P. 31.

⁵⁸ Véanse los "prolegómenos" de *L'apophonie* y su artículo *La nature des procès dits analogiques*, *Acta linguistica* 5 (1945-49), 15-37.

ha aplicado consecuentemente a muy diversos problemas dentro del campo indoeuropeo, no sin salirse de éste: lo verdadero en sentido psicológico será probablemente que la teoría ha nacido a medida que trataba de comprender y de aclarar distintos problemas concretos. La objeción de que su teoría es abstracta y de aplicación difícil y hasta peligrosa en manos poco experimentadas, carece de valor: la dificultad procede de que una teoría que trata de abarcar hechos muy complejos tiene por necesidad que ser difícil. Dentro del terreno empírico se puede objetar, sin embargo, que ciertas proposiciones de carácter muy general no pueden ser aceptadas mientras no quede demostrado que sirven, y en qué grado sirven, para explicar un crecido número de hechos diferentes procedentes de campos variados. Una considerable cantidad de pragmatismo es inevitable en una ciencia como la nuestra y los méritos de una teoría, a falta de una prueba directa que no es posible ofrecer la mayor parte de las veces, han de juzgarse por su fertilidad⁵⁹.

Aun en nuestro terreno elemental, una vez reconocidas e identificadas las unidades distintivas recuperables del sistema fonológico de la protolengua, se plantea inmediatamente el problema de su distribución original en las formas. Nos encontramos con él ya al examinar un solo estado de lengua.

En estas mismas páginas pueden seguramente encontrarse unas decenas, si no centenares, de casos de un tipo de alternancia que podemos ejemplificar con *cierra* : *cerrar, cerradura*; *cieno* : *cenagal, cenagoso*; *pedra* : *pedrea, pedregal*; *viento* : *ventana, ventoso*; *bueno* : *bondad, bonito*; *cuesta* : *costal, costilla*; *puerta* : *portal, portero*; *sueño* : *soñador, soñar*, etc. En contraposición a otros términos donde la alternancia no ocurre (*cena* : *cenar*; *cola* : *colilla*, etc.), tenemos que pensar que en un estadio anterior de la lengua había dos fonemas, definidos por las alternancias *ie* / *e* y *ue* / *o*, respectivamente, que se oponían a otros dos, definidos a su vez por *e* / *e* y *o* / *o*. Es lógico suponer también que esta antigua oposición siguió vigente en alguna posición al paso que se neutralizaba en otras.

Ejemplos no muy diferentes de éstos los hallamos en las lenguas más diversas. En latín, pongamos por caso, son familiares los casos de "apofonía" cuyas condiciones son en general fáciles de precisar⁶⁰: *canō* : *cecini, concinō, accentus, cornicen*; *castus* : *incestus*; *ratus* : *irritus*; *medius* : *dimidius*; *rego* : *erigō (pergō, surgō)*; *locus* : *ilicō*; *dolus* : *sedulō*; *manus* : *manica*; *aestimō* : *existimō*; *causa* : *accūso*, etc. De alternancia con cero se trata

⁵⁹ Cf. W. DIVER, *Word* 13 (1957), 162: "The merit of a theory is judged by its productivity, by the fruitfulness with which its principles can be applied to unanticipated problems. The theory can be freed of the suspicion of being an *ad hoc* explanation of a limited set of facts or of a group of similar problems when it can be lifted from its intended context and used successfully elsewhere".

⁶⁰ Cf., p. ej., L. R. PALMER, *The Latin Language*, Londres 1955, p. 219 ss., o M. NIEDERMANN, *Phonétique historique du latin*, París 1931, p. 28 ss. Este último manual, sea dicho de paso, es una presentación inmejorable de datos procedentes de la historia de la lengua y de la reconstrucción interna, sin recurrir al testimonio de otras lenguas más que en caso de estricta necesidad.

en irl. ant. en ejemplos como pret. *anacht* : pres. *aingid* 'protege'; *a(i)nim* 'alma' : gen. *anme*; *ass(a)e* 'fácil' : *ans(a)e* 'difícil, imposible'; *folllus* 'claro' : *foilsí* nom. pl., *foilse* 'claridad'; *úas(s)al* 'alto' : comp. *úaisliu*, etc.⁶¹.

Compárense unas muestras de la situación en armenio clásico⁶²: *amis* 'mes' : gen. *amsoy* (y *mis* 'carne' : gen. *msoy*); *egit* 'halló' : pres. *gtanem*, aor. 1.^a sing. *gti*; *elikh* 'dejó, abandonó' : pres. *lkhanem*, aor. 1.^a pers. *lkhi*; *dustr* 'hija' : gen. *dster*; *hun* 'vado' : gen. *hni*; *luc* 'yugo' : gen. *lcoy*, *lcem* 'unzo'; *dēz* 'montón', *edēz* 'amontonó' : pres. *dizanem*, aor. 1.^a sing. *dizi*; *mēz* 'orina' : gen. *mizoy*, *mizem* 'orino'; *boys* 'vástago, etc.' : gen. *busoy*, *busanim* 'broto'; *loys* 'luz' : gen. *lusoy*, *lusin* 'luna' etc.

En algunos casos la razón de la alternancia —el acento— nos es conocida: de ellos podemos inferir que en estados de lengua, como el latín prehistórico, que escapan a nuestro conocimiento el condicionamiento de la alternancia era análogo. Así en tocario B, donde en bisílabos y trisílabos la acentuación de la penúltima parece haber predominado: *tāka* 'ha sido' : 3 pl. *takāre*; *tarkār* 'nube' : pl. *tārkarwa*; *camel* 'nacimiento' : pl. *cmela*, etc.⁶³. Al menos cuando el acento estaba ligado a una sílaba determinada con respecto a la primera o a la última de la palabra. Cuanto más libre la posición del acento (cf. el toc. A.), las dificultades para la reconstrucción serían mayores.

Este tipo de explicación no vale, por lo tanto, para todos los casos. Así resultan poco convincentes los ensayos presentados para explicar por la posición de un antiguo acento los hechos georgianos de síncope vocálica: *megobari* 'amigo' : gen. *megobris(a)*, *megobroba* 'amistad', *megobruli* 'amistoso', etc.⁶⁴.

En esta clase de alternancia, la vocal acentuada, si consideramos los hechos desde el punto de vista fonético, parece recibir unas veces un refuerzo que tiene como consecuencia su desdoblamiento (cf. galés *brawd* 'hermano' : pl. *brodyr*, etc.); otras es la vocal de la sílaba átona la que se debilita o desaparece. Fonológicamente, sin embargo, es la vocal acentuada la que tiende a conservar, por unos medios o por otros, distinciones que se pierden o tienden a perderse en sílaba inacentuada.

Alternancias consonánticas pueden deberse a la misma causa. Al pasar en galés el acento de la última sílaba (antigua penúltima) a la anterior, *h* de diverso origen no se conservó más que delante de la nueva vocal acentuada, lo cual tuvo como consecuencia una alternancia *h* ante el acento / *zero* tras el acento, que se ha extendido incluso fuera de sus límites originales: *bonedd* 'origen' : *bonheddig* 'distinguido'; *brenin* 'rey' (gal. medio *breenhin*) : pl. *brenhinoedd*, *brenhines* 'reina'; *eang* 'ancho' : *ehangder* 'anchura',

⁶¹ Cf. THURNEYSSEN, op. cit., p. 67 ss.

⁶² Cf. HANS JENSEN, *Altarmenische Grammatik*, Heidelberg 1959, p. 20 ss.

⁶³ W. KRAUSE, *Westtocharische Grammatik I*, Heidelberg 1952, §§ 5-7.

⁶⁴ G. DEETERS, *Armenisch und Südkaukasisch*, p. 19 ss. Cf. H. VOGT, *Esquisse d'une grammaire du géorgien moderne*, Oslo 1936, p. 21 ss., y Alternances vocaliques en géorgien, NTS 11 (1939), 118-135.

etc.⁶⁵. Esto ha llevado a pensar que la distribución actual de la aspiración dentro del marco de la palabra, en vasco, depende en parte de la acentuación antigua: cf. *gauherdi* 'medianoche', pero *eguerdi* 'mediodía', etc.⁶⁶.

Cualquier tipo de alternancia, y las muestras presentadas son ya numerosas, plantea de inmediato una cuestión al reconstructor: la de su condicionamiento y distribución original. Una alternancia complica los paradigmas en la medida en que para el reconstructor los hace regulares, es decir, recuperables. Por eso mismo, no se mantiene en la lengua sino en cuanto tiende a extenderse y a generalizarse por haber recibido una carga funcional; en caso contrario, la anomalía va siendo eliminada con mayor o menor rapidez. En uno y en otro caso el resultado es equivalente para el reconstructor, ya que se ha borrado la delimitación antigua⁶⁷. Recuérdese el escaso rendimiento de la alternancia *e/o* en latín (que conserva todavía una cierta proporcionalidad en pares como *deceť / doceō, meminĩ / moneō, necō / nocēō*) o en celta, comparado con su proliferación en germánico, balto-eslavo o griego. ¿Qué haríamos nosotros con el par *bien / bueno*, que además refleja sólo un hecho latino?

En pocas palabras, el condicionamiento de una alternancia es transparente en función de su antigüedad: es claro en la medida en que es reciente y se oscurece y borra con el correr del tiempo⁶⁸. Más abajo (p. 24) se ha examinado la alternancia castellana *-do* (que va convirtiéndose en *-o* en la lengua hablada) */-to* en los participios. Es, no cabe duda, el reflejo de un fenómeno de fecha románica. De la alternancia *-so / -to*, de fecha latina, apenas podrá descubrirse algún resto perdido aislado de los paradigmas verbales: cf. el ant. *arrepiso, repiso* 'arrepentido', etc. ¿Podría hallarse su razón a partir del francés (*mis, mise; pris, prise*) o incluso del italiano actual?

En un plano más elevado, aunque no sin semejanzas con éste que consideramos, se halla el problema, que no haremos más que apuntar, de la distribución de las formas. Una vez establecida la composición fonemática de los morfemas y retrotraídos éstos con buenas razones hasta la protolengua, queda todavía por determinar su ámbito antiguo: cf. i.-e. **-oi* y **-ōs* en el nóm.-voc. pl. de la flexión temática de nombres y demostrativos (lat. *-ī*, pero osc. *-ús*; irl. ant. *fir* nom. pl., pero voc. *firu*, etc.), formas con *s-* o con *t-* en éstos (*oi, oi, tá* o *toi tai, tá* en el nom. pl.), conjugación temática o aтемática (lat. *fert*, pero gr. *φέρει*, irl. *berid, beir*, a. al. ant. *birit*, etc.). Los plurales británicos proporcionan indicios valiosos para clasificar los temas

⁶⁵ PEDERSEN I, p. 290 s. K. JACKSON, *Language and History in Early Britain*, Edimburgo 1956, p. 684 s.

⁶⁶ *Fonética histórica vasca*, p. 405 ss.

⁶⁷ Cf. KURYLOWICZ, p. 38: "Les phénomènes morphologiques débordent parfois tellement les limites de l'accident phonétique dont ils sont la conséquence, qu'il devient difficile de pénétrer jusqu'aux modèles primitifs, qui parfois n'existent plus à l'époque historique".

⁶⁸ PEDERSEN, I, p. 171 ss., trae una interesante lista de alternancias célticas de distinta época y de muy distinta productividad en las lenguas históricas.

nominales (gal. *lle* 'lugar', pl. *lleoedd*, como *λέχος*, pl. *λέχεια*, etc.), pero su testimonio sería poco de fiar sin otros apoyos, puesto que, aun sin contar con las innovaciones más recientes, algunos de los tipos se han extendido a expensas de otros. Lo mismo podría decirse de los plurales alemanes o de los rumanos⁶⁹.

Más arriba aún, tropezaríamos con las dificultades insoslayables del sentido. Si a la protolengua se le atribuyen propiedades fundamentales de las lenguas reales, sus significantes debían tener también significados muchas veces concretos y precisos. Como ha señalado a menudo Benveniste⁷⁰, la operación, no infrecuente aún hoy entre comparatistas, por la que se obtiene el valor de los morfemas de la protolengua suele ser la búsqueda de un desvaído denominador común de los sentidos atestiguados en las lenguas históricas para los morfemas emparentados, denominador común en el cual queda borrado cualquier contorno preciso que éstos podían sugerir: la operación, no cabe duda, es cómoda para el comparatista, pero no debería recurrirse a ella más que en último recurso. Definir algo como "hervorragendes" o como "etwas Rundes, Klumpiges" no puede ser el término de nada, sino a lo sumo el principio de algo.

Fuera del territorio poco estructurado del léxico, nos sale al encuentro el problema central de las categorías gramaticales y de su valor. No es que falten instrumentos para abordarlo⁷¹, pero según costumbre todo es más sencillo en el plano formal que en el del contenido. No se puede dudar, porque los testimonios son abrumadores, de que el indoeuropeo conociera una oposición *nomínativo / acusativo* y su mismo valor parece diáfano en términos generales. Sería difícil, sin embargo, alcanzar resultados tan seguros y generalmente admitidos con respecto al sistema de tiempos y modos. ¿Es seguro, p. ej., que las lenguas indoeuropeas de Anatolia no han hecho más que innovar en este terreno?

De cualquier modo y en el campo que sea, el comparatista se ve obligado a adoptar decisiones, a preferir una distribución a otra también posible, a estimar que una forma es más antigua que otra concurrente, etc., y es indispensable que estas decisiones sean fundadas, aunque las razones en que se basen no sean siempre razones suficientes.

Es oportuno volver ahora al artículo de Bonfante porque en realidad, a lo que nos parece, lo que éste presenta como métodos distintos del comparativo no son en buena parte métodos, autónomos o dependientes, sino simples criterios de que puede valerse en ocasiones el comparatista para fundamentar sus juicios.

⁶⁹ Cf. rum. *cer* 'cielo', pl. *ceruri*; *cerc* 'círculo, aro', pl. *cercuri*; *joc* 'juego', pl. *jocuri*; *jug* 'yugo', pl. *juguri*; *nas* 'nariz', pl. *nasuri*; *vint* 'viento', pl. *vinturi*; *vin* 'vino', pl. *vinuri*, etc.

⁷⁰ P. ej., en *Problèmes sémantiques de la reconstruction*, *Linguistics Today* (= *Word* 10 (1954), p. 131-144.

⁷¹ Véase, entre otros, el interesante ensayo de D. H. HYMES, *Positional Analysis of Categories. A Frame for Reconstruction*, *Word* 11 (1955), 10-23.

Su "método del cambio fonológico habitual" (§ 3), defendido ya por diversos autores, nos dice en sustancia que, si nos hallamos ante una correspondencia tal como s en $L = h$ en L' y tenemos que optar entre dos cambios, $s > h$ o al contrario $h > s$, nos inclinaremos salvo prueba en contrario por la primera alternativa, ya que aquél es un proceso más corriente (es decir, mejor documentado) que el segundo.

No hay necesidad de decir que este o cualquier criterio, en cuanto tal, no puede aspirar a una validez absoluta, como advirtió P. Naert⁷², sino a lo sumo a una elevada probabilidad: el mismo Bonfante, sin duda, no pretende otra cosa. En el caso citado, a falta de otras razones, el comparatista se sentiría atraído por la primera posibilidad, siempre que el dilema fuera real y no quedara otra posibilidad. Pero suele haber otras razones y pocas veces tenemos que apoyarnos exclusivamente en este criterio. El cambio $s > h$ (en griego, armenio, iranio y celta britónico, lenguas mencionadas allí), por ejemplo, no suele ser un fenómeno aislado, sino ligado a otros cambios de gran alcance como la aparición de nuevas sibilantes de origen diverso, y la misma correspondencia $s = h$ no suele ser unívoca, sino que aparece acompañada de otras correspondencias en diferente contexto (ind. $s = ir.$ s , etc.). La primera impresión podrá ser, pues, por lo general, corroborada o rechazada por razones poderosas como basadas en las necesidades internas del método.

La "tendencia general de las lenguas a abreviar las palabras" (§ 6) es otra especie de receta práctica. En forma precisa, se podría formular diciendo que, cuando nos hallamos ante formas emparentadas de dos lenguas, sin que ninguna de las dos resulte de la adición de algún componente al prototipo de la otra (porque es evidente que *corazón* es más largo, pero también más reciente, que *cor*, o *soleil* que *söl*), o bien, si se quiere evitar la posibilidad de una formación regresiva, que ninguna de las dos proceda de la otra a consecuencia de una sustracción, entonces, comúnmente, la más breve es también la menos antigua. Habrían de exceptuarse todos aquellos casos en que "sonidos de transición" o "de apoyo" llegan a cobrar plena autonomía fonológica: a. al. ant. *ackar*, *fogal*, *zeihhan*, etc., frente a gót. *akrs*, *fugls*, *taikns*, etc.

La longitud de las palabras ofrece otro buen criterio, éste de orden interno, que fue expuesto por Sapir con su peculiar agudeza. Conforme a la forma canónica vigente, si una palabra de una lengua dada excede de un cierto número de sílabas, deberá ser susceptible en principio de ser analizada, al menos en parte, en elementos más breves de la lengua misma. Pero, si no lo es, quedan dos posibilidades: o se trata de un préstamo de otra lengua, donde o bien es analizable o bien su longitud no se sale de la norma, o se trata de un término complejo patrimonial que por el hecho mismo de

⁷² Sur la méthode de la 'reconstruction interne', *Studia linguistica* 11 (1957), 1-7.

ser impenetrable al análisis se revela como de gran antigüedad en la lengua⁷³.

El "método de las anomalías" (§ 9) es también el "criterio de las anomalías". Constituye, como se sabe, un punto básico de toda la enseñanza de Meillet, quien no se cansaba de proclamar su importancia. Esta es una de sus formulaciones: "Les formes qui, à date historique, sont normales sont celles qui ont subi le plus de réfections. Au contraire, les formes fortes et, plus encore, les formes anormales portent témoignage d'états de langue plus lointains; donc plus une forme est anormale, plus il y a chance qu'elle soit une survivance de l'époque de communauté..."⁷⁴. Obsérvese, con todo, que Meillet habla de probabilidad, no de certeza.

Esto, *mutatis mutandis*, no es otra cosa sino el tan recomendado respeto a la *lectio difficilior* que, si en algún manuscrito se ha mantenido, ha sido a contrapelo de la inclinación de los copistas a limar las asperezas del texto: reconstrucción comparativa y crítica textual tienen mucho en común, según se señaló hace ya mucho tiempo. De aquí la justificada preferencia que los comparatistas sienten por los paradigmas irregulares.

Así, entre el pl. georgiano en *-eb*, de uso general en los nombres, y el pl. en *-ni*, conservado más bien en restos, con *-t(a)* en los casos oblicuos, la elección en principio no es dudosa. Lo mismo ocurre con el siguiente ejemplo vasco, cuya explicación diacrónica no damos, porque sólo en hipótesis es conocida⁷⁵. Se trata de formas de pasado ('yo había', 'nosotros habíamos', 'vos (ant. vosotros) habíais') del auxiliar transitivo, las primeras de uso general (con variantes) y las dos últimas empleadas en sendas comarcas de habla vizcaína:

<i>nuan</i>	(<*neuan)	<i>nenduan</i>	<i>neban</i>	(<*neuan)
<i>genduan</i>		<i>genduan</i>	<i>geban</i>	
<i>zenduan</i>		<i>zenduan</i>	<i>zeban</i>	

Una de las mejores muestras que se podrían escoger es la distribución irregular de indo-ir. **pantā-* / **path-* (en los casos débiles) de que da testimonio el avéstico, mientras que ya el védico no conoce más que *th* en todo el paradigma. Era de presumir que el paradigma irregular, por cuanto la distribución de la aspiración era imprevisible, fuera más antiguo que el regular, pero sin embargo se trató de soslayar esa conclusión suponiendo que av. *t* estaba determinado por la nasal consonante de los casos fuertes⁷⁶. Como esto no era más que un argumento *ad hoc* que no contaba con el apoyo de

⁷³ P. 446 s.

⁷⁴ BSL 32 (1931), 194. Tampoco faltan aquí excepciones, como ha señalado Naert. P. ej., el paradigma castellano *soy, eres, es*, aunque producto de una innovación, es más anómalo que el cat. *sóc, ets, és*, o el port. *sou, és, é*.

⁷⁵ De hecho, R. LAFON, BSL 51 (1955), 154 s., piensa en una mayor antigüedad del paradigma regular *neban, geban, zeban*.

⁷⁶ KURYLOWICZ, p. 377.

otros hechos, la teoría laringalista consiguió uno de sus más señalados triunfos al explicar la irregularidad irania como consecuencia de un antiguo paradigma **pónteH-s* / gen. **pntH-ós*, etc.

En otras palabras, consiguió el triunfo mostrando que la irregularidad histórica no era otra cosa que el reflejo de una regularidad prehistórica. Porque las anomalías históricas resultan útiles en la reconstrucción sobre todo en cuanto pueden ser explicadas a partir de condiciones anteriores y, como contrapartida, las hipótesis hallan justificación en la medida en que son capaces de aclararlas. De aquí el valor de la teoría de Saussure sobre los "coeficientes sonánticos" o, en morfología, de las ideas de M. Sánchez Rui Pérez sobre la forma indoeuropea de las desinencias medias primarias⁷⁷.

Los métodos de la geografía lingüística (cf. Bonfante, §§ 11-12), en cuanto sirven para la reconstrucción, proporcionan criterios para separar lo más antiguo de lo más reciente: sentido de los cambios fonéticos, arcaísmos e innovaciones morfológicas, léxicas, etc. En la mente de Bartoli, las "normas" referentes a las áreas ofrecen frente a otras cualesquiera la ventaja de ser objetivas en lo posible y menos sujetas, por lo tanto, a las decisiones arbitrarias del reconstructor. Dudamos de que esto sea así, porque una cosa son las áreas y otra muy distinta su interpretación y aquí el mismo Bartoli no parece librarse en sus decisiones de todo factor subjetivo. De cualquier modo, es simple justicia reconocer que proporcionan valiosísimos elementos de juicio, aunque, por desgracia, sean tan poco infalibles como otros muchos criterios.

L. R. Palmer⁷⁸ ha presentado gravísimos reparos al uso indiscriminado que del criterio de las áreas marginales se hace demasiado a menudo, sacándolo de su contexto natural. De ellos se deduce, y es difícil mostrarse en desacuerdo con sus conclusiones, que, cuando se trata de lenguas tan divergentes y dispersas como las indoeuropeas en época histórica e incluso bastante más arriba, los argumentos neolingüísticos no tienen, ni mucho menos, toda la fuerza apodíctica que se les pretende atribuir. ¿Qué hemos de pensar, entonces, cuando Bartoli incluye en sus cuadros, se supone que como testigos corroborativos, el urálico, el caucásico, el tibetano y el tasmanio?⁷⁹.

Hagamos una digresión sobre estas áreas marginales. A veces se oye actualmente decir que los dialectos marginales, laterales, son más arcaicos que los centrales. Aparte de que nadie ha dado todavía, que sepamos, una definición operatoria de "arcaísmo" (en otras palabras, no se ha determinado de qué manera se puede medir el arcaísmo de una lengua), no parece que esto sea exacto, hasta donde puede llegar un juicio intuitivo: se diría más bien que las áreas laterales conservan arcaísmos aislados, suplantados por innovaciones en las zonas centrales, sin que por ello sean en conjunto más conservadoras que éstas. De nuestro trato con los dialectos vascos llegamos a

⁷⁷ Desinencias medias primarias indoeuropeas, *Emerita* 20 (1952), 8-31.

⁷⁸ Op. cit., p. 23 ss.

⁷⁹ En *Saggi di linguistica spaziale*, p. 224, p. ej.

la conclusión de que H. Wagner no anda lejos de la verdad al caracterizar los dialectos marginales y centrales⁸⁰. Aquéllos, según él, son pasivamente "arcaicos" porque su aislamiento de los centros innovadores les ha permitido mantener arcaísmos sueltos en fonología, morfología y léxico, que faltan en otros lugares. Por otra parte, son dialectos atípicos en cuanto a su estructura fonológica y gramatical, menos fieles al carácter general del grupo del cual forman parte, a causa precisamente de la intensidad de su contacto con hablas de otras familias. Añádase que en el léxico, al lado de venerables antiguallas, contienen un largo caudal de préstamos que desfiguran el aspecto antiguo del vocabulario.

La lista de posibles criterios podría extenderse indefinidamente. Dentro de lo semántico, que hemos evitado aquí, se ha sostenido que el campo semántico en que está integrada una palabra constituye un "criterio interno" para dilucidar si es un préstamo o no. En lo fonológico, para citar otro ejemplo, las "leyes sincrónicas" en el sentido de Saussure (p. 133 ss.) contienen útiles indicaciones para descubrir procesos diacrónicos.

El reconstructor interno que restituye *galakt para el nom.-ac. de γάλα gen. γάλακτος, etc., se siente apoyado por el hecho de que en griego clásico no hay otras consonantes finales de palabra que *s*, *n*, *r*. Si existe ese "hueco" es posible, aunque no necesariamente seguro, que otras consonantes que ocupaban anteriormente esa posición se hayan perdido. E. Hermann creía que se puede probar que en pregregio se dio el cambio *-*m* > -*n* observando alternancias como χθών : χαμαί, χθαμαλός, o ἔν : μία (cf. micénico *e-me*), etc. Esta hipótesis se halla corroborada por la falta de -*m* en esa lengua: la oposición -*m* / -*n* pudo, por lo tanto, neutralizarse en un estadio anterior.

O, pasando al inglés moderno (y las mismas consideraciones valen con pequeña alteración para el alemán), salta a la vista la rareza de *sk-* en comparación con la elevada frecuencia de *sp-*, *st-*. De ahí a la presunción de que un antiguo grupo **sk-* se ha convertido en otra cosa no hay más que un paso, ya que en otros aspectos el comportamiento de /*k*/ es estrechamente semejante al de /*p*, *t*/ y no se ve por qué detrás de *s* inicial de palabra sus posibilidades combinatorias habrían de sufrir tan dura merma. Determinar cuál puede ser esa otra cosa en que el grupo hipotético se mudó, es cuestión distinta que no es elegante abordar cuando se conoce de antemano la solución⁸¹. Las casillas vacías en el sistema fonológico de una lengua o protolengua suelen dar también pie a esa clase de hipótesis: así la falta o extrema rareza de

⁸⁰ *Das Verbum in der Sprachen der britischen Inseln*, Tübingen 1959, p. 120 s. sobre todo. Son mucho más discutibles algunas otras de sus apreciaciones acerca de las relaciones entre parentesco genético y tipológico. Véase como muestra este pasaje (p. 241 s.) "Typologische Sprachverwandtschaft beruht m. E. auf anthropologischer Verwandtschaft der die betreffenden Sprachen sprechenden Völker; sie folgt nicht der Sozialgeschichte des Menschen, sondern seiner Naturgeschichte..."

⁸¹ La dificultad está en determinar si la falta de un determinado grupo se debe a razones estructurales o es puramente accidental. Cf. H. VOGT, *Phoneme Classes and Phoneme Classification*, *Word* 10 (1954), 28-34.

i.-e. **b* cuya ausencia, de ser una oclusiva sonora corriente, no se comprende por razones articulatorias como las que se dan para explicar la casilla vacía en el orden labial del proto-semítico. En todo caso, queda el problema de los restos que hay que explicar de alguna manera y no se sabe tampoco qué número pueden alcanzar sin que haya que postular para ellos un fonema o un grupo de fonemas en la protolengua⁸².

Hablando de residuos en otro sentido, recuérdese que Meillet solía afirmar⁸³; basándose en testimonios de muy distintas lenguas, que la aspiración, el tipo de sonido que se suele representar por *h*, es siempre residual y nunca autónomo, es decir que suele ser vestigio de otro sonido anterior, de articulación generalmente mejor definida (*p*, *f*, *s*, *n*, etc.). Por ello, negar rotundamente el valor etimológico de toda aspiración en una lengua de prehistoria mal establecida (cf. el vasco), es siempre temerario, tan temerario como sería sostener que toda aspiración concreta tiene justificación etimológica.

Sólo vamos a apuntar, para terminar, que también se suele admitir que hay indicios tipológicos que permiten inferencias diacrónicas de carácter más o menos seguro. Greenberg sostiene que una lengua sufijante no se convierte directamente en prefijante⁸⁴. Para Vogt, el hecho de que el tema nominal puro sea indiferente a la categoría de número en georgiano antiguo "sugiere un estado de lengua en que la categoría de número era desconocida en el sistema nominal", aunque existía con seguridad en el verbo⁸⁵.

Sea cualquiera el valor de estos y de muchos otros criterios o indicios, cuyo examen nos llevaría a un terreno cada vez más movedizo, no debe olvidarse que en la reconstrucción el primer paso, el que se fundamenta en la admisión de cambios fónicos regulares, es no sólo el primero y el que posibilita la mayor parte de los demás, sino que además es el que se asienta en un terreno verdaderamente firme. No hay razón para descuidar esta jerarquía⁸⁶.

⁸² Para *b*-, *d*-, *g*- en formas fino-ugrias o más generalmente urálicas, p. ej., véase B. COLLINDER, *Comparative Grammar of the Uralic Languages*, Uppsala 1960, p. 45.

⁸³ Cf., entre otros lugares, *BSL* 35 (1934), xxiiij.

⁸⁴ P. 86 ss.

⁸⁵ *NTS* 14 (1947), 126. Las mismas consideraciones podrían valer para el vasco, lengua en la cual la expresión del número en los nombres es solidaria de la determinación por medio de un artículo, antiguo demostrativo, que como en las lenguas románicas, etc., parece una innovación.

⁸⁶ Creemos que tiene toda la razón W. L. CHAFE, *Language* 37 (1961), 119, al insistir sobre esto en su reseña del libro de Hoenigswald: "I miss in these chapters a clear indication of the profound difference between reconstruction which depends on the assumption that sound change is regular and reconstruction of any other sort, a difference which is obscured everywhere in the book by the emphasis on similarities of replacement patterns no matter where they are found".

4. LENGUAS Y PROTOLENGUAS

Pasemos ahora a la comparación de lenguas y protolenguas para poner en claro algunas de las propiedades que separan de una manera tajante a unas de otras. Es claro, sin embargo, que al lado de estas diferencias tiene que haber también homologías, pues de otro modo no tendría objeto ni sentido nuestro afán reconstructivo. Por ello mismo, un estudio diferencial contribuirá también a aclarar las semejanzas entre ambos órdenes de objetos.

Una advertencia, antes de proseguir: por protolenguas solemos entender dos cosas muy diversas que valdría la pena de distinguir cuidadosamente. Como señala con razón Pulgram⁸⁷, cuando hablamos de indoeuropeo (proto-indoeuropeo en su terminología) hablamos, según los casos o al mismo tiempo, de dos objetos que no tienen en común más que el nombre. Mentamos, por un lado, una lengua real hablada en alguna parte en alguna época, coordinadas ambas no menos reales porque no las podamos precisar: sucede simplemente que no tenemos ningún conocimiento directo de ella y que según toda probabilidad jamás lo llegaremos a tener. Pero por otra nos referimos a una protolengua reconstruída mediante la aplicación de los métodos disponibles a unas lenguas históricas emparentadas que llamamos indoeuropeas. Pulgram ve justamente que se trata de entes distintos que debiéramos mantener siempre cuidadosamente separados en nuestras consideraciones: el indoeuropeo real y el indoeuropeo reconstruído (indoeuropeo e *indoeuropeo). Valdría también más que les diéramos distintas denominaciones, porque la distinción de nombres es requisito importante, si no indispensable, para la distinción de conceptos.

Esto queda probado sin lugar a dudas en los casos afortunados en que nos es posible confrontar la lengua real con la protolengua que, si vale la expresión, tiende a ella como a un límite. Esta confrontación es ejemplarmente transparente en el caso del latín, que conocemos con razonable detalle en el curso de una larga historia, y del proto-románico a cuya reconstrucción han contribuido numerosos testigos medievales y modernos: aun así es inevitable que la imagen de éste se halle teñida del conocimiento que poseemos de aquél. Más abajo (p. 62 s.) se volverán a examinar las relaciones que unen a ambos.

Antes de nada, si debemos mantener separadas las lenguas y las protolenguas —a no ser que, teniendo muy presente su diferencia, queramos fijar por contraste sus propiedades respectivas—, también debemos abstenernos de deducir de las protolenguas reconstruídas propiedades fundamentales de las len-

⁸⁷ 1959, p. 424.

guas reales desaparecidas. Se da aquí a menudo la confusión entre lo ontológico y lo metodológico a que nos hemos referido arriba (p. 27). Se discute, por ejemplo, si el indoeuropeo era una lengua unitaria o conocía la diversificación en dialectos, y la discusión, en cuanto se basa en la protolengua reconstruida —¿en qué otra cosa va a basarse, a falta de testimonios directos?—, carece de sentido por no advertir que ciertas características del indoeuropeo (reconstruido), como las de cualquier otra protolengua, se siguen por necesidad de las propiedades de los métodos empleados en su restitución. Si queremos adivinar cómo eran en cuanto a sus características generales las lenguas prehistóricas cuyo conocimiento directo nos está vedado, no tenemos que mirar a ninguna reconstrucción, por ingeniosa y relativamente completa que sea. Lo que debemos contemplar es algo que está mucho más cerca de nosotros: las lenguas que se hablan y que hablamos y, un poco más arriba en el tiempo, las que una larga serie de testimonios históricos ofrece a nuestro estudio. Podemos asegurar, sin mayor temor de errar, que las lenguas prehistóricas no podían ser muy distintas de éstas.

Si por el contrario lo que nos interesa es estudiar las propiedades generales de las protolenguas reconstruidas, tampoco tenemos que recurrir a la confrontación de todas o de algunas de ellas. Mucho más cómodo y eficaz es examinar los métodos de que nos hemos valido para generarlas. Sería, en efecto, ingenuo pensar que éstos no han tenido intervención en las propiedades de un objeto que han modelado a su propia imagen y semejanza.

Tropezamos una vez más con los métodos, con los esquemas: en una palabra, con el formalismo. No será pues acaso innecesario hacer aquí una breve mención de las acusaciones que a este respecto se le suelen presentar a la lingüística, sea o no diacrónica. Quien está convencido de que la lengua es actividad y no producto acabado, quien conoce y ama la riqueza abigarrada e inagotable de la historia, no puede entusiasmarse demasiado con secos esquemas carentes casi de contenido real, que no se mueven en un escenario bullente de vida, sino en un pasado sin profundidad, que se siguen unos de otros por la aplicación mecánica —o que se quisiera fuera mecánica— de unas cuantas reglas inflexibles, como si la lengua no fuera un vehículo infinitamente flexible de ideas y sentimientos. Como si ella, en una palabra, y el hombre que de ella se vale, aún aquel que es creador en el más alto grado, pertenecieran al reino de la necesidad y no al reino de la libertad. O, para repetir una vez más las palabras de Goethe, quien, él sabría por qué, las puso en boca de Mefistófeles:

*Wer will was Lebendiges erkennen und beschreiben,
Sucht erst den Geist herauszutreiben.
Dann hat er die Teile in seiner Hand,
Fehlt, leider! nur das geistige Band*⁸⁸.

⁸⁸ *Faust I*, 1936-39. Los versos han sido citados por W. HEISENBERG, *Physique et philosophie* (trad. de *Physics and Philosophy*), París 1961, p. 198.

Hay una justificación suficiente para este género de reproches. Prescindir en el estudio de un objeto de una o de muchas propiedades del mismo no significa negarlas, sino simplemente hacer abstracción de ellas, porque no son pertinentes para el objetivo limitado que se ha señalado a la investigación o, más frecuentemente quizá, porque de su consideración sólo pueden esperarse trabas y estorbos. Si una ciencia se atiene únicamente a lo cuantitativo, a lo mensurable, y obtiene éxitos en progresión cada vez más rápida, cuando permaneció en la más docta esterilidad mientras se mantuvo atada a lo cualitativo, ello no quiere decir que la cualidad no tenga parte alguna en una concepción más amplia del universo.

En la actividad científica, como en la política, la conducta que se atiene al "dividir para vencer" resulta siempre a la larga la más razonable. Si a la división de las dificultades se puede añadir una simplificación —que puede parecer arbitraria y brutal— de los objetos, mejor que mejor, porque sólo así puede progresar en muchos dominios el conocimiento humano. Para tomar un ejemplo de uno ajeno al nuestro, se hizo posible determinar la trayectoria de un proyectil cuando se empezaron a dejar a un lado sus propiedades (tamaño, forma, materia que lo constituye) hasta convertirlo en un punto grave, no menos mitológico que el *šwa* indoeuropeo que tanto irritaba a Bartoli⁸⁹: no se paró, en otras palabras, hasta convertir la física en geometría. Este móvil, dotado de cierta velocidad inicial, queda ahora sometido, sin que intervenga resistencia alguna, a la pura acción de la gravedad. Y todavía la trayectoria se analiza en dos componentes, uno horizontal y otro vertical, fáciles ambos de calcular y fáciles de combinar entre sí para que de esa combinación resulte la ecuación de la curva.

Todo esto, que ni se da ni puede darse en los proyectiles que recorren realmente trayectorias próximas a la superficie de la tierra, no tendría más que un interés teórico, no muy distinto del que despiertan los entes matemáticos puros, si no fuera porque —considerado como una primera aproximación y ajustado con las correcciones necesarias en cada caso— sirve de hecho, con una exactitud suficiente, para calcular esas trayectorias reales. En cambio, si hubiéramos tratado de amoldarnos a lo real en toda su complejidad, guiándonos por lo que el sentido práctico parece dictar inexorablemente⁹⁰, no hubiéramos resuelto ningún problema teórico, porque hubiera presentado demasiadas variables para ser manejable, y como consecuencia la investigación no hubiera llegado a ningún resultado práctico.

Cuestión diferente es la de saber cómo se ha llegado históricamente a este tipo de consideración de los objetos: aquí, como en lingüística diacrónica, los métodos más poderosos habrán nacido, quizá un poco al azar, de la continua ocupación con los objetos y no de una profunda reflexión sobre los métodos mismos.

⁸⁹ *Saggi*, p. 256.

⁹⁰ Esto es lo que recomendaba Bacon, teórico de la inducción sin saber práctico de las cuestiones planteadas. Cfr. H. BUTTERFIELD, *Los orígenes de la ciencia moderna* (trad. esp. de *The Origins of Modern Science*), Madrid 1958, p. 121 s.

Habría que señalar también de paso que, en contra de las apariencias, no es precisamente la física la tierra de promisión de las abstracciones y de los esquemas, sino la historia, aunque en muy otro sentido⁹¹. Por lo demás, mientras que la comprensión que se puede alcanzar de ciertos conceptos físico-matemáticos es perfecta, hasta el punto que Galileo se permitía afirmar atrevidamente que no difiere desde el punto de vista intensivo del conocimiento divino, no ocurre otro tanto con los conceptos históricos: "Un concepto físico —decía Huizinga⁹²— es en principio el mismo en la cabeza de un gran físico que en la de un escolar, con tal que éste lo haya comprendido. Una representación histórica, por el contrario, varía según la mente que la lleva. El alumno no une a ella más que unas pocas vaguísimas nociones, mientras para el historiador profesional está llena de toda clase de pormenores, que a su vez difieren según que su mente esté orientada en sentido más estadístico o más fantástico. A ello se agrega todavía esta advertencia: la claridad de una representación histórica tiene sus límites estrechos entre una concisión demasiado grande y una extensión excesiva".

De cualquier modo, pensamos que intentos como los de Vossler por ejemplo de sustituir los procedimientos corrientes por otros más ajustados a la riqueza del objeto pueden tener interés y valor —incluso mucho valor, si se quiere— como literatura o como ensayo filosófico, pero han sido totalmente estériles, y tenían que serlo, en el terreno escuetamente científico. Por el contrario, la obra de un Trubetzkoy, de cuyas ideas en este campo tendremos que ocuparnos de paso (p. 78), podrá ser retocada, pero jamás borrada.

Volvamos a las protolenguas, de las cuales esta digresión nos ha apartado demasiado. Coseriu, cuyas consideraciones son siempre dignas de la mayor atención, asegura que "se reconstruyen *formas* que pueden ser históricamente reales y *sistemas ideales*, pero no *lenguas* históricamente reales (es decir, sistemas completos y atribuibles en su integridad a un determinado momento histórico y a tal comunidad lingüística determinada)"⁹³. En estas breves palabras está comprendido el núcleo de las consideraciones de Pulgram y de las que intentamos presentar ahora con un poco de detalle.

Las formas que reconstruimos, como las ideas platónicas, necesitan una

⁹¹ Cf. J. HUIZINGA, *Sobre el estado actual de la ciencia histórica. Cuatro conferencias*, Madrid 1934, p. 46: "En cada representación concisa de cierto curso de la Historia se ha aplicado un grado de escorzo y simplificación que es incompatible con la imagen abigarrada del vivo pasado. Todo esquema histórico es un esquema insatisfactorio".

⁹² Op. cit., p. 56 s. Puesto que hemos citado a Huizinga, no carece de interés señalar que asigna (p. 78 s.) una posición especial a la lingüística diacrónica dentro de las disciplinas históricas: "Sobre todo allí donde aspectos determinados de la cultura constituyen el objeto, como en la Historia de la Religión, en la del arte y, ante todo, en la lingüística histórica, vuélvense indistintos los límites entre lo descriptivo y lo normativo". Como la versión de esas conferencias presenta otras peculiaridades extrañas, suponemos que "descriptivo" y "normativo" aluden a la distinción familiar, debida a Windelband, entre "idiográfico" y "nomotético".

⁹³ P. 58, nota 59.

residencia. No pueden existir en sí, sin un sustrato que las soporte y sostenga. La protolengua es el lugar de las formas reconstruidas.

Las formas son articuladas, están compuestas de fonemas dispuestos en un orden determinado. Los fonemas, cuyo número es reducido, que componen la totalidad de las formas reconstruidas y reconstruibles son fonemas de la protolengua. Como los fonemas de una lengua cualquiera, pero más ideal que realmente, están integrados en un sistema fonológico: ciertas oposiciones, adivinadas o enteramente ocultas, determinaban sus rasgos pertinentes.

De igual manera, los morfemas gramaticales pertenecen a la protolengua y constituyen la cara significativa de términos integrados en los paradigmas de ella cuyo número y valor tienen que ser en principio más indeterminados que el número y naturaleza de los fonemas que componen el sistema y los subsistemas fonológicos. Lo mismo, dentro de su carácter abierto y menos sistemático, ocurre con el léxico⁹⁴.

Lo antedicho, tomado literalmente, significaría que una protolengua es como una lengua, siquiera sea conocida de modo muy imperfecto, puesto que posee una estructura que resulta del ensamblaje de distintos sistemas, con inventarios cerrados unos y con inventarios abiertos otros. Pero lo único que significa en realidad es que atribuímos a las protolenguas ciertas propiedades esenciales de las lenguas, tales como la doble articulación y la sistematicidad en los diversos planos.

Señalemos ahora, para empezar con las diferencias radicales, que una protolengua es incompleta por constitución. Sus inventarios, incluso el de las unidades de la segunda articulación, son siempre abiertos no en el sentido de que estén compuestos por un número indefinido de términos, sino en el de que su número, fijo en cada etapa, puede aumentar con la presencia de nuevos testigos. Concedamos, con todas las salvedades necesarias, que el método comparativo, correctamente manejado, no puede reconstruir un número de fonemas superior al que poseía la lengua prehistórica real a la cual trata de asemejarse la protolengua. Pero si, dejando a un lado toda discusión sobre el *status* fonológico preciso de las unidades reconstruidas, se puede con un optimismo acaso exagerado rechazar como improbable la posibilidad de que nos excedamos en la restitución, nunca se puede asegurar en cambio que no pequemos por defecto. Estas son las palabras de Meillet: "Le nombre de ces systèmes [de correspondances] indique *le nombre minimum*⁹⁵ de phonèmes indo-européens distincts. Si l'indo-européen en a distingué d'autres, la grammaire comparée n'a aucun moyen de les déterminer et n'a d'ailleurs aucun intérêt à le faire"⁹⁶.

Las clases de lenguas, dice Benveniste⁹⁷, no son nunca exhaustivas. No lo

⁹⁴ Sobre el análisis y la síntesis en la reconstrucción siguen teniendo plena actualidad las palabras de SAUSSURE, p. 306 s.

⁹⁵ El subrayado es nuestro.

⁹⁶ P. 44.

⁹⁷ P. 49.

son tampoco en el sentido de que su conjunto, suponiendo que fuera conocido en su integridad, conserve la totalidad de la información necesaria para reconstruir todos los rasgos de la protolengua. En realidad, la experiencia enseña que a este respecto el rendimiento de las lenguas emparentadas del grado inferior es muy bajo.

La documentación en que se fundamenta la reconstrucción del proto-románico es difícil de superar por su riqueza, por su variedad, por el largo período que cubre, y, con todo, el proto-románico más completo no tiene más que nueve vocales en lugar de las diez latinas. Con base menos amplia (v. arriba, p. 37), no tendría más que siete u ocho vocales. La reconstrucción de cualquier protolengua es, pues, por definición como un proceso que está siempre en período de instrucción. Como consecuencia, considerar comparables entre sí, como magnitudes del mismo orden, los fonemas de la protolengua y los de las lenguas que han hecho posible la restitución de aquéllos es, por decirlo amablemente, una temeridad⁹⁸.

Si Bloomfield no utilizó para su reconstrucción sino una parte de las lenguas algonquinas conocidas⁹⁹, no es posible determinar de antemano en qué puntos y en qué grado habrá que modificar los cuadros por él establecidos al introducir en la comparación testimonios que él no utilizó. En un campo distinto, las lenguas indoeuropeas de Anatolia no tienen por qué ajustarse a un indoeuropeo "prefabricado"¹⁰⁰ en el sentido literal de la palabra, porque fue manufacturado antes de que su opinión pudiese ser oída: es el indoeuropeo reconstruido el que debe amoldarse a las exigencias de los nuevos testigos, por muchas molestias que produzcan las reformas necesarias.

Huelga repetir que, en cuanto se sale de las unidades distintivas, la indeterminación aumenta rápidamente. En lo morfológico todavía puede pensarse que la reconstrucción es capaz, en los casos más favorables, de conseguir una cierta aproximación a una realidad desaparecida, aunque con gravísimas deficiencias: piénsese como ejemplo en los paradigmas de la declinación nominal y pronominal y de la conjugación en latín y en proto-románico respectivamente. Con el léxico, para no hablar de la sintaxis, todos sabemos lo que sucede.

Pulgram tiene también razón al afirmar la uniformidad intrínseca de las protolenguas. El indoeuropeo real —como el proto-germánico, el proto-griego o el proto-románico real, por otro nombre el latín— tuvo que ser, en la medida en que existiera una realidad a la que convenga ese nombre, una lengua como las que conocemos y hablamos, o sea una lengua más o menos diferenciada dialectalmente. La discusión acerca de si era unitaria o no es una pura pérdida de tiempo sobre todo si, como suele suceder, sus propiedades

⁹⁸ La comparación es sistemática en la *Typological and Comparative Grammar of Uto-Aztecan: (Phonology)*, mem. 17 de *IJAL* (1962), de C. F. y F. M. VOEGELIN y K. L. HALE.

⁹⁹ Cf. CH. F. HOCKETT, *Implications of Blomfield's Algonquian Studies*, *Language* 24 (1948), 117-131.

¹⁰⁰ E. LAROCHE, *BSL* 52 (1956), 27.

se deducen de las propiedades del indoeuropeo reconstruido. Porque los métodos utilizados para su restitución están concebidos desde su raíz para conseguir una protolengua uniforme.

Sin embargo, se ha objetado¹⁰¹, “una lengua reconstruida no es por necesidad absolutamente uniforme”. Esto, en términos generales, es verdad, pero la verdad completa es que no es absolutamente uniforme bien a nuestro pesar, porque el material real, histórico, que manejamos se obstina en no entrar por entero en nuestros moldes de total uniformidad. Esto, por otra parte, no es una dificultad específica de la lingüística diacrónica, sino la dificultad —la tragedia, si se prefieren términos más solemnes— inherente a toda ciencia que trata y tratará de reducir la multiformidad de los hechos a una unidad, no por inasequible menos buscada.

En las protolenguas la unidad se alcanza bastante bien en la fonología: los fonemas reconstruidos están integrados en un sistema fonológico. Pero ya en morfología la pluralidad no se deja a veces reducir a unidad: i.-e. **bh* y **m* en las desinencias de instr. y dat.-abl., románico *ill-* e *ips-* como artículo, situado antes o detrás del nombre, etc., según señala Hall. No se trata, sin embargo, de hechos que perturben demasiado la uniformidad general, porque son susceptibles de recibir toda clase de explicaciones teóricas. Con un valor determinado, por ejemplo, unos morfemas pueden ser de introducción más reciente que otros (las desinencias en *m* serían, si se quiere, una innovación del balt eslavo y del germánico); la lengua, aun manteniéndose uniforme, podía tener morfemas isofuncionales (lat. *-ris* y *-re*, *-erunt* y *-ēre*, cast. *supiera* y *supiese*, etc.), fenómeno cuya explicación se hallaría en un estado de lengua anterior que escapa completamente a nuestro conocimiento, etc.

Sin embargo, que las protolenguas tengan o aspiren a tener un carácter unitario no significa necesariamente que, como quiere V. Pisani, esto no sea más que un residuo de las concepciones de Schleicher, según las cuales había una diferencia cualitativa entre la *Ursprache* (real, no construida) y las lenguas históricas de la “decadencia”, diferencia no muy desemejante a la que, según un modo de pensar que dominó largo tiempo, distingue las esferas celestes del mundo sublunar: “...s'intende che queste “Ursprachen”, grazie al modo come esse si sono prodotte, sono perfette e perfettamente unitarie e che quindi dalle lingue storiche costituenti una famiglia si deve giungere a un risultato unico”¹⁰². Y, poco más abajo: “L'unità assoluta cui si giunge, ...è semplicemente il risultato di un'addizione fatta per amore del postulato di una “Ursprache” rigidamente unitaria come nessuna lingua storicamente nota, ed è basata soltanto sui sogni metafisici di Schleicher”¹⁰³.

Probablemente tiene motivos Pisani para subrayar la importancia decisiva del *Compendium* (cf. Saussure, p. 16) para toda la lingüística diacrónica posterior. Tampoco es increíble que ciertas teorías tengan larga vida fuera

¹⁰¹ HALL, p. 203.

¹⁰² 1961, p. 5.

¹⁰³ P. 11.

del contexto doctrinal en que nacieron y en el que únicamente tienen sentido: esto es frecuente en cualquier disciplina y también, no hace falta decirlo, en la nuestra. Pero esta suposición, aunque razonable y verosímil, es innecesaria. Las protolenguas son unitarias o tienden a serlo "gracias al modo en que se han producido", es decir, gracias a los métodos que las han engendrado y no a causa de las ideas de Schleicher o de ningún otro. Es simple cuestión de metodología y no de metafísica.

En cambio, no conviene a las protolenguas la propiedad que Pulgram les atribuye de ser "no fonéticas" por no conocer variantes fonéticas sus fonemas. No les conviene al menos si nos referimos a las protolenguas tal como han sido reconstruidas, con razón o sin ella, y no a las protolenguas tal como hubieran debido reconstruirse. Es un hecho, en efecto, que en el indoeuropeo que podemos llamar clásico, aun sin citar rarezas como la nasal velar, /s/ tenía una variante [z] ante consonante sonora: *mizdhó-*, *nizdo-* y *ozdos* aparecen todavía en el *IEW* de Pokorny. Ciertos "fonemas" que se restitufan tras oclusiva dorsal (para irl. *art*, *dú*, *indé* y correlatos, etc.) no podían ser otra cosa que variantes de algunos otros fonemas a causa de su limitadísima distribución. Lo dice entre otros Hirt, en lenguaje prefonológico: "Auffällig ist und bleibt, dass dieser Laut nur nach k-Lauten auftritt, einen selbständigen Lautwert also nicht gehabt zu haben scheint"¹⁰⁴.

Todavía hoy las anotaciones usuales para el indoeuropeo reconstruido tienen bastantes rasgos que son más fonéticos que fonológicos. Por eso, entrando ya en la cuestión de derecho, valdría la pena discutir hasta qué punto están justificadas ciertas prácticas que se mantienen sobre todo por tradición e inercia.

En otro orden de cosas, es esencialmente correcta, a nuestro entender, la intemporalidad que Pulgram asigna a las protolenguas. La comparación, en principio, restituye fonemas y formas que sitúa de una manera uniforme en un pretérito plano, sin profundidad, sin que haya mayor garantía de que se trate de fonemas y formas rigurosamente contemporáneas y coexistentes: mejor dicho, han podido coexistir durante cierto tiempo sin que su primera aparición y su abandono o cambio en algo distinto hayan sido simultáneos. Los dialectos vascos permiten reconstruir un prototipo **seni* 'niño' como origen común de *sehi*, *señ*, etc.; *seme* 'hijo', común a todas las variedades de la lengua, no puede retrotraernos más que a **seme*. Y, sin embargo, a juzgar por la onomástica aquitana donde *Seni-* y *Sembe-* son frecuentes en nombres de persona de los primeros siglos de nuestra era, durante un espacio de tiempo más o menos largo —probablemente bastante o muy largo— coexistieron el reconstruido **seni* y un **senbe* que ningún testimonio medieval o moderno permite restituir.

La gran debilidad intrínseca del método comparativo está en que ningún criterio interno alcanza a distinguir una innovación común o muy difundida

¹⁰⁴ I, p. 249.

de un arcaísmo. Si en lenguas amerindias se halla generalizado un nombre del 'arma de fuego' que puede ser retrotraído a un prototipo único y si lo mismo ocurre en los dialectos vascos con el nombre del 'cuerpo (del hombre, de los animales)', cuya variante más extendida es *gorputz*¹⁰⁵, sólo consideraciones externas evitan que les asignemos una antigüedad que evidentemente no tienen.

En parte, y mucho más fuera del léxico que en éste, la técnica de la reconstrucción interna introduce, sin embargo, una cierta perspectiva al establecer la cronología relativa de algunos procesos. La alternancia *e/o/cero* de las lenguas indoeuropeas, pongamos por caso, se puede analizar en dos fenómenos diferentes (reducción y pérdida de vocales en determinadas sílabas y nacimiento de la apofonía cualitativa *e/o*) cuyas fases se ordenan en el tiempo de cierta manera.

De un modo general, se dispone también de una cierta cronología absoluta, que sólo distingue órdenes muy diferentes de magnitud, si se tiene en cuenta que el poder de penetración en el pasado del método comparativo, en lo general y no en cada uno de los detalles, es función, hasta un límite mal fijado, del grado de divergencia de las lenguas comparables. Así se diría que la distancia en el tiempo que separaba al indoeuropeo de las lenguas indoeuropeas diferenciadas de comienzos del primer milenio antes de J. C. era mucho mayor que la que media entre el latín y las lenguas románicas hacia 1800. Pero, ¿tendría esto mucho sentido?

En estos últimos años, como se sabe, la glotocronología ha ofrecido, según sus defensores, un instrumento para determinar cronologías absolutas. No es éste lugar para entrar en un examen crítico de sus principios ni del valor de los resultados obtenidos por ese medio: estas críticas, como se sabe, no faltan y pueden hallarse en otra parte¹⁰⁶. No obstante, diremos de paso que la glotocronología, suponiendo probada su utilidad, podría ser un auxiliar valioso de la comparación en cuanto le proporciona una determinación precisa, cuantificada, de la divergencia entre lenguas emparentadas, pero que no constituye, como algunos parecen creer, un método independiente de ésta. La identificación de términos emparentados, que es la operación básica, es común a la glotocronología y al método comparativo tradicional. Mejor dicho, esta determinación sólo puede hacerse según los procedimientos comparativos tradicionales y nada que éstos no descubran podrá descubrirse. Es más: la comparación clásica lleva ventaja porque no tiene necesidad de limitarse a cortas listas de palabras. La glotocronología podrá, pues, servir de atajo en este sentido en campos mal explorados para adivinar o descubrir parentescos, pero la prueba razonada de éstos deberá venir de otra parte: de donde siempre ha venido. En particular nos parece ilusoria la esperanza

¹⁰⁵ Sólo en algunos textos del siglo XVII se documenta *lohi* 'cuerpo'.

¹⁰⁶ P. ej., para citar sólo bibliografía reciente, K. BERGLAND y H. VOGT, *On the Validity of Glottochronology*, *Current Anthropology* 3 (1962), 115-153. C. D. CHRÉTIEN, *The Mathematical Models of Glottochronology*, *Language* 38 (1962), 11-37.

de Swadesh de que la glotocronología puede demostrar parentescos salvando lapsos de tiempo ante los cuales la comparación clásica suele confesarse impotente.

Se ha propuesto recientemente que las protolenguas deben también fecharse, aunque naturalmente en términos relativos, no absolutos¹⁰⁷. Se trata de una definición convencional: convenimos en llamar proto-germánico a la fase de una protolengua que empieza con tales o cuales cambios y acaba cuando se producen tales otros. Una definición de esta clase es naturalmente irreprochable, pero necesariamente vaga. Tiene además el inconveniente de que, por ser arbitraria, cada uno podrá fijar su límites de una manera distinta.

Los criterios que se suelen elegir, por la misma naturaleza de las cosas, son fonéticos. Pedersen opina, por ejemplo, que el celta estaba caracterizado por un conjunto de cambios: $p > f$ (con desarrollos ulteriores hasta la pérdida total en la mayoría de los contextos), $\bar{e} > \bar{i}$, r y l en función vocálica $>ri$, li , $gw > b$, etc.¹⁰⁸. Ninguno de ellos es esencial, y algunos podrían suprimirse o modificarse y podrían añadirse otros: la confusión de *eu* y *ou*, por ejemplo. ¿Por qué situar el momento inicial cuando p había llegado a la fase f , que es hipotética? ¿Por qué no ponerlo cuando se perdió por completo en posición antevocálica tras vocal y pausa?

Lo que se diga del tiempo vale con mayor razón del espacio. Es la historia externa la que adhiere las lenguas históricas a un espacio delimitado con mayor o menor precisión. Toda correlación que se establezca entre datos prehistóricos y protolenguas reconstruidas habrá de ser, por consiguiente, de una extrema vaguedad. En cuanto a la llamada "paleontología lingüística", ya Saussure¹⁰⁹ nos advertía de los peligros que entraña el concebir las lenguas como "fuente inagotable de documentos sobre los pueblos que las hablan y su prehistoria".

Queda por dilucidar, puesto que postulamos un cierto grado de homología entre ambas, cuál es la relación entre protolengua y lengua prehistórica real, desde el punto de vista de las operaciones de transformación que permiten pasar de las formas de un estado de lengua a las formas de otro.

Sería desde luego impreciso decir que la lengua real es el límite al cual tiende la reconstrucción, porque esto a lo sumo expresaría nuestra esperanza de que la protolengua, por ejemplo en el plano fonológico, no debe contener más unidades que las que realmente tenía la lengua en un estado dado. En esta dirección, la confrontación de ambas, lengua y protolengua, en los casos favorables en que ella es posible, como la del latín y proto-románico, sugiere que la relación debe entenderse en el sentido de que la protolengua es "posterior", lógicamente posterior, a la lengua y es como un estado más reciente que se halla contenido en aquélla: limitándonos al plano de la expresión,

¹⁰⁷ W. P. LEHMANN, A Definition of Proto-Germanic. A Study in the Chronological Delimitation of Languages, *Language* 37 (1961), 67-74.

¹⁰⁸ I, p. 25.

¹⁰⁹ P. 313 s.

que es aquel en que las cosas están más claras, las formas del proto-románico pueden engendrarse, a partir del latín de Plauto o de Cicerón, como las del francés o las del italiano, mediante operaciones de transformación realizadas conforme a ciertas "leyes fonéticas". A la inversa, ya no sería posible engendrar las del latín a partir de las proto-románicas. Las reglas de transformación serían naturalmente lat. *a, ā* > proto-rom. *a*, lat. *h* > proto-rom. *zero*, etc.

Razonablemente puede confiarse en que esto mismo ocurra en todos los casos en que la protolengua se ha restituido sobre el testimonio de lenguas poco diferenciadas con documentación abundante y larga historia. Pero queda pendiente una pregunta: en una reconstrucción a gran escala, como la del indoeuropeo, ¿hasta qué punto es verosímil que hayan existido estados de lengua de los cuales pudieran deducirse nuestras formas reconstruidas —en alguno de sus variados aspectos— mediante la aplicación de unas reglas de transformación? La respuesta depende más de las creencias que del saber de cada uno.

5. LAS LEYES FONÉTICAS

El concepto de ley fonética es central en todo ensayo de reconstrucción científica. No es ella el único guía de nuestros pasos, pero sí el esencial: el que hace que muchas conclusiones puedan justificarse objetivamente, sin tener que recurrir a inclinaciones y preferencias subjetivas ni fundarse en la idea personal que cada uno se hace, según su experiencia, de lo que es más o menos probable o verosímil en la evolución de las lenguas.

No es cosa de volver a abrir un largo pleito que ya resumió G. Wechsler en 1900. Acaso no esté de más, sin embargo, un intento de precisar y justificar ese concepto, ya que una experiencia más amplia que la que se poseía a fines del siglo pasado nos coloca en mejor situación. Además, el furor polémico parece haberse enfriado o extinguido, aunque no dejan de escucharse alguna que otra vez críticas mordaces o amablemente burlonas.

No se pondrá en cuestión la elección del nombre, ni incluso la del adjetivo, pues una larga práctica la ha legitimado. Está también claro, suponemos, que "ley" poco tiene que ver aquí con una ley física y menos con una norma, escrita o no, que estipule lo que debe ser o hacerse, pues esta ley resume un conjunto de hechos individuales, históricos, que han tenido lugar en una lengua dentro de ciertos límites, mejor o peor determinados, de espacio y de tiempo. Hechos que tienen una cierta semejanza entre sí —la sonorización de las oclusivas sordas en algunos romances, la lenición de consonantes análogas en britónico, etc.— han podido producirse en lenguas diferentes en distintas épocas o aproximadamente en la misma época, pero se trata en cada caso de procesos distintos y resumidos en leyes distintas, a pesar de la semejanza o identidad que pueda hallarse entre sus respectivas fórmulas: $p > b$, $t > d$, $k > g$, etc.

En otras palabras, una ley fonética resume un proceso, histórico o prehistórico para nosotros, cumplido en los sonidos de una lengua, cuyos puntos de partida y de llegada señala como jalones. Indica, como se ha dicho (p. 31), un camino irreversible que se ha recorrido en un sentido determinado. Y este proceso, y a esto apunta la palabra "ley", es un cambio regular¹¹⁰ que ha afectado a un sonido de una manera determinada, dondequiera que éste ocurriera.

Es esta propiedad de los cambios fonéticos, su regularidad, la "generalidad intensiva" de Coseriu¹¹¹, la que es esencial para la reconstrucción, no el carácter ciego —de ciega necesidad— de la regularidad.

¹¹⁰ Aquí y siempre, la "conservación" (en fórmulas como $b > b$) queda subsumida en el concepto de cambio. Cf. HOCKETT, p. 383.

¹¹¹ P. 51.

Es un hecho probado que tal regularidad existe —dentro naturalmente de ciertos límites— y que es condición necesaria de toda reconstrucción científica. Quien no la haya comprobado por experiencia propia puede ser referido a las numerosísimas “gramáticas” y “fonéticas históricas”, más recientemente “fonologías diacrónicas”. Aunque esto no pase de ser un argumento *ad hominem*, tiene que ser difícil de creer que una muchedumbre de gentes en principio sensatas, además de eruditas, se haya tomado la molestia de construir trabajosamente tales obras y que además, por si esto fuera poco, haya conseguido imponer su estudio a una legión de estudiantes de todos los países, si sólo se tratara de esquemas caprichosos. Y no basta con alegar su valor didáctico porque habría que explicar de dónde les viene este valor si no corresponden de algún modo a una realidad.

Está probado además que es muy poca la diferencia que a este respecto puede observarse entre griego y andamanés, entre alemán y guaicurú, es decir entre lenguas cultas y lenguas “primitivas” —o sea lenguas de los pueblos así llamados—, entre lenguas grandes y pequeñas: basta recordar las palabras terminantes de Sapir¹¹², cuya experiencia en ese campo es difícilmente igualable. Nada tiene, pues, de particular que a partir del limitado —aunque crecido— número de casos en que se ha constatado, se haya concluido que la regularidad de los cambios fonéticos es universal y aplicable a la totalidad de las lenguas, documentadas o desconocidas para nosotros, estudiadas o no bajo este aspecto. No vamos a examinar los fundamentos lógicos u ontológicos de esa inducción, pero no cabe dudar de que en sustancia no son distintos de los que han permitido alcanzar, desde Kepler por lo menos, resultados tan maravillosos en el conocimiento físico del Universo.

El carácter y los límites de esta regularidad resaltarían mucho mejor si pudiéramos compararla con la que se observa en la evolución de otros objetos culturales. A falta de una competencia que no poseemos, volveremos (cf. arriba, p. 17) al paralelo de la historia de la escritura.

Parece que tiene que existir una correlación entre escritura y lengua, puesto que aquélla intenta darnos una especie de imagen de algunos de los aspectos de ésta. Si nos atenemos a los sonidos, las homologías serán sobre todo fáciles de descubrir en un sistema alfabético de escritura, primera aproximación a una notación fonológica de la lengua, a pesar de todas las excepciones que el principio suele admitir. Por lo que hace a la evolución, puede señalarse el paralelo de los casos de fusión (al. *faul, fest, viel, voll*) y sobre todo de fisión de grafemas (*C* y *G*, *v* y *u*, *z* y *ç*, etc.)¹¹³. Con ser esto así, no parece con todo que en la evolución de los sistemas de escritura se observe una regularidad en los cambios comparable a la que se constata en los fonemas. Es verdad que se dan modificaciones fáciles de describir que afectan a muchos e incluso a la totalidad de los signos: la inclinación de 90° a la izquierda que se introduce en una época dada en la escritura sumeria podría

¹¹² P. 74.

¹¹³ Para *ç* y *z* véase R. MENÉNDEZ PIDAL, *Orígenes del español*², p. 63 ss.

servir de muestra¹¹⁴. Pero el número de los cambios arbitrarios y asistemáticos parece muy crecido, ya que por una parte siguen defendiéndose puntos de vista opuestos acerca de la derivación de los sistemas de escritura de otros más antiguos cuando el hiato documental es bastante grande y, por otra, no se suele proceder, que sepamos, a la reconstrucción de protoalfabetos (protosilabarios, etc.) a partir de sistemas emparentados y aproximadamente coetáneos. Esto, la reconstrucción de protolenguas con todas las restricciones necesarias, es posible en nuestro caso. Las lenguas permiten, según se ha dicho, una especie de previsión, aunque retrospectiva.

Si comparamos esta situación con la de la física (cf. abajo, p. 20), veremos que ésta prevé unas veces el pasado y el futuro (eclipses, desintegración de cuerpos radioactivos, etc.) mientras que otras la previsión se reduce prácticamente a lo venidero. Un lingüista, por el contrario, sólo puede tener opiniones, razonables o no, acerca de la configuración de estados futuros de una lengua, no de otro modo que el hombre de la calle se permite opinar sobre la duración de un régimen político o el resultado de una guerra en curso. Puede pensar en una serie indefinida de posibilidades, entre las cuales su experiencia diacrónica —muy limitada, por desgracia, en la inmensa mayoría de los casos— puede escoger algunas como más probables¹¹⁵. Tal vez se incline a creer, pongamos por caso, que la totalidad de los hispano-hablantes llegará un día a abandonar la oposición ejemplificada por pares como *pollo / poyo* o *valla / vaya*¹¹⁶ o bien que el italiano oficial tenderá a simplificar las consonantes geminadas, proceso que irá acompañado de la lenición más o menos generalizada de las simples correspondientes. En todo caso, elegirá una posibilidad o un puñado de ellas entre una infinidad de otras.

Para prever el futuro, sería necesario —limitándonos siempre a los sonidos— conocer mejor el condicionamiento de los cambios fonéticos de modo que pudiera formularse en forma de leyes universales. Entonces, por ejemplo, si el complejo de condiciones A estuviera reconocido como condición suficiente de B, la aparición de B quedaría prevista una vez que A se diera en una lengua. Y, como consecuencia de interés diacrónico, del reconocimiento de A como condición necesaria de B se seguiría que, dado B en un estado de lengua, estaba postulado A para un estado anterior.

Es más que dudoso que este sea un objetivo deseable, aunque lejano. El concepto de identidad, en primer lugar, es sumamente ambiguo en lingüística. Cuando decimos que la lengua de Góngora era la misma que la de cualquier labrador contemporáneo de Hiendelaencina, nos referimos a que los elementos centrales de la lengua habitual y su ordenación eran comunes a ambos,

¹¹⁴ JAMES G. FÉVRIER, *Histoire de l'écriture* París, 1959, p. 104. MARCEL COHEN, *La grande invention de l'écriture et son évolution*, París 1958, p. 81 s.

¹¹⁵ HOCKETT, p. 455 s.: "However, by gathering many examples of phonemic restructuring which have come about as the result of sound change, we can at least discover that certain outcomes are more frequent, and hence more probable, than others".

¹¹⁶ O al. *ich kam / ich bin gekommen*, etc.

de modo que podían utilizarla como medio efectivo de comunicación, al menos en un sentido. Cuando en términos diacrónicos decimos que el francés es la misma lengua que el latín, que es el latín hablado hoy por una comunidad determinada, hemos dado de lado la posibilidad de un intercambio efectivo entre dos interlocutores imaginarios, uno antiguo y otro moderno: nos referimos a una continuidad en la tradición lingüística a consecuencia de la cual una parte de las formas del francés, central por su importancia más que por su número, puede deducirse de formas latinas mediante la aplicación de algunas reglas de transformación¹¹⁷. Ahora bien, cuando no se trata de la "misma" lengua en sentido sincrónico ni en sentido diacrónico¹¹⁸, sino de dos lenguas distintas en cuanto estructuras cerradas y autárquicas, no se ve bien qué puede ser "igual" o "idéntico". En efecto, si según las ideas estructuralistas en uso se defiende que cada una de las unidades de una lengua, en el plano que sea, "no son nada aisladamente, sino sólo en el conjunto de que forman parte; no son entidades positivas sino negativas, al ser lo que son por su diferencia respecto a las demás"¹¹⁹, esp. /f/ no es lo mismo que fr. /ff/, aunque ambos se realizaran exactamente con el mismo margen de dispersión, ni el dativo griego es lo mismo que el latino que tiene a su lado un ablativo, ni mucho menos podrá equipararse el ergativo vasco al georgiano sólo porque en alguna de las terminologías corrientes existan miembros así llamados en los respectivos paradigmas casuales que tampoco, claro está, pueden en manera alguna considerarse idénticos. Por consiguiente, para formular leyes del condicionamiento de los cambios fonéticos que aspiren a cierta generalidad, necesitaríamos en rigor disponer de criterios incuestionables que permitan fallar cuándo dos sistemas fonológicos, o más modestamente dos subsistemas, han de considerarse "idénticos" o "iguales".

Téngase además en cuenta que, aunque esto fuera factible, las leyes obtenidas por inducción sólo tendrían validez plena cuando una lengua hu-

¹¹⁷ Más otra parte (cultismos), nada despreciable, que se obtiene por la aplicación de reglas más enrevesadas y difíciles de codificar.

¹¹⁸ FRED W. HOUSEHOLDER, *IJAL* 28 (1962), 69, estima que "la particularidad más importante y valiosa" del libro de Hoenigswald es su noción de identidad y continuidad de morfemas, por la cual ingl. ant. *éam* 'tío' > mod. *uncle* "it is the same morpheme (though not the same morph)": "In short, morphemes are not to be defined directly in terms of morph shape, but wholly in terms of distribution, or, if you like, meaning..." Un distribucionalista preocupado por la teoría de la descripción puede hallar esto interesante, pero no se ve qué puede ganar un comparatista con abandonar la forma que es su único asidero firme. Idéntico, para éste, sólo puede lo que es formalmente idéntico porque las unidades distintivas se corresponden una a una (gr. $\theta\upsilon\mu\acute{o}\varsigma$ lat. *fumus*; lat. *ferō*, irl. *·biur*, etc.) porque pueden ser retrotraídas a un prototipo común. ¿Cómo puede determinar la distribución de un morfema en una protolengua e incluso en muchos estados de lengua?

Incidentalmente, la complicada notación aplicada por A. S. C. ROSS, *Etymology, with Especial Reference to English*, New Jersey 1958, y retocada por su crítico ERIC P. HAMP, *Word* 17 (1961), 91 ss., se basa, como no podía menos, en la continuidad formal. Por desgracia, el verdadero problema no es el de la notación adecuada de la identidad o de la coincidencia parcial, aunque también ésta tenga su interés, sino el ya antiguo de la identificación de morfemas emparentados.

¹¹⁹ E. ALARCOS LLORACH, *Gramática estructural*, Madrid 1951, p. 17.

biera evolucionado como sistema cerrado, constreñido tan sólo por las necesidades internas de su estructura: en otras palabras, nunca. Por lo demás, la interferencia de sistemas lingüísticos distintos, en la cual ve la nueva fonología diacrónica un factor de primer orden en el desarrollo de las lenguas, depende del azar de los accidentes históricos, en su acontecer mismo y también en el grado y en la dirección dominante de las influencias.

Finalmente, y no es esto lo menos importante, las lenguas se diversifican de distintas maneras, lo que significa que un mismo estado de lengua puede ser el origen de desarrollos muy diversos. Por ello mismo, los cambios no pueden estar estrechamente condicionados por la estructura, pues se incurriría en una petición de principio si se mantuviera que toda divergencia en la evolución se debe únicamente a la intromisión de factores externos diversos.

Volvamos después de esta digresión al punto donde más arriba hemos dejado la cuestión de la regularidad de los cambios fonéticos. Es sabido que esta regularidad fue postulada por los neogramáticos, o por algunos de ellos, como falta de excepciones o, en la forma verbal más formidable que ha recibido, como *Ausnahmslosigkeit*. A nuestro modo de ver, no tiene mayor sentido la discusión de un postulado de este género, cosa que no siempre han advertido los contradictores, al menos en el terreno de los principios: una dialéctica al servicio del dogma hallará siempre una salida decorosa si se le niega el triunfo. No obstante, es justo añadir que sus propugnadores, que estaban lejos de cerrar los ojos a los hechos, tuvieron buen cuidado desde el primer momento en ordenar los fenómenos que contradecían el enunciado y de buscar su explicación en leyes de carácter más general (hechos de inducción en la cadena hablada) o en procesos por decirlo así accidentales y de carácter externo (interferencia, expresividad, analogía).

Si del cielo de los principios descendemos ahora a la tierra firme de la experiencia, dos cosas saltan a la vista por poco familiarizado que se esté con la evolución de una lengua o de un grupo de lenguas. Hay por todas partes regularidades nítidas que unas veces se podrán condensar en forma más precisa que otras. También ocurrirá a veces que el descubrir y formular la regla de transformación estará al alcance del primer observador, mientras que otras exigirá un análisis previo minucioso y delicado: piénsese por ejemplo en el vocalismo irlandés en sílaba interior, comparado con la diafanidad de los hechos griegos o eslavos.

También salta a la vista, sin embargo, que siempre hay abundantes excepciones en el sentido práctico de la palabra, hechos que no se ajustan al esquema general y que han de ser explicados por razones especiales, buscadas y halladas con mayor o menor fortuna. Por esto ningún aprendiz de brujo conocedor de los métodos —tan simples, sin embargo, en su esquema— de la reconstrucción comparativa logrará resultados medianamente satisfactorios si trata de aplicarlos a palo seco, sin una larga iniciación previa en los caminos trillados por otros, a la comparación de los sonidos de dos o más lenguas emparentadas. Sólo la experiencia le enseñará las correcciones que en muchos

puntos tiene que introducir en las reglas escuetas cuyo manejo conoce en teoría.

Todo esto, si no nos equivocamos, es generalmente admitido hoy en día, al menos en la práctica, si no siempre en teoría. No obstante, no faltan voces discordantes y últimamente F. Rodríguez Adrados, en una de las obras más importantes que en esta disciplina se han producido en España¹²⁰, basa su construcción en una crítica detenida del concepto neogramático de ley fonética y de su aplicación a la reconstrucción comparativa. Toda ocasión es buena para poner en claro los supuestos en que implícitamente basamos nuestras conclusiones y hay que agradecerle que haya expuesto sin reparos sus propias ideas sobre la materia.

Las laringales, dice Adrados¹²¹, "se han convertido en la piedra de escándalo de la Lingüística Indoeuropea", a causa de "su resistencia a adaptarse a un sistema claro y coherente de leyes fonéticas a la manera de las postuladas por los Neogramáticos". Esto ha empujado a algunos al escepticismo no, según el autor, por dificultades intrínsecas del material, sino porque el concepto neogramático de ley fonética no puede ajustarse a éste.

Vale más citar al pie de la letra sus palabras: "Efectivamente, el estudio neogramático de las lenguas indoeuropeas, cuyos principios continúan imponiendo todavía su peso, se basaba en el conocimiento de unos cuantos dialectos indoeuropeos, para cada uno de los cuales se suponían soluciones fonéticas uniformes de unos mismos fonemas. Realmente, se trata de un material lingüístico muy simplificado en comparación, por ejemplo, con el que presentan las lenguas románicas o germánicas en la documentación medieval o con el de los *patois* modernos estudiados por la geografía dialectal. De ahí que haya resultado relativamente sencillo el crear un sistema de leyes fonéticas que explican, al menos, la mayoría de los hechos y que es el que seguimos hoy utilizando. Por el contrario, el estudio de los dialectos modernos y de los documentos románicos aludidos, con sus formas contradictorias, nos convence de que una ley fonética, como va siendo generalmente reconocido, no es con frecuencia más que el resultado de una generalización entre soluciones concurrentes de un mismo problema fonético, planteado ya por motivos dependientes del sistema fonológico de la lengua, ya por la acción de los fonemas vecinos en la cadena hablada; de que otras muchas veces sucede a un antiguo estado vacilante entre la innovación y el arcaísmo; y de que su difusión puede no coincidir o no haber coincidido con la de otras leyes fonéticas de la misma lengua".

Podría replicarse que si "seguimos hoy utilizando" estas leyes a la vieja usanza es porque tienen algún valor y, sobre todo, porque nadie ha acertado a encontrar algo mejor que sirva para sustituirlas. Pero todo esto no afecta más que a la superficie. La razón profunda para no aceptar incondicionalmente la tesis de Adrados es muy otra y, lo que es más, obvia, si no nos equivo-

¹²⁰ *Estudios sobre las laringales indoeuropeas*, Madrid 1961.

¹²¹ P. xiv s.

camos mucho. Todo procede sencillamente de una confusión de escalas, porque no se trata de hechos del mismo orden de magnitud. Tenemos de una parte las "leyes" obtenidas de la comparación global de dos o más estados de lengua separados entre sí por varios siglos, si no por varios milenios, y a esta comparación se opone, de la otra, el estudio microlingüístico *in actu oculi* de un área dialectal continua, examinada aldea por aldea y hasta casa por casa. No hace falta ser un físico para saber que, aunque tiene sentido pleno —operatorio— el hablar de la temperatura de un gas formado de moléculas, sería insensato preguntar por la temperatura de una cualquiera de esas moléculas. Esta distinción de órdenes de magnitud no es, por otra parte, ninguna novedad en las ciencias culturales¹²³. Ni siquiera lo es en la vida de todos los días: un microscopio sirve para muchas cosas, pero no para la contemplación inteligente de la Adoración del Cordero Místico.

Esto mismo puede decirse en un lenguaje más familiar a lingüistas y a filólogos. En realidad, está dicho ya, de una manera tan bella como precisa, a propósito justamente de uno de los campos que, según Adrados, más ha contribuido a poner de manifiesto las deficiencias de las ideas neogramáticas: "Piénsese, por ejemplo —escribe—, en el anárquico uso de *uo*, *ua* y *ue* procedentes de *o* tónica, en diversos dialectos peninsulares o en la larguísima gestación de la sonorización de las sordas intervocálicas en estos mismos dialectos".

A esto precisamente, a la documentación medieval española, se refiere un autor tan conocido como poco sospechoso de desviaciones mecanicistas, don Ramón Menéndez Pidal, en un pasaje de *Orígenes del español*¹²³, cuyo interés doctrinal le ha parecido suficiente para incluirlo en otro libro¹²⁴.

El punto de partida es el mismo de Adrados: "La moderna dialectología ha venido a sugerir y propagar la idea de que las leyes fonéticas regulares sólo existen en el papel; no hay ni hubo jamás una regularidad fonética; sólo hay la que por espejismo creen ver los filólogos..." Lo mismo parece ocurrir cuando de los dialectos vivos se pasa a la documentación medieval: "El material de nuestra época de estudio parece que viene a apoyar esa concepción. Si, por ejemplo, nos fijamos en el desarrollo del diptongo *ai*, vemos que en el mismo documento del año 965 convive *Rataire* junto a *Armentere*, La evolución de *ai* a *e*, que la gramática histórica suele concebir simplistamente como un monumento de armónica uniformidad, se nos diversifica en una compleja serie de episodios: el paso de *carrira* a *carrera* tiene una evolución cronológica y geográficamente diferente que la de *vaica* a *vega*... Nuestro material nos obliga a estudiar aparte cada voz de las que se suelen enumerar juntas

¹²³ Cf. LÉVI-STRAUSS, *Anthropologie structurale*, p. 311: "Une dernière distinction se rapporte à l'échelle du modèle, comparée à celle des phénomènes. Un modèle dont les éléments constitutifs sont à l'échelle des phénomènes sera appelé "modèle mécanique", et "modèle statistique", celui dont les éléments sont à une échelle différente".

¹²³ P. 529 ss.

¹²⁴ *Estudios de lingüística*, Madrid 1961, p. 11-32.

al enunciar la ley fonética. Cada palabra, debemos repetir nosotros, tiene su propia historia”.

Y, sin embargo, es curioso que Menéndez Pidal, partiendo de las mismas premisas que Adrados y habiendo elaborado personalmente ese material, llegue exactamente a la conclusión opuesta: “Mas no por eso deja de haber historia especial de un sonido determinado. Todas esas palabras, *carraira, vaica, ferrain, mairino*, etc., que tienen una historia tan distinta, han venido con el tiempo a parar a una solución común, que transformó su *ai* en *e*; estuvieron, pues, sometidas a una idéntica fuerza, la cual acabó por dominarlas a todas, a través de diversos episodios... El estudio de las largas épocas preliterarias nos eleva por cima del concepto dilucidado con ayuda de la dialectología moderna y nos permite ver que cada palabra que en fonética parezca discordante de sus análogas, puede estar sometida a una tendencia general que la impulsa en unión con las otras. Todas son llevadas por la misma corriente, como multitud de hojas caídas en un río; cada hoja sigue su curso especial, tropieza acaso con obstáculos que la desvían, la retrasan o la detienen, pero todas están sometidas a la misma fuerza, ora las arrastre, ora solamente las empuje, y sería ceguedad empeñarse en observar el curso de cada una sin darse cuenta de la corriente que las domina a todas. La dialectología, mostrándonos una fotografía instantánea de un momento del lenguaje, puede hacernos pensar que cada palabra es un mero episodio en la historia general de cada uno de los elementos fónicos que la integran. Cada sonido o grupo habitual de sonidos de una lengua es un elemento constructivo de que dispone el idioma, y como tal tiene una existencia ideal propia; es algo independiente en cierto modo de las palabras de que forma parte”.

“Y no es lo más interesante para la lingüística el historiar casuísticamente el desarrollo fonético de cada palabra, sino percibir y poner de manifiesto la corriente general que comprende grandes grupos de palabras... el espejismo, por último, no se producirá si afirmamos la existencia de la ley fonética; se produciría si la negásemos, por no considerar el conjunto de una evolución secular sobre un territorio lingüístico de cierta unidad, y por limitarnos a la intensa contemplación de un sólo instante del dialecto de una aldea.”

Como en la contemplación de un cuadro, se precisa, pues, una cierta distancia, cierto alejamiento en el tiempo del objeto u objetos mirados para que la regularidad puede percibirse. No se sabe muy bien cuál es la distancia óptima, aunque tal vez varíe según los casos. Es patente, de cualquier manera, que se halla situada en alguna parte (cf. arriba, p. 61) entre la estrecha proximidad de los dialectos comparados y la divergencia casi insalvable. Así no son muy llamativas las regularidades que se observan comparando los dialectos vascos, muy semejantes unos a otros, y no sería tampoco demasiado lo que sacaríamos de confrontar el armenio con el irlandés moderno: las buenas ecuaciones son aquí escasas y van¹²⁵ afectadas de un elevado coeficiente de incer-

¹²⁵ Mejor, irfan, si no dispusiéramos de otros eslabones de la cadena.

tidumbre por la disparidad de los términos comparados. Las alteraciones sufridas de ambas partes —a consecuencia sobre todo de los cambios que se suelen llamar condicionados— son tantas y tan grandes que la determinación de correspondencias, salvo quizá en posición inicial en los casos más favorables, sería en general difícilísima, si no del todo imposible.

No hay inconveniente en conceder a Adrados que las regularidades discernibles pueden ser mayores o menores; que varias lenguas indoeuropeas —o todas, si se prefiere— muestren, por ejemplo, vestigios de resultados distintos en la vocalización de las sonantes. Cabe también que el material pertinente para establecer una teoría laringalista sea particularmente reacio a toda regularidad. No hay inconveniente para conceder todo esto, con una condición: que se acepte también que con ello tienden rápidamente a cero las posibilidades de una reconstrucción solvente. La comparación basada en la regularidad de los cambios fonéticos no es el único instrumento que la reconstrucción lingüística tiene a su alcance, pero es sin duda el decisivo, el que ha dado a tantas de sus construcciones la aceptación general de que siguen gozando. Si no hay regularidad, y en la medida en que no la hay, cualquier ensayo reconstructivo, sin exceptuar los de Adrados, es un producto de la misma naturaleza que *Ivanhoe*, *Salambo* o *The Gladiators*: puede ser admirable por la agudeza, puede adivinar rasgos centrales de estadios prehistóricos, pero no puede aspirar a otra validez que la subjetiva, que cada lector, deslumbrado o frío ante el color del ambiente pretérito que el autor se esfuerza en pintar, le quiera conceder. Sobre todo en una cuestión como la de las laringales, en la que las mismas contradicciones entre las que se debaten las teorías están diciendo a gritos que nos hallamos en los mismos límites de las posibilidades de penetración de los métodos actuales dado el material de que hasta el momento disponemos.

Por lo demás, el supuesto de la regularidad de los cambios fonéticos no se funda en ninguna concepción arrancada con violencia de su terruño natal y propio, el de las ciencias de la naturaleza. Muy al contrario, basta con ver lo que una lengua es y tiene que ser, si ha de servir de medio eficaz de comunicación, en un momento cualquiera para comprender por qué sus sonidos se modifican de una manera regular. Véase, por ejemplo, cómo lo expresa Martinet¹²⁶: "Il est clair, en tout cas, que si, dans les descriptions synchroniques, nous sommes à même de répartir au moins la grande majorité des sons en usage dans une langue parmi un nombre défini de phonèmes, c'est qu'en règle générale, toutes les réalisations d'un phonème donné, dans un contexte donné, changent dans le même sens et à la même allure... Si chaque segment phonique, dans chaque mot, avait la latitude d'évoluer à son propre rythme, nous ne devons pas nous attendre à ce que chaque segment d'un mot quelconque, comme *table*, reste identifiable avec n'importe quel autre mot de la langue".

¹²⁶ 1955, p. 27.

O, para decirlo en forma aforística con Coseriu¹²⁶: "Pero es que en su realidad elemental, como generalidad intensiva de la adopción fónica, la "ley fonética" coincide con la sistematicidad de la lengua".

Por último, el postulado neogramático de la falta de excepciones en las leyes fonéticas ha tenido una brillante justificación de orden pragmático. Quienes movidos por su fe en él se obstinaron en seguir buscando, tropezaron a veces con venas de regularidad en terrenos ásperos y poco prometedores. De conformarse con la aparente arbitrariedad de los fenómenos, por el contrario, nunca ha salido nada útil.

¹²⁶ P. 58. En nota añade esta importante salvedad: "Y, en efecto, también en sus resultados históricos la "ley fonética" es valedera en la medida en que una lengua es "sistemática" y "mono-sistemática", lo cual no se da nunca exactamente.

6. PRESENTE Y FUTURO

Ya se ha visto arriba (p. 34) que la aplicación del método comparativo presupone la existencia de morfemas emparentados en dos o más lenguas o estados de lengua, pero no por necesidad que las lenguas mismas estén emparentadas entre sí. Por eso, cuando alguna vez se dice que si se pueden establecer correspondencias fonéticas entre lenguas ello constituye una prueba de su parentesco, no se precisa lo bastante, al menos si por parentesco se entiende parentesco genético. Se pueden hallar, creemos, excelentes correspondencias entre albanés y vasco o entre éste y el italiano. Todo depende de dónde, entre qué componentes del acervo de formas de ambas lenguas, se constatan esas correspondencias.

Pisani¹²⁷ advierte con razón que las coincidencias que pueden señalarse entre lenguas —supondremos que éstas son dos, para simplificar— pueden clasificarse, por razón de su origen, en dos grupos: el de las coincidencias fortuitas y el de las coincidencias históricas.

El primer grupo puede, a su vez, dividirse en dos subgrupos. Forman el primero las coincidencias debidas al azar puro y simple: no es éste el momento oportuno para comentarlas, por lo que basta con decir que el brazo de la casualidad es muchísimo más largo de los que algunos comparatistas que no retroceden ante grandes distancias, en el espacio y en el tiempo, suelen admitir. El segundo comprende las formaciones “expresivas” que tienden a semejarse en las lenguas más diversas, es decir, todo aquello que se suele subsumir bajo la etiqueta de afinidad o parentesco elemental (*Elementarverwandtschaft*)¹²⁸.

El segundo comprende, de un lado, las coincidencias debidas a una herencia común y, del otro, los préstamos. Ambos, dice Pisani con razón, suponen un motivo histórico, o sea la unidad originaria de dos o más términos entre los que se establece una cierta ecuación o concordancia.

El pleito está en si es posible distinguir en principio los dos últimos subgrupos de una manera tajante. Ahora bien, a nuestro entender, la cuestión no está bien planteada en esos términos, porque al planteamiento le falta una restricción esencial: la mención de los límites, vagos o precisos, entre los cuales es factible esa distinción. Es posible que, si pudiéramos retroceder en el

¹²⁷ 1952, p. 6 s.

¹²⁸ Cf. S. ULLMANN, *The Principles of Semantics*, Glasgow 1951, p. 88: “Owing to the presence of motivation, the intrinsic relationship between sounds and content, there is a great deal of similarity in the onomatopoeic processes of various languages... What they testify to is not historical kinship but what Schuchardt termed ‘elementary affinity’”.

tiempo cuanto fuera preciso, se demostrara que cualquier morfema léxico e incluso gramatical es un préstamo, como algunas veces se oye decir. Pero el hecho es que no podemos remontarnos cuanto queremos y que, cuando separamos las coincidencias debidas a la herencia común de las que tienen su origen en el préstamo, esa separación tiene pleno sentido dentro de los relativamente estrechos límites temporales en que habitualmente se mueve la comparación. Como dice Benveniste, y es algo que nunca debemos olvidar, "une classification génétique ne vaut, par la force des choses, qu'entre deux dates. La distance entre ces deux dates dépend presque autant de la rigueur apportée à l'analyse que des conditions objectives de nos connaissances"¹²⁹.

La posibilidad de descuidar, a partir de cierta distancia, la distinción entre formas heredadas y préstamos, siempre que puedan establecerse buenas ecuaciones etimológicas, ha sido aprovechada explícitamente por N. Poppe¹³⁰ en un campo sobre el cual no podemos opinar.

Dentro de estos límites, no por imprecisos menos reales, entendemos, por consiguiente, que es perfectamente hacedero separar ambos estratos de homologías. Existen, por una parte, como todos saben, criterios formales que permiten el análisis: en cualquier diccionario etimológico se distingue de hecho entre las semejanzas de uno y de otro orden que se constatan entre griego y latín, por ejemplo, o entre inglés y francés. Por otra, cuando las homologías se observan con frecuencia entre elementos del léxico básico, con todo lo que este concepto entraña de vago, y entre índices gramaticales, nos creemos con pleno derecho a afirmar que las lenguas mismas, no sólo las formas coincidentes, están emparentadas entre sí, en el sentido genético de que no son más que variedades diversificadas de una antigua lengua común¹³¹.

Fuera, por el contrario, la diferencia entre parentesco genético y afinidad va haciéndose cada vez más imperceptible. ¿Cómo deben interpretarse, por ejemplo, las notables pero escasas coincidencias que se observan entre indoeuropeo y urálico? Una agrupación debida a la afinidad nacida de la vecindad, si se ha establecido en fecha prehistórica —nos dice Benveniste¹³²—, se nos presentará históricamente como indicio de parentesco genético. Las esperanzas que parecen haberse concebido durante el período de rápido progreso de la comparación no estaban, por desgracia, fundadas. No hay posibilidad, con los métodos actuales, de avanzar indefinidamente, pasando de las lenguas a las protolenguas de primer grado y de la comparación de éstas a las protolenguas

¹²⁹ P. 39.

¹³⁰ *Vergleichende Grammatik der altaischen Sprachen* I, Wiesbaden 1960, p. 4: "Abgesehen davon, ob das Mongolische, Türkische und Mandschu-Tungusische urverwandt sind oder nicht, kann man feststellen, dass in diesen Sprachfamilien Überreste einer älteren Sprache weiterleben, Überreste, die regelmässige, keine Ausnahmen duldende Lautentsprechungen aufweisen. Daraus ersieht man, dass man eine vormongolische Lautlehre wiederherstellen kann, wenn man die Angaben der türkischen und mandschu-tungusischen Sprachen berücksichtigt". Cf., para el coreano, p. 6.

¹³¹ Cf. GREENBERG, p. 39. Según U. WEINREICH, *Word* 14 (1958), 376, "THE criterion is the existence of cognates in the basic morpheme stock, with parallelism in allomorphic alternation as a powerful supplement".

¹³² P. 43.

del escalón superior y así *ad infinitum*. Hemos llegado ya al punto, o estamos muy cerca de él, en que, dentro de las agrupaciones lingüísticas bien estudiadas en el aspecto comparativo, es cada vez más penoso reunir un haz de coincidencias demostrativas que permitan seguir penetrando en el pasado, a la vez que la reconstrucción pierde objeto porque el escaso número de los prototipos restituibles sólo serviría para explicar una parte mínima de las formas de protolenguas y lenguas de escalones inferiores, según advirtió muy bien Kroeber¹³³.

El concepto de parentesco ofrece evidentemente el inconveniente de su carácter parcial: entre lenguas emparentadas, las homologías no se registran más que en un sector, más o menos extenso, de sus respectivos caudales morfológicos, sector que va mermando a medida que con el correr del tiempo la divergencia entre las lenguas se va haciendo mayor¹³⁴. Y, a la inversa, lenguas vecinas van acercándose la una a la otra en distintos aspectos, hasta que de la vecindad y del contacto nace lo que se ha llamado *Sprachbund*, la liga o asociación de lenguas¹³⁵.

Según todos admitimos, no hay lenguas puras, sino que todas las que existen o han existido son impuras en mayor o en menor grado, ya que contienen elementos alógenos de todo orden: unidades distintivas y significativas, categorías gramaticales, construcciones, orden de las palabras, etc. Pero no todos admiten en el mismo grado que haya lenguas mixtas o, en otras palabras, lenguas por cuya filiación no tiene sentido preguntar. Muchos lingüistas se resisten a aceptar la posibilidad de esas mezclas, mientras que otros —y, esto es lo curioso, una legión de especialistas en otras disciplinas— parecen creer que dos o más lenguas pueden mezclarse entre sí con la misma facilidad que otros tantos gases.

En parte, desde luego, se trata de una simple cuestión de interpretación y hasta casi de terminología. Así, Pisani¹³⁵ considera que una asociación de lenguas puede conducir a dos resultados. Cabe de una parte que las lenguas que la componen, como en el caso de la liga balcánica, se mantengan sustancialmente distintas conservando cada una su filiación genética, a pesar de haber adquirido muchas isoglosas comunes. De otra, puede llegar el momento en que las isoglosas comunes sean tantas y tan importantes que se acabe por constituir una unidad lingüística en la cual desaparecen sin asimilarse las lenguas antiguas: éste sería, siempre según Pisani, el caso del inglés con respecto al anglosajón y al normando, y también el del latín vulgar, la mayor parte de cuyas isoglosas proceden del latín de Roma, pero no sin influencias de otras lenguas de la liga, sobre todo las de tipo osco. Este sería también el

¹³³ *IJAL* 26 (1960), 171.

¹³⁴ Como decía HIRT, I, p. 70 s., "Wir haben uns gewöhnt, einzelne Rosinen aus dem Kuchen zu picken, ohne die ganze Zusammensetzung in Betracht zu ziehen".

¹³⁵ Cf. R. JAKOBSON, Sur la théorie des affinités phonologiques entre les langues, ap. TRUBETZKOY, *Principes de phonologie*, p. 351-365.

¹³⁶ 1961, p. 8.

caso, no hay que decirlo, del indoeuropeo prehistórico real, conforme sugirió Trubetzkoy en un artículo famoso¹³⁷.

Esto, tomado en toda su generalidad, no es sino una paradoja ingeniosa y brillante que, como muchas otras paradojas, tiene la debilidad de ser una interpretación laboriosa de lo que todo el mundo comprende intuitivamente de muy otra manera y, sobre todo, de lo que todos podemos comprobar empíricamente que está ocurriendo hoy de muy otra manera en muchísimos lugares del mundo. El habla vasca de los navarros de Puente la Reina fue adquiriendo isoglosas comunes con el castellano, pero no por esto se derritió en él como un azucarillo en agua: los navarros de Puente la Reina, en posesión de las dos lenguas, empezaron a valerse del castellano como medio principal de comunicación arrinconando su antigua lengua, siguieron por no enseñar ésta a sus hijos y, al cabo de pocas generaciones, no quedó en Puente la Reina más que una lengua, no una mezcla de lenguas, que cualquiera puede identificar como castellano con algunos restos vascos que en nada invalidan esta identificación. Está también claro para cualquiera que quiera mirar que en la Gran Bretaña hubo una lengua que dejó de usarse, el normando, y otra que quedó dueña del campo: el inglés, continuador sin solución de continuidad del anglosajón.

Lo dicho, claro está, vale en la medida en que las lenguas en contacto son unidades discretas, suficientemente divergentes, y puede no ser aplicable a dialectos, tomados en la acepción de variedades poco diferenciadas que no constituyen obstáculo mayor para la intercomunicación¹³⁸. El caso del aragonés y el castellano, por ejemplo, no es exactamente comparable al del castellano y el vasco. Con todo, es mucho más económico suponer —y este supuesto no conduce a ninguna contradicción— que el castellano ha suplantado al aragonés como el latín desplazó a las otras lenguas itálicas, al galo o al celtibérico.

No obstante, lo que vemos sucede en ciertas lenguas no tiene por qué ser aplicable a todas, sobre todo cuando los pueblos que las hablan se hallan en condiciones culturales muy diferentes de las nuestras. Este es el punto de vista que ha defendido entre nosotros Antonio Tovar. A su entender, propendemos a dar por supuesto, espontánea y erróneamente, que todo poseedor de dos o más lenguas las concibe del mismo modo que el lingüista, para quien cada una de ellas es un sistema cerrado y discreto¹³⁹. Esto, sin embargo, no es necesariamente cierto en una sociedad más primitiva: "El campesino del Cáucaso que habla varias lenguas o el indio americano que interviene como intér-

¹³⁷ Cf. N. TRUBETZKOY, Gedanken zum Indogermanenproblem, *Acta linguistica* 1 (1939), 81-89. Cree PULGRAM, 1959, p. 421, no sin apariencias de razón, que este punto de vista de Trubetzkoy nada tuvo probablemente de definitivo. Por lo menos sus conocidos trabajos comparativos sobre las lenguas caucásicas septentrionales se ajustan en todo a los moldes clásicos.

¹³⁸ Cf. las observaciones de I. DYEN ap. ARTHUR CAPELL, *Oceanic Linguistics Today*, *Current Anthropology* 3 (1962), 371 ss.

¹³⁹ *Linguistics Today* (= *Word* 10 (1954)), p. 345.

prete no aísla los distintos sistemas lingüísticos que usa. El caso del niño bilingüe es semejante. Como resultado, las lenguas que se hallan en tal situación se relacionan entre sí de una manera que difiere totalmente de la de lenguas escritas y más desarrolladas".

Penetrar en la conciencia y aun en la subconsciencia del hombre prehistórico no es ciertamente cosa sencilla. Tampoco lo es, para muchos de nosotros, la exploración de la mente del campesino del Cáucaso o la del indio americano. El autor de estas líneas podría alegar que su propia experiencia de bilingüe casi desde que empezó a hablar no concuerda con la tesis expuesta, y esta experiencia se ha visto corroborada por el comportamiento de los informadores en las encuestas, pues jamás les ha visto vacilar en asignar palabras o frases a una lengua o a otra. Se diría, es más, que los individuos bilingües tienen una conciencia particularmente despierta de la diversidad idiomática y, más generalmente, de todo problema lingüístico. No se ve, pues, razón de que el dominio de un número de lenguas todavía mayor embote esta sensibilidad, antes se pensaría al contrario que debe volverla más aguda.

Por otra parte, se puede evitar la introspección. Usualmente la lengua tiene un nombre en la lengua misma¹⁴⁰ y a su lado suele haber por lo menos otro que designa las lenguas extrañas *in genere* o una lengua extraña concreta. No nos atreveríamos a afirmar que éste sea un hecho universal que se da y se ha dado en todas las lenguas, pero constituye por lo menos un fenómeno de suma generalidad. Y, por definición, es difícil admitir que no se distinguan entre sí objetos que llevan distinto nombre.

Lo natural, a nuestro modo de ver, es pensar que los fenómenos de interferencia lingüística han sido en el pasado, cercano o remoto, esencialmente análogos a los que podemos observar directamente, del mismo modo que es natural suponer que aquellas lenguas no diferían en sus propiedades fundamentales de las que ahora hablamos o conocemos. Esto no es más que una transposición de lo que en geología llaman "actualismo", la doctrina según la cual los procesos prehistóricos no hubieron de ser muy diversos de los que nos es dado observar en nuestros días. Por ello, para poder valorar con fundamento el alcance de la influencia de unas lenguas sobre otras, debemos basarnos en encuestas como la de U. Weinreich¹⁴¹, que utiliza materiales seguros en lo posible y por lo general de fácil verificación.

Frente a esto, carece casi de valor el testimonio de lenguas sin historia, cuya prehistoria además no ha sido estudiada¹⁴², porque ese testimonio necesita un intérprete que todavía no ha aparecido: la reconstrucción se cimenta sobre homologías y no sobre meras analogías. Es cierto, con todo, que no puede fijarse un límite puntual al alcance de la interpenetración lingüística y que, en ciertos casos (*lingua franca*, *pidgin*, lenguas criollas)¹⁴³, la continui-

¹⁴⁰ El "adverbio sustantivado" de COSERIU, p. 27.

¹⁴¹ *Languages in Contact*, Nueva York 1953.

¹⁴² Cf. A. TOVAR, *Boletín de la Academia Argentina de Letras* 21 (1951), 36 ss.

¹⁴³ Cf. MARTINET 1960, p. 167 ss.

dad en la transmisión parece haber sufrido serios quebrantos. Pero da la impresión de que, en el período que podemos documentar, formaciones de este género han sido excepcionales: tampoco es seguro, ni mucho menos, que su existencia baste para invalidar la noción de parentesco genético¹⁴⁴.

Arriba (p. 31) hemos supuesto, frente a la opinión de Pulgram, que el comparatista se halla en condiciones de distinguir el parentesco lineal —la descendencia en línea directa— del colateral y que además, en el primer caso, no tiene dificultad en señalar cuál de los estados de lengua es anterior al otro. En el fondo, y no es la primera vez que se dice esto, la comparación lingüística obra en este aspecto de una manera que difiere muy poco de la crítica textual y la agrupación de lenguas en familias no es muy distinta de la fijación de familias de manuscritos.

Esta última consideración nos lleva hasta un viejo conocido, viejo y mal reputado: el árbol genealógico, que hoy es costumbre tratar con altivo desdén. Así escribe W. Brandenstein¹⁴⁵: “Se puede, por consiguiente, suponer que este grupo [el indo-iranio] puede ser retrotraído a un único dialecto indoeuropeo, si bien no dentro del esquema de un árbol genealógico”. Pues bien sí, es lo único que cabe comentar, puede ser retrotraído precisamente dentro del esquema de un árbol genealógico.

Para empezar, un árbol genealógico no es —en la genealogía, su país natal— ningún árbol que crezca aislado o asociado a otros: es un simple diagrama en el que conforme a ciertas convenciones se representan en un plano algunas de las relaciones de parentesco entre determinados individuos haciendo abstracción de otras muchas que o no se conocen o no interesa en aquel momento conocer. Nadie puede esperar hallar en el árbol genealógico la imagen acabada del proceso de diversificación de las lenguas reales, como nadie puede esperar obtener fruta o leña del árbol de Porfirio: ese árbol “no es más que un diagrama de la aplicación del método comparativo a la reconstrucción de familias de lenguas”¹⁴⁶. Parece mentira que a los lingüistas, gentes de letras por lo común, se les suponga carentes de imaginación hasta el punto de creer que no van a ser capaces de reconocer e interpretar un tropo cuando tropiecen con él.

¹⁴⁴ Véase, entre otros, R. A. HALL, Jr., *Creolized Languages and “Genetic Relationship”*, *Word* 14 (1958), 367-373, y U. WEINREICH, *On the Compatibility of Genetic Relationship and Convergent Development*, *ib.*, 374-379.

¹⁴⁵ *Manual de lingüística indoeuropea dirigido por A. Tovar III, Antiguo persa*, p. 3.

¹⁴⁶ GEORGE S. LANE, *Language* 35 (1959), 315. Lane duda además de que el mismo Schleicher lo concibiera de otra manera.

Un *stemma* como el que presenta G. Deeters¹⁴⁷



no es más que un procedimiento cómodo y gráfico de presentar las relaciones de dependencia que se observan entre las lenguas emparentadas de un grupo dado que, al mismo tiempo, intenta ofrecer un medio para pesar el valor de sus respectivos testimonios: simplificando las cosas, el testimonio del svano se opone en igualdad, no a razón de uno a tres, al del conjunto de las otras tres lenguas, del mismo modo que el tsaconio, en la medida que sus arcaísmos lo exigen, se contraponen al conjunto de los dialectos griegos modernos.

Ciertas discusiones sobre problemas de parentesco se eternizan en parte porque quienes participan en ellas se obstinan en hablar de relaciones entre lenguas reales cuyo conocimiento directo, al menos en parte, es inaccesible en lugar de situar la cuestión donde naturalmente se encuentra colocada: en el plano de los métodos. La oposición de indo-hitita a indoeuropeo, por ejemplo, considerada metodológicamente, sólo significa que, admitido el parentesco del hitita, luvita, etc., con las que ya se venían llamando lenguas indoeuropeas, hay que optar entre considerar a este grupo como una subdivisión más de la familia, aun de antigüedad señalada, u oponerlo de igual a igual al conjunto de las otras. Técnicamente, la respuesta depende de si la protolengua restituída, con los retoques que sean necesarios —porque no hay razón para que el indoeuropeo “clásico” sea intangible, como parece creer H. Kronasser—, es un punto de partida adecuado para generar, mediante la aplicación de las reglas de transformación que correspondan, las unidades distintivas y significativas de ambos grupos de lenguas. Si las anatólicas distinguieran cuatro series de oclusivas en vez de a lo sumo dos, pongamos por caso, ello constituiría un indicio favorable, aunque insuficiente por sí sólo, para la hipótesis indo-hitita¹⁴⁸. Para sustituir la unidad por la dualidad haría falta sin duda una convergencia de indicios de esta clase.

¹⁴⁷ *Das kharthwelische Verbum*, Leipzig 1930, p. 2.

¹⁴⁸ Recordamos que toda innovación común es automáticamente proyectada a la protolengua. Sobre la distinción entre lo que es *urgriechisch* y lo que solamente es *gemeingriechisch*, por ejemplo, cf. LEJEUNE, p. 9: “Une telle distinction, si elle est fondée en théorie, est dépourvue de toute portée pratique, car il n'existe aucun moyen sûr de discerner ce qui est “gemeingriechisch” de ce qui est “urgriechisch”. Nous nous en tiendrons donc ici à la notion de “grec commun” (au sens de “urgriechisch”) telle qu'elle est définie plus haut; nous rapporterons à une période “grecque commune” l'ensemble des transformations phonétiques antérieures à l'histoire et communes à tous les parlars grecs”.

Difícilmente nos hallaremos nunca en disposición de determinar si ha existido una comunidad lingüística exclusiva balto-eslava. Pero el balto-eslavo común (o el proto-itálico) reconstruido se justifica o no en sí mismo, con entera independencia de una realidad prehistórica que no alcanzamos a tocar, en la medida en que resulta económico para explicar los hechos, totales o parciales, de las lenguas bálticas y eslavas: sistemas de acentuación, vocalismo, etc. No hay razón para que no se reconozca en lingüística a la ficción el importante papel que se le ha concedido hasta en física. Porque no todas las ficciones son operantes, ni mucho menos, y a las que realmente funcionan deben de tener alguna raíz en la realidad que les permite funcionar.

La clasificación genética de las lenguas lleva consigo gravísimas dificultades que sólo en un muy pequeña medida están resueltas. Como señala Benveniste¹⁴⁹, es muy dudoso que el modelo construido para las lenguas indoeuropeas tenga aplicación a otros muchos casos. Lo que caracteriza a éstas es la particularidad de que cada uno de los grupos "participa en el tipo común en grado sensiblemente igual", pero para otras, como las lenguas bantu¹⁵⁰, parece que hay que introducir una especie de "parenté par enchaînement", porque cada lengua o grupo se relaciona más estrechamente con sus vecinas, de modo que de un extremo a otro del área se va pasando de un eslabón a otro no muy distinto hasta que, acumulándose las diferencias, acaban por hacerse muy grandes. Esta sería también más o menos la situación en las lenguas caucásicas septentrionales, según V. Polák¹⁵¹.

Sin negar que situaciones de este género se den en realidad, ocurre preguntarse si el estado poco avanzado de la clasificación en algunos grupos no se deberá también en parte decisiva a dos hechos: el elevado número de lenguas cuyas relaciones mutuas hay que ordenar en el esquema y el reducido —en términos comparativos— número de especialistas que se dedican a su estudio. Está claro, por ejemplo, que en ambos aspectos, para no hablar del desconocimiento de una buena parte del material pertinente, las lenguas austronesias¹⁵² se hallan en franca desventaja con respecto a las indoeuropeas. De otro lado, se diría que ciertas concepciones desechadas por los indoeuropeístas hace muchos años continúan teniendo vigencia en otros dominios¹⁵³.

En resumen, puede decirse que queda mucho que hacer todavía en la comparación de las lenguas conocidas y de las que todavía pueden llegar a conocerse. Parece, sin embargo, que la época de los grandes descubrimientos que-

¹⁴⁹ P. 36.

¹⁵⁰ Cf. MALCOLM GUTHRIE, *La classifications des langues bantu: approche synchronique, méthodes et résultats, y Problèmes de génétique linguistique: la question du bantu commun*, *Travaux de l'Institut de Linguistique de l'Univ. de Paris* 4 (1959), 73-81 y 83-91.

¹⁵¹ La position linguistique des langues caucasiennes, *Studia linguistica* 4 (1950), 94-107.

¹⁵² Véase el artículo de A. CAPELL citado en la nota 138.

¹⁵³ Así uno se pregunta qué es lo que se supone representa el esquema de la evolución de las lenguas hamito-semíticas trazado por OTTO RÖSSLER, *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft* 100 (1951), 511.

da ya detrás de nosotros, al menos si nos limitamos a las zonas bien exploradas.

Es humano y loable que no nos resignemos a ello y tratemos por todos los medios de vencer los obstáculos que nos cierran el camino. Pero por ello mismo es más necesario distinguir entre comparación y comparación, pues hay dos cosas así llamadas que son completamente distintas. Está, de un lado, la comparación paciente, modesta, que avanza trabajosamente paso a paso: su mayor inconveniente consiste en la limitación misma del especialista que a menudo vive encastillado en un estrecho dominio. Del otro tenemos la comparación a escala mundial que opera con lenguas muy distintas cuyo parentesco pretende a menudo haber demostrado.

No es que se vaya a negar la utilidad de esta última actividad, sino que se quiere describir su verdadero carácter. Es sin duda comparación, pero una comparación que poco o nada tiene que ver con la reconstrucción comparativa. Por eso, los descubrimientos que alguna vez se le atribuyen suelen gozar de una efímera popularidad para perderse enseguida en el olvido.

Una de las particularidades de este tipo de comparación es su esterilidad. Es muy posible que dos lenguas cuyo parentesco cree descubrir estén realmente emparentadas, pero el parentesco es lo bastante lejano para que hoy por hoy no pueda ser demostrado. Y no se acierta a demostrarlo porque el supuesto parentesco no sirve para aclarar de una manera sistemática la prehistoria de las lenguas consideradas como el indoeuropeo aclara la prehistoria del latín o el semítico la del hebreo. El número de aproximaciones que se pueden proponer para hechos sueltos de distintas lenguas es tan crecido que carecen completamente de valor, a no ser que se presenten a título de simple exploración preliminar¹⁵⁴.

La otra, que es común, p. ej., a las antiguas tentativas de Trombetti y a las recientes de M. Swadesh, es que tal comparación, a fuerza de querer ir cada vez más allá, acaba por anularse a sí misma. Afirmar que todas las lenguas del mundo están emparentadas, afirmación que acaso sea cierta, es poco más o menos lo mismo que afirmar que no hay ningún parentesco entre las lenguas: lo único que interesa son parentescos demostrados y particulares, cuyo grado dentro de ciertos límites se puede precisar¹⁵⁵. Tampoco hay que olvidar que esos remotísimos parentescos sólo pueden ser "probados" permitiéndose alegres libertades que ningún comparatista solvente se puede permitir.

¹⁵⁴ Cf. MEILLET, *BSL* 26 (1925), 273: "Dans les recherches de parentés de langues, il y a deux moments: le premier consiste à rechercher les rapprochements possibles à première vue... Le second moment consiste à faire l'histoire précise des langues considérées en en construisant la grammaire comparée; il n'y a démonstration que quand ce travail a été poussé assez avant. Le procédé qui consiste à rapprocher un fait basque de tel ou tel fait d'une des langues du Caucase —très diverses, on le sait— ou d'une des langues couchitiques —très diverses aussi— permet de proposer beaucoup de rapprochements, mais, par suite du nombre trop grand de possibilités qu'il comporte, il exclut une démonstration véritable".

¹⁵⁵ Cf. R. E. LONGACRE, *Language* 36 (1960), 397-410.

La lingüística diacrónica, como cualquier disciplina científica, ha podido conseguir lo que ha conseguido sólo gracias a las trabas que se ha impuesto. Pueden parecernos molestas, como al ave de Kant le parecía que la resistencia del aire era un impedimento para su rápido vuelo, pero sólo avanzamos gracias a ellas. El porvenir no puede estar en suprimirlas, porque no tiene ninguna gracia que nos hagamos trampas a nosotros mismos. Hay que tomarlas como son y tratar de mejorarlas en lo posible o sustituirlas por otras que resulten más eficaces. Elogios intempestivos a Marr, como el de J. Lohmann¹⁵⁶, no pueden ocupar el lugar de los métodos de que hoy dispone-
mos.

¹⁵⁶ *Celtica* 3 (1956), (*Zeuss Memorial Volume*), 311 s.

BIBLIOGRAFIA

(Se incluyen aquí tan sólo los trabajos y revistas mencionados en forma abreviada. Libros y artículos se citan por el nombre del autor, seguido del año en caso necesario).

- BENVENISTE, Émile: La classification des langues, *Conférences de l'Institut de Linguistique de l'Université de Paris* 11 (1952-53), 33-50.
- BONFANTE, Giuliano: On Reconstruction and Linguistic Method, *Word* 1 (1945), 83-94 y 132-161. Cf., del mismo, Additional Notes on Reconstruction, *ib.* 2 (1946), 154 s. *BSL* = *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*.
- CHAFE, Wallace L.: Internal Reconstruction in Seneca, *Language* 35 (1959), 477-495.
- COSERIU, Eugenio: *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*. Montevideo, 1958.
- GREENBERG, Joseph H.: *Essays in Linguistics*. Chicago, 1957.
- HALL, Robert A.: On Realism in Reconstruction, *Language* 36 (1920), 203-206.
- HERMANN, Ed.: Über das Rekonstruieren, *Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung* 41 (1911), 1-69.
- HIRT, Hermann: *Indogermanische Grammatik*. Heidelberg, 1927 ss.
- HOCKETT, Charles F.: *A Course in Modern Linguistics*. Nueva York, 1958.
- HOENIGSWALD, Henry M.: *Language Change and Linguistic Reconstruction*. Chicago, 1960.
- IJAL* = *International Journal of American Linguistics*.
- KURYŁOWICZ, Jerzy: *L'apophonie en indo-européen*. Wrocław, 1956.
- LEJEUNE, Michel: *Traité de phonétique grecque*². París, 1955.
- MARCHAND, James W.: Internal Reconstruction of Phonemic Split, *Language* 32 (1956), 245-253.
- MARTINET, André: *Économie des changements phonétiques*. Berna, 1955.
— *Éléments de linguistique générale*. París, 1960.
- MEILLET, A.: *Introduction a l'étude comparative des langues indo-européennes*⁴. París, 1937.
- NTS* = *Norsk Tidsskrift for Sprogvidenskap*.
- PEDERSEN, Holger: *Vergleichende Grammatik der keltischen Sprachen*. Göttingen, 1909-1913.
- PISANI, Vittore: Parenté linguistique, *Lingua* 3 (1952), 2-16.
— La ricostruzione dell'indeuropeo e del suo sistema fonetico, *Archivio glottologico italiano* 46 (1961), 1-31.
- PULGRAM, Ernst: Proto-Indo-European Reality and Reconstruction, *Language* 35 (1959), 421-426.
— The Nature and Use of Proto-Languages, *Lingua* 10 (1961), 18-37.
- SAPIR, Edward: *Selected Writings*. Berkeley-Los Angeles, 1951.
- SAUSSURE, Ferdinand de: *Cours de linguistique générale*. Lausana-París, 1916.
- ZRP* = *Zeitschrift für romanische Philologie*.

INDICE

	<u>Págs.</u>
PALABRAS PRELIMINARES...	9
1. HISTORIA Y PREHISTORIA DE LAS LENGUAS	11
2. LAS REGLAS DEL JUEGO...	27
3. MÉTODOS Y CRITERIOS	39
4. LENGUAS Y PROTOLENGUAS...	53
5. LAS LEYES FONÉTICAS	65
6. PRESENTE Y FUTURO...	75

modo de disponer la reimpresión, en particular sobre las erratas y variantes en el texto de Leizarraga, 1989.

- XIII MANUEL AGUD-†ANTONIO TOVAR, *Diccionario etimológico vasco, I. A-Ardui*, 1989.
- XIV *Memoriae L. Mitxelena Magistri Sacrum*, 1990.
- XV *Euskalaritzaren historia. I. XVI-XIX. mendeak*, 1990.
- XVI BEÑAT OYHARÇABAL, *La pastorale souletine: édition critique de «Charlemagne»*, 1990.
- XVII *Euskalaritzaren historia. II. XIX-XX. mendeak*, 1991.
- XVIII JOSEBA A. LAKARRA, *Harrieten Gramatikako biztegiak (1741)*, prestatzen.
- XIX MANUEL AGUD-†ANTONIO TOVAR, *Diccionario etimológico vasco, II Ardun-Beuden*, 1990.
- XX LUIS MICHELENA, *Lenguas y protolenguas*, 1990.
- XXI ARENE GARAMENDI, *El teatro popular vasco. (Semiótica de la representación)*, 1990.
- XXII LASZLÓ K. MARÁCZ, *Asymmetries in Hungarian*, 1991.

Seminario de Filología Vasca
«Julio de Urquijo»
I.792 Apartadua.
20080 Donostia.

